



Anthony
Trollope
Ojo por ojo

Alianza editorial

Anthony Trollope

Ojo por ojo

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez

Alianza editorial

Índice

Volumen primero

Prólogo

1. Scroope Manor
2. Fred Neville
3. Sophie Mellerby
4. Jack Neville
5. Ardkill Cottage
6. Seguro que a ella también le gusta
7. La hospitalidad del padre Marty
8. No quiero que te vayas
9. Fred Neville regresa a Scroope
10. El plan de Fred Neville
11. La sabiduría de Jack Neville
12. Fred Neville hace una promesa

Volumen segundo

1. De mal en peor
2. ¿Se va a casar con ella?
3. Fred Neville recibe una visita en Ennis
4. El triunfo de Neville
5. Fred Neville es llamado de nuevo a Scroope
6. El conde de Scroope tiene problemas
7. «Sans reproche»
8. Con tan pocas ataduras
9. En Liscannor
10. En Ardkill
11. En los acantilados

12. Conclusión

Créditos

Volumen primero

Prólogo

En un manicomio privado del oeste de Inglaterra vive, y lleva ya algunos años así, una desventurada dama para la que hace mucho que dejó de haber la menor esperanza de que viva alguna vez en otra parte. De hecho, no le queda ningún allegado que pueda albergar tan indulgente esperanza para su persona. No tiene amigos, y su estado es tal que a ella misma no le importa en absoluto su reclusión, y ni siquiera susurra jamás que la liberen. Sin embargo, su cabeza siempre está activa, como sin duda es el caso de los dementes, y tiene presente, al parecer en todo momento consciente de su existencia, una cuestión que le suscita un intenso interés y sobre la que piensa con una constancia que nunca logra agotarla, pese a lo muy fatigosa que pueda resultar para quienes la rodean. Siempre está justificando alguna acción de su pasado: «Ojo por ojo –dice–, y diente por diente. ¿No es ésa la ley?», y repite esas palabras a diario, casi de la mañana a la noche.

Hemos dicho que esta pobre dama no tiene amigos. Amigos que ansíen su recuperación, que quieran verla aun en su lamentable situación, que intenten aliviar su tenso corazón con palabras de cariño, no tiene ninguno. Es tal su estado en la actualidad, así como su temperamento, que cabe dudar que las palabras de cariño, por muy tiernas que fueran, pudiesen ser eficaces con ella. Siempre está exigiendo que la justifiquen, y como quienes la rodean nunca le fallan en eso, probablemente ya obtiene todo el consuelo que cualquier muestra de amabilidad podría darle.

Pero, aunque no tiene amigos –nadie que de verdad la quiera–, goza de todas las comodidades materiales que la amistad, o incluso el amor, podrían proporcionarle. Recibe todo cuanto puede hacer el dinero para aliviar su sufrimiento. La casa en la que vive está circundada por agradables jardines y apartados bosquecillos. Se ha acondicionado para albergar a personas adineradas, y provisto de todos los lujos de los que un maníaco sea capaz de disfrutar. A esta dama la atiende su propia enfermera, la cual, pese a ser corpulenta y autoritaria, es con ella amable de palabra y agradable de trato:

«Sí, ojo por ojo, señora, sin la menor duda. Ésa es la ley. Ojo por ojo, claro que sí». Repite la misma fórmula una docena de veces al día, o una docena de docena de veces, hasta el punto de que lo extraño es que ella misma no se haya vuelto loca también.

Que no tema el lector que le vayamos a pedir que pase algún tiempo dentro del recinto de un manicomio. No hay más que decir de esta morada de sufrimiento, pero sí que hemos de contar la historia de la dama que en ella vivía, la historia de su vida hasta que la locura la encerró entre esas paredes. Nadie de la institución conocía esa historia, a excepción de quien la dirigía.

1

Scroope Manor

Hace unos años, no importa cuántos, vivía el anciano conde de Scroope en Scroope Manor, su mansión de Dorsetshire. La casa era una construcción isabelina de ciertas pretensiones pero ningún renombre. No era conocida por los turistas, como lo son tantas de las residencias de nuestra nobleza y caballeros rurales. No se designaba ningún día de la semana para visitar sus excelencias, ni se creía que el ama de llaves se sacase sus buenos beneficios por enseñarla. Era un gran edificio de ladrillo que daba a la calle del pueblo – que daba al pueblo, esto es, en el caso de que la puerta de entrada de una casa sea el rasgo principal de su fachada–, pero en realidad el frente daba a sus propios terrenos y en él se abrían las ventanas de las principales estancias. El pueblo de Scroope consistía en una calle que se extendía desordenadamente a lo largo de kilómetro y medio, con la iglesia y la rectoría en un extremo y esta mansión solariega casi en el otro. No obstante, la iglesia estaba dentro del parque de la casa, y en ese lado de la calle, durante más de la mitad de su longitud, el alto y sombrío muro de los dominios del conde se expandía ante los dueños de las tabernas, los panaderos, los tenderos, los dos carniceros y los residentes particulares retirados cuyas casas casi contiguas hacían que Scroope pareciese más que un pueblo a los forasteros. Cerca de la mansión, así como cerca de la iglesia, se había permitido a unos pocos privilegiados que construyesen casas y cultivaran pequeños jardines que eran, por así decirlo, como muescas que se habían hecho en los terrenos de Scroope Manor; pero esas construcciones debían de haberse erigido en una época en la que los hacendados tenían muchos menos celos de los que sienten ahora de tales invasiones por parte de sus vecinos más humildes.

El parque en sí era grande, y sus apéndices los apropiados para las posesiones de un conde, pero tenía poco de atractivo. El terreno era llano, y los árboles, que eran muy abundantes, no se habían plantado de manera que

se agruparan de forma pintoresca. Estaba el bosque de la mansión, que abarcaba unas doscientas hectáreas por detrás de la iglesia hasta muy lejos del camino, y que atravesaban unas denominadas avenidas que no estaban preparadas para que las recorrieran ruedas algunas salvo las de los carros madereros –pues rodeando todo el parque había un ancho cinturón de árboles–. Esparcidos por los grandes espacios cerrados se alzaban solitarios robles, de los que se enorgullecía el viejo conde; pero, aun así, en Scroope Manor no había nada de esa esmerada belleza paisajística de la que los dueños de «lugares» de Inglaterra están tan justamente orgullosos.

La casa era grande y sus habitaciones espléndidas y espaciosas. Había un enorme vestíbulo en la esquina en que se hallaba la puerta principal. Había una vasta biblioteca llena de libros antiguos que nadie tocaba jamás –gruesos volúmenes de teología anticuada y ya totalmente inútil, y ediciones en infolio de los clásicos menos conocidos–, del tipo que ahora nadie lee. No se le había añadido un libro desde comienzos de siglo, y casi podríamos decir que no se había sacado ninguno de sus estantes para darle verdadero uso durante ese mismo tiempo. Había una serie de habitaciones, un salón y dos salas de estar, que en la actualidad nunca se abrían. El gran comedor se usaba de vez en cuando, ya que, conforme a las tradiciones de la familia, se servía en él la cena siempre que había invitados en la mansión. Sin duda no era muy frecuente que hubiese invitados en Scroope Manor, si bien ocasionalmente una o dos amigas pasaban alguna temporada con lady Scroope y, de tarde en tarde, se invitaba a cenar a los clérigos y señores rurales de la vecindad junto con sus esposas. Cuando el conde y su condesa estaban solos, utilizaban una discreta sala de desayuno, y entre ésta y el gran comedor se encontraba la pequeña estancia en que solía hacer la vida la condesa. La habitación del conde estaba en la parte trasera, o, si lo prefiere el lector, en el frente de la casa, cerca de la puerta que daba a la calle, y era, de todas las habitaciones de la mansión, la más lúgubre.

El ambiente de todo el lugar era lúgubre. No tenía ninguno de esos atractivos de creación moderna que ahora dan vida y alegría a las residencias de los ricos. No había mesa de billar en la casa. No había jardín de invierno más cercano que el gran y anticuado invernadero, el cual estaba junto a la huerta de la cocina y parecía ser propiedad exclusiva del jardinero. El papel

de las paredes era oscuro y sombrío. Los espejos eran pequeños y carentes de lustre. Las alfombras eran viejas y apagadas. Las ventanas no daban a la terraza. El mobiliario apenas era antiguo y, aun así, resultaba anticuado e incómodo. Por toda la casa, y de hecho por toda la finca, había pruebas suficientes de riqueza, y sin duda no había ninguna de mezquindad, pero en Scroope Manor el dinero no parecía haber producido jamás lujo alguno. El personal de servicio era muy amplio. Había un mayordomo, un ama de llaves, varios lacayos, una cocinera con muy buen sueldo, auténticas hordas de doncellas para atenderse las unas a las otras, una colonia de jardineros, un cochero, un mozo de cuadra principal y varios subalternos. Todos vivían muy bien a las órdenes del viejo conde y eran conscientes del valor de sus privilegios. Tenían mucho que ganar, y casi nada que hacer. Un sirviente podría vivir para siempre en Scroope Manor con tal de que fuese lo bastante sumiso con la señora Bunce, el ama de llaves. Sin duda no había mezquindad en la mansión, pero la vida lujosa de la casa se limitaba a las dependencias del servicio.

Para un extraño, y quizá también para los residentes, esa idea de lo lúgubre del lugar se veía incrementada en gran medida por la ausencia de jardín o césped cerca de la casa. Justo delante de la mansión, y entre ésta y el parque, discurrían dos amplias terrazas de gravilla, una encima de la otra, debajo de las cuales iban los ciervos a pacer. A la izquierda de la casa, a casi cuatrocientos metros de ella, había una enorme extensión vegetal: jardines, huertos de verduras y otros de árboles frutales; todos feos, todos anticuados, pero que producían excelentes cosechas cada uno en su variedad. No obstante, estaban alejados y no se veían. De vez en cuando se llevaban a la casa flores recién cortadas, pero nunca rebosaba de ellas como las casas de campo de hoy día. Y no había duda de que, de haber querido lady Scroope más, las habría podido tener.

El propio pueblo de Scroope, aunque grande, estaba bastante aislado del mundo. En el último año o dos se ha inaugurado una línea de ferrocarril, con su estación de Scroope Road a menos de cinco kilómetros del lugar, pero en tiempos del viejo señor el pueblo se hallaba a casi veinte kilómetros de la estación más cercana, en Dorchester, con la que estaba conectada una vez al día por medio de un ómnibus. A menos que alguien tuviese algún asunto que

hacer en Scroope, no había nada que lo llevase allí, y muy poca gente tenía asuntos que hacer en Scroope. De tarde en tarde, algún viajante visitaba el lugar albergando escasas esperanzas de hacer negocio. Una vez cada doce meses, un inspector del servicio postal iba a ver a la anciana y pletórica señora Applejohn, que regentaba la pequeña papelería y era conocida como la jefa de correos. Los dos hijos del señor Greenmarsh, el vicario, iban y venían de la vicaría de su padre al colegio Marlborough. Y, ocasionalmente, los hombres y mujeres de Scroope hacían un viaje a la ciudad de su condado. Pero le dijeron al conde que la anciana señora Brock, de la taberna Scroope Arms, no podría seguir manteniendo el ómnibus en activo a menos que él contribuyese a una suscripción para ayudar a su funcionamiento, y por supuesto que contribuyó. Si le hubiese dicho su administrador que tenía que contribuir para que la señora Brock pudiese seguir llevando el gorro puesto, también lo habría hecho. Su Señoría daba doce libras al año para el ómnibus, y de ese modo Scroope no estaba totalmente incomunicado del mundo.

Al conde no se le veía nunca fuera de sus dominios, excepto cuando asistía a la iglesia. Eso lo hacía dos veces cada domingo del año; el cochero lo llevaba por la mañana y el mozo de cuadra principal por la tarde. Toda la casa sabía que el conde pedía a sus sirvientes que asistieran al servicio religioso al menos una vez cada domingo. Sólo se contrataba a quienes fuesen o se dijieran miembros de la Iglesia anglicana. No es muy probable que muchos inconformistas¹ se perdiesen la oportunidad de semejante ascenso por culpa de algún pretexto frívolo relacionado con la religión. Más allá de esa petición, que al salir de boca de la señora Bunce se volvía muy imperativa, el conde apenas interfería en los asuntos de sus domésticos. Su propio ayuda de cámara llevaba atendiéndolo los últimos treinta años, pero, aparte del de éste y el del mayordomo, casi ni conocía el rostro de ninguno de los otros. Había un guardabosque en Scroope Manor, que tenía dos ayudantes, y, sin embargo, desde hacía algunos años, nadie, salvo ellos mismos, cazaba en esas tierras. No obstante, siempre enviaban unas perdices y unos cuantos faisanes a la casa cuando, iracunda, la señora Bunce les comunicaba su opinión al respecto.

El conde de Scroope era un hombre alto y enjuto, y tenía algo más de setenta años en la época de la que voy a empezar a hablar. Aunque estaba

muy encorvado, por lo demás parecía más joven de su edad. Tenía el pelo casi cano, pero los ojos aún muy vivos, y los rasgos apuestos y bien perfilados de su refinado rostro no se habían visto reducidos a la infirmitad por los estragos del tiempo, como les ocurre tan a menudo a hombres que son enfermizos además de viejos. De no ser por las largas y pobladas cejas, que daban cierto aire de severidad a su cara, y por ese triste encorvamiento, todavía se le podría haber considerado un hombre apuesto. De joven lo había sido mucho, había brillado en el mundo, popular, querido y respetado, y había disfrutado de todas las cosas buenas que el mundo le podía dar. El primer golpe que padeció fue la muerte de su mujer. Le dolió profundamente, pero no llegó a aplastarlo por completo. Después también murió su única hija, al poco de contraer nupcias. Pese a su elevada posición, lady Blanche Neville hizo un matrimonio muy ventajoso, y su padre se hinchó de alegría y orgullo. Mas falleció sin hijos al dar a luz, y de nuevo él sufrió hasta casi morir. Todavía le quedaba un hijo, un joven sin duda insensato, derrochador y propenso a placeres malignos; no obstante, ya le llegaría la sensatez con los años, para casi cualquier derroche contaban con suficientes medios, y los placeres malignos podrían dejar de atraerle. El joven lord Neville era todo lo que le quedaba al conde, y por su heredero pagaba deudas y perdonaba injurias. El joven se casaría y todo iría bien. Entonces encontró una esposa para su muchacho; no tenía fortuna, pero era de uno de los mejores linajes del reino, además de hermosa y buena, y podría ser como otra hija para el conde. ¡Sin embargo, la respuesta de su muchacho fue que ya estaba casado! Había sacado a su mujer de las calles, y le ofreció al conde de Scroope como hija que reemplazase a la que había perdido a una espantosa prostituta pintarrajeada de Francia. Después de ese golpe, lord Scroope no levantó cabeza.

El padre se negó a ver a su heredero, y, en efecto, nunca lo vio. Dio instrucciones a los abogados de Londres de que se encargasen de los asuntos de dinero. El conde en persona ni daba ni negaba nada. Cuando había deudas —deudas por segunda y por tercera vez—, ordenaba a los abogados que hiciesen lo que a ellos les pareciera bien. Podían pagarlas siempre que lo considerasen conveniente, pero no podían nombrar a lord Neville a su padre.

Mientras estaban así las cosas, el conde se volvió a casar con la hija sin

dote alguna de una familia noble, la cual no era joven, pues tenía cuarenta años cuando la desposó, pero aun así él le llevaba más de veinte. Al conde le bastó que fuese noble y, según pensó, buena. Y fue buena con él, entregada hasta casi el exceso. Era religiosa y abnegada; daba mucho y pedía poco; se mantenía en un segundo plano, pero estaba dotada de una energía extraordinaria para servir a los demás. Si de verdad se la podía llamar buena, lo podrá decidir el lector cuando haya terminado esta historia.

Y entonces, cuando el conde llevaba unos tres años casado con su segunda esposa, murió el heredero. Murió, y, por lo que a Scroope Manor respectaba, fue su fin y el de la criatura a la que llamaba su mujer. Se compró una renta anual para ella. El que tuviese derecho a llamarse lady Neville mientras viviera fue una triste necesidad impuesta por sus condiciones. Quedó claro entre todos los allegados al conde que nadie debía mencionársela nunca. Él daba gracias de que esa horrenda unión no hubiese producido ningún heredero. No volvieron a nombrarle nunca a esa mujer, ni hace falta que nos ocupemos más de ella en el transcurso de nuestro relato.

Pero, muerto lord Neville, era necesario que el anciano pensara en su nuevo heredero. Y es que en esa familia, aunque había mucho de bueno y noble, siempre se habían dado luchas intestinas, motivos de disputas en las que cada parte estaba convencida de tener la razón. Eran personas que respetaban mucho a la iglesia, que eran buenas con los pobres y que se esforzaban por ser nobles, pero no podían perdonar las injurias. Ni siquiera podían perdonar cuando no había injurias. El actual conde se había peleado con su hermano bien temprano en sus vidas, y, como consecuencia, se había peleado con todos los que pertenecían a su hermano. Éste ya no estaba, pero había dejado dos hijos tras él; dos jóvenes Neville, Fred y Jack, de los cuales Fred, el mayor, pasó a ser el heredero. Finalmente se decidió que había que llamar a Fred a Scroope Manor. Y allí acudió Fred, que era por entonces teniente de un regimiento de caballería; un joven apuesto y distinguido de veinticinco años con los ojos de los Neville y los rasgos bien perfilados de éstos. Hubo un intercambio de amables cartas entre la enviudada madre y la actual lady Scroope, y al final se decidió, a petición de él, que seguiría un año más en el ejército y después se instalaría en Scroope Manor en su condición de primogénito. De nuevo se dijo al abogado que hiciera lo que

correspondiese con respecto al dinero.

Hemos de decir un poco más sobre lady Scroope y con eso habrá terminado el prefacio a nuestra historia. Ella también era hija de un conde, y había sido muy querida por la primera mujer del nuestro. Lady Scroope le llevaba diez años, pero aun así habían sido grandes amigas, por lo que lady Mary Wycombe había pasado muchos meses de su juventud en medio de la penumbra de las grandes habitaciones de Scroope Manor. Eso le había permitido conocer bien al conde antes de aceptar casarse con él. Ella nunca había poseído belleza, ni apenas gracilidad. Era de rasgos fuertes, alta, y tenía el orgullo escrito con toda claridad en el rostro. Un intérprete de caras habría afirmado de inmediato que estaba orgullosa de la sangre que corría por sus venas. Se sentía muy orgullosa de su sangre, y estaba convencida de que una cuna noble era un regalo mucho mayor que cualquier fortuna. Era totalmente capaz de mirar con desprecio a un millonario advenedizo, de despreciarlo por completo en lugar de sólo fingir que lo hacía. Cuando le llegó la carta del conde en la que le pedía que compartiese su penumbra, ella era muy pobre, y dependía de un triste hermano que odiaba tener esa carga. No obstante, no se habría casado con ningún plebeyo, por mucho que la edad y riqueza de éste hubiesen sido las debidas. Ella conocía la edad de lord Scroope, conocía la penumbra de Scroope Manor, y se convirtió en su esposa. Por supuesto, se le informó de la historia del matrimonio del heredero, y supo que no podría esperar que hubiese luz ni dicha en esa vieja casa gracias a los vástagos de esa nueva familia. Pero ahora todo eso había cambiado, y tal vez pudiese llegar a querer de verdad al nuevo heredero.

[1](#). Aquellos sectores protestantes (puritanos, etc.) que disentían (*dissenters*) de las formas y doctrina de la Iglesia anglicana oficial.

Fred Neville

Cuando Fred Neville llegó por primera vez a la mansión, el viejo conde tembló al salir a recibirlo. Del muchacho no sabía casi nada, y de su aspecto literalmente nada de nada. Su heredero podría tener un semblante mezquino, ser un joven que le diera motivos para avergonzarse de él, o tener un rostro en el que no se apreciara ninguna señal de su alta cuna; o, casi peor aún, también podría tener ese aspecto, mezcla de vanidad y vicio, que el padre había ido percibiendo gradualmente en su propio hijo, y que en él había degradado la belleza de los Neville. Pero, al mirar a Fred, se apreciaba que era un sujeto galante, un joven de los que a las mujeres les gusta ver por casa, bien formado, activo, ágil, seguro de sí mismo, rubio, de ojos azules, labios finos y pequeñas patillas, que pensaba poco en sus ventajas personales pero mucho en salirse con la suya. Por lo que respectaba al aspecto del joven, el conde no pudo menos que quedar satisfecho. Y con él, al menos en ese inicio de su relación, Fred Neville se mostró modesto y sumiso.

–Sé bienvenido a Scroope –le dijo el anciano, al recibirlo con majestuosa cortesía en mitad del vestíbulo.

–Le quedo muy agradecido, tío –contestó.

–Llegas a mí como hijo, muchacho, como hijo. Será culpa tuya si no eres para nosotros un hijo en todo.

Entonces, en lugar de decir nada, brillaron unas lágrimas en los ojos del joven que fueron más elocuentes para el conde de lo que lo podrían haber sido las palabras. Rodeó los hombros de su sobrino con un brazo y, de ese modo, entró con él en la habitación en que los esperaba lady Scroope.

–Mary –le dijo a su mujer–, he aquí a nuestro heredero. Deja que sea un hijo para nosotros.

A continuación, lady Scroope abrazó al joven y lo besó. Y de esa forma tan prometedora empezó la nueva relación.

La llegada fue en septiembre. Durante el último mes se había dicho al guardabosques y a su ayudante que estuvieran preparados, pues sin duda el joven señor Neville sería cazador. Y al viejo mozo de cuadra se le había advertido de que tal vez hiciesen falta caballos de caza en las caballerizas el siguiente invierno. A la señora Bunce se le había dado a entender que era probable que se tomaran unas libertades en la casa del tipo que nunca se habían cometido desde que estaba ella allí, ya que el difunto heredero no había hecho nunca de la mansión su hogar después de terminar el colegio. Todos sentían que iban a tener lugar grandes cambios, y también que el joven por el que se iba a permitir todo eso estaría eufórico por su situación. De tal euforia, sin embargo, no hubo muchas señales. Con su tío, como hemos dicho, Fred Neville se mostró modesto y sumiso, mientras que con su tía fue amable, mas no muy sumiso. Al resto de los de la casa los trataba con cortesía, pero sin nada de ese sobrecogimiento que tal vez se esperase de él. En cuanto a cazar, había llegado directamente del páramo de su amigo Carnaby. Éste tenía bosque además de páramo, y a Fred no le interesaban mucho las perdices –no le interesaba mucho la anticuada caza de perdices que le habían preparado en Scroope– después de tantos urogallos y ciervos. En cuanto a cazar en Dorsetshire, si su tío así lo quería... pues en ese caso se lo pensaría. Según él, Dorsetshire no era el mejor condado de Inglaterra para cazar. El año anterior su regimiento había estado en Bristol y él había montado con los sabuesos del duque². Ese invierno iba a estar destacado en Irlanda, y tenía la impresión de que la caza irlandesa sería buena. Eso le decía al mozo de cuadra principal, y eso le decía también a su tía, la cual se sorprendía un tanto cuando le hablaba de Escocia³ y de los caballos que tenía. Ella creía que sólo los hombres con grandes fortunas cazaban ciervos y podían permitirse tener una cuadra, y quizá pensaba que los oficiales del vigésimo regimiento de húsares estarían por lo general ocupados encargándose de los asuntos de éste y preparándose para enfrentarse al enemigo.

Fred se quedó un mes en Scroope, tiempo durante el que tuvo poco trato personal con su tío, pese al afectuoso recibimiento con que había empezado su relación. Las costumbres del anciano estaban tan enraizadas que era incapaz de cambiarlas. Pasaba toda la mañana solo en su habitación. Después

lo visitaban el administrador, el mozo de cuadra y el mayordomo, y él se creía que les daba instrucciones, aunque en realidad lo que hacía era ceder a casi todo lo que le decían. A veces su mujer se sentaba con él media hora cogiéndolo de la mano, en unos momentos de ternura que ni veían ni sospechaban todos cuantos los rodeaban. Otras veces el clérigo de la parroquia iba a verlo, para ponerlo al tanto de las necesidades de la gente. El conde sostenía el periódico en las manos un rato, y leía la biblia una hora todos los días. Después escribía lentamente alguna carta, casi midiendo cada trazo que hacía la pluma, y pensando que así estaba llevando a cabo sus deberes de hombre de negocios. Tal vez pocos hombres hicieran menos que él, pero lo que hacía estaba bien hecho, y sin duda no había en su actitud nada de indulgencia consigo mismo. Entre alguien así y el joven que había llegado a su casa era difícil que pudiese darse una relación muy estrecha.

Entre Fred Neville y lady Scroope sí que se formó un vínculo más íntimo. Una mujer puede conectar mejor con un joven que cualquier anciano; puede conocer sus costumbres y enterarse mejor de sus deseos. Desde el primer momento surgió entre ellos una disputa, sobre la que no tuvieron ninguna pelea, pero sí muchas discusiones en las que lady Scroope fue incapaz de imponerse. Ella estaba muy interesada en que el heredero abandonase de inmediato su profesión y comprase su libertad del ejército. ¿Qué sentido tenía que se fuera con su regimiento a Irlanda, cuando estaba claro que las grandes obligaciones de su vida giraban todas en torno a Scroope? Hablaron mucho sobre el tema, pero Fred no cedió con respecto al año siguiente. Quería ese año, dijo, para sí mismo, y después ya se establecería en Scroope. Sí, sin duda se casaría en cuanto encontrase a la mujer adecuada. Por supuesto que lo más correcto era que se casase. Entendía plenamente las responsabilidades de su posición; eso decía en respuesta a las preguntas expectantes, inquisitivas y suplicantes de su tía. Sin embargo, ya que pertenecía a su regimiento, pensaba que le vendría bien seguir en él un año más. Tenía muchas ganas de ver algo de Irlanda, y, si no lo hacía entonces, nunca se le presentaría la oportunidad. Lady Scroope, que comprendía bien que estaba pidiendo un año de gracia lejos de la monotonía de la mansión, le explicó que su tío no iba a esperar en modo alguno que permaneciese siempre en Scroope. Si se casaba, se prepararía la vieja casa de Londres para él y su esposa. También podía

viajar, aunque no a lugares muy lejanos, o podía entrar en el Parlamento, para lo que, en el caso de que ésa fuese su ambición, su tío lo ayudaría en todo lo que pudiese. Podía recibir a sus amigos en Scroope Manor, a Carnaby y a todos los demás. Le ofreció todos los atractivos posibles para convencerlo, pero él había exigido desde el principio un año de gracia y a esa exigencia se aferró.

De haberse dignado su tío desde un primer momento a pedirselo en persona, probablemente se habría salido con la suya; y, de salirse con la suya, no habríamos tenido historia que contar sobre la suerte de Scroope Manor. Sin embargo, el conde era demasiado orgulloso, y quizá poco seguro de sí mismo, para intentarlo. Supo por su mujer todo lo que pasaba y, aunque le dolió, no manifestó ira alguna. No creía que estuviese justificado que manifestase ninguna ira porque su sobrino prefiriera seguir un año más dedicándose a su profesión.

—¡Pero a saber lo que le podría pasar! —alegó la condesa.

—Sí, en efecto, pero todos estamos en manos del Altísimo.

Y el conde agachó la cabeza. Lady Scroope, aunque era plenamente consciente de la verdad de esa pía exclamación de su marido, pensó que la precaución humana podría ser una ventaja añadida a esa intervención divina para la que, como ella bien sabía, su señor se puso a orar con fervor en cuanto salieron las palabras de su boca.

—Pero lo mejor sería que él ya se estableciese aquí. Sophie Mellerby me ha prometido que va a venir a pasar un par de meses en invierno. Fred no podría aspirar a nada mejor.

—Los Mellerby son muy buenas personas —dijo el conde—. Su abuela, la duquesa, es una de las mujeres más excelsas de toda Inglaterra. Su madre, lady Sophia, es una persona excelente, religiosa y de sólidos principios. El señor Mellerby, pese a ser plebeyo, tiene tanto prestigio como el que más.

—Poseen las mismas tierras desde los tiempos de las Guerras de las Rosas⁴. Y, además, supongo que el dinero también es un factor a tener en cuenta —añadió la dama.

El conde no quiso admitir la importancia del dinero, pero no tuvo reparos en reconocer que le agradaría que su heredero hiciese a Sophie Mellerby la futura lady Scroope. Sin embargo, él no podía entrometerse. No le parecía

que fuese muy acertado hablar a los jóvenes de asuntos así. Pensaba que, al hacerlo, era probable que el joven se apartara de la persona en cuestión en lugar de sentirse atraído por ella, como tampoco quería comunicar a su sobrino sus deseos con respecto al año siguiente.

—Si se lo pidiera yo —explicó—, y él se negara, me dolería mucho. Así pues, me veo obligado a no pedirle nada que no sea razonable.

Lady Scroope no estaba muy de acuerdo con su marido en eso. Pensaba que, ya que iban a hacer de todo por el joven, ya que iban a poner a su disposición dinero casi sin restricciones, ya que le ofrecían cacerías, un escaño en el Parlamento y una casa en Londres, y ya que lo trataban como a un querido hijo único, él debería darles algo a cambio; pero la condesa no podía decir más de lo que ya había dicho, y además sabía que, en las pocas cuestiones en que su marido estaba firmemente decidido, era imposible convencerlo en sentido contrario.

Así pues, acordaron que Fred Neville se uniese en octubre a su regimiento en Limerick⁵, y que volviese a Scroope una quincena o tres semanas en Navidad. Sophia Mellerby estaría entonces en la casa, y finalmente decidieron que la señora Neville, a la que el conde nunca había visto, también fuese invitada y llevara con ella a su hijo pequeño, John Neville, que había conseguido el grado de oficial en el cuerpo de ingenieros. Habría más invitados, e intentarían erradicar de Scroope Manor el manto de penumbra que la cubría con el único objeto de congraciarse con el heredero.

A principios de octubre Fred se fue a Limerick, y de allí, con un escuadrón de su regimiento, lo enviaron al cuartel de caballería de la ciudad de Ennis⁶, el centro administrativo del vecino condado de Clare. En un principio lo consideró un infortunio, pues Limerick era en todos los aspectos mejor ciudad que Ennis, y en el condado de Limerick la caza estaba mucho de ser mala, mientras que Clare apenas era buen lugar para un Nimrod⁷ como él. Pero a un joven con dinero a su disposición no tenían que importarles las distancias, y pronto comprobó que tanto los bailes de Limerick como sus espesuras se hallaban dentro de su radio de alcance. Desde Ennis también podía asistir a algunas de las partidas de caza de Galway, y, además, al no tener más superior que un capitán apenas un poco mayor que él que se entrometiese en sus movimientos, podría dar rienda suelta en ese agreste

distrito al espíritu de aventura que latía con fuerza en su interior. Cuando los hombres jóvenes arden en deseos de dar rienda suelta a su espíritu de aventura, lo hacen por lo general enamorándose de mujeres jóvenes que no serían del agrado de sus padres. En estos tiempos, un espíritu de aventura apenas va más allá de eso, a menos que lleve a un joven a una mesa de juego alemana.

Al irse Fred de Scroope, acordaron que mantendría correspondencia con su tía. El conde se habría sentido totalmente perdido de haber intentado escribirle una carta a su sobrino sin tener nada de particular que comunicarle. Sin embargo, lady Scroope era de pluma más fácil, y pensaron con razón que sería difícil que el heredero considerase que Scroope era su hogar a menos que hubiese algún vínculo entre ese lugar y él. Así pues, lady Scroope le escribía una vez a la semana, y le contaba todo lo que había que contar de los caballos, de la caza e incluso de los arrendatarios. Ella analizaba las cartas que escribía intentando hacerlas ligeras y agradables, del tipo de las que a un joven con grandes perspectivas le gustaría recibir de su propia madre. Las encabezaba con un «Queridísimo Fred», y en una de las primeras le manifestaba su esperanza de que, si alguna vez tenía algún problema, acudiría a ella como su querida amiga que era. Fred no era mal correspondiente, y solía contestar a cada dos cartas más o menos. Sus respuestas eran cortas, pero eso ya se daba por supuesto. Estaba «más contento que unas pascuas», «fuerte como un roble», le habían pasado «una o dos cosas muy buenas» y, en general, le gustaba más Ennis que Limerick. «¡Qué tipo más endiabladamente bueno que es Johnstone!». Johnstone era el capitán del vigésimo regimiento de húsares que estaba destacado con él en Limerick. A lady Scroope no le gustó mucho el epíteto, pero sabía que tenía que aprender a oír cosas a las que hasta entonces no había estado acostumbrada.

Todo eso estaba muy bien, pero como lady Scroope tenía una amiga en el condado de Clare, pensó que podría recibir de ella noticias sobre el hijo adoptivo que podrían serles de utilidad, así que, con esa intención, inició correspondencia con lady Mary Quin. Ésta era hija del conde de Kilfenora, y estaba muy al tanto de todo lo que pasaba en el condado de Clare. Era casi seguro que se enteraría de lo que hiciesen los oficiales destacados en Ennis, y sin duda lo haría de aquel en concreto que le presentaran. Fred Neville fue

invitado a pasar en el castillo Quin todo el tiempo que quisiera, y de hecho paso una noche bajo ese techo. Pero, desgraciadamente para él, ese espíritu de aventura al que quería dar rienda suelta lo llevó a las cercanías del castillo Quin cuando él no tenía la menor intención de relacionarse con el conde ni con lady Mary, lo cual dio lugar a la siguiente carta, que lady Scroope recibió hacia mediados de diciembre, justo una semana antes de que Fred regresase a Scroope Manor:

«Castillo Quin, Ennistimon
»14 de diciembre de 18**

»Mi querida lady Scroope:

»El señor Neville estuvo en casa después de la última vez que le escribí, y a todos nos gustó mucho. A mi padre le causó una gran impresión. Siempre aprecia a los jóvenes oficiales, y se siente aún más inclinado a apreciar a uno al que usted tiene tanto cariño y apego. Qué pena que no se quedara más tiempo con nosotros, pero espero que vuelva pronto. No es que podamos ofrecer muchos entretenimientos, aunque en enero y febrero tenemos buena caza de agachadizas.

»Sé que el señor Neville es muy aficionado a la caza; tanto que, antes de que supiéramos nada de él aparte de su nombre, ya habíamos oído que había estado en nuestra costa en pos de focas y aves marinas. Hay unos acantilados muy altos cerca de aquí; algunos dicen que son los más altos del mundo, y hay uno llamado la Cabeza de la Bruja por el que los hombres bajan a disparar a las gaviotas. El señor Neville ha estado varias veces en nuestro pueblo de Liscannor, y creo que tiene un bote ahí o en Lahinch. Por lo que oigo, ya ha matado a muchísimas focas.

»Le cuento todo esto por una razón. Espero que no sea nada, pero creo que usted debe saberlo. Hay una señora viuda que vive a poca distancia de Liscannor, aunque aún más cerca de los acantilados. Su casita está en las tierras de papá, pero creo que se la arrendó a alguna otra persona. No quiero comentarle a papá nada de esto. La mujer de la que hablo es la señora O'Hara, que tiene una hija.»

Después de leer hasta ahí, a lady Scroope casi se le cayó la carta. Sabía

muy bien lo que quería decir todo aquello. ¡Una señorita O'Hara irlandesa! ¡Y Fred Neville pasaba el tiempo persiguiendo a esa chica! Ya sabía lady Scroope lo que iba a pasar por permitir que el joven volviera con su regimiento, en lugar de encargarse de las múltiples obligaciones que lo habrían atado a Scroope Manor.

«He visto a esa señorita –continuaba lady Mary– y es sin duda muy bonita. Pero nadie sabe nada de ellas, y ni siquiera he podido enterarme de si pertenecen a los O'Hara de toda la vida. No creo, ya que son católicas. De todos modos, no me parece que la señorita O'Hara sea la compañía más apropiada para el heredero de lord Scroope. Creo que son verdaderas damas, pero, que yo sepa, aquí no las conoce nadie, salvo el cura de Kilmacrenny. Nunca hemos conseguido enterarnos de por qué se mudaron a este lugar, sólo que el padre Marty sabe algo de ellas. Así se llama el cura de Kilmacrenny. La señorita O'Hara es una chica muy guapa, y nunca he oído decir nada malo de ella, pero no sé si eso no será peor, por lo fácil que es enredar a un joven.

»No creo que pase nada, y desde luego espero que no pase nada, pero me ha parecido que sería mejor contárselo a usted. Le ruego que no le diga al señor Neville que se ha enterado por mí. Los jóvenes son muy suyos para esas cosas, y no sé lo que podría decir de mí si supiese que yo le había escrito a usted hablando de sus asuntos privados. Del mismo modo, si le puedo ser de alguna utilidad, le ruego que me lo haga saber. Perdone las prisas con que escribo. Quedo,

»Suya afectísima,
»Mary Quin.»

¡Una católica, una chica a la que sólo conocía el cura y que quizá nunca hubiese tenido padre! Todo eso fue terrible para lady Scroope. Los católicos, y sobre todo los católicos irlandeses, eran gente a la que, según pensaba ella, todos deberían temer en esta vida, y para los que había que temer de todo en la siguiente. ¿Qué sería del conde si este heredero también le dijese algún día que se había casado? ¿No supondría una doble carga de pena que haría que sus cabellos canos terminasen en la tumba? De todos modos, consideró que de momento sería mejor no decirle ni una palabra.

-
2. El octavo duque de Beaufort (1824-99), que presidía una de las cacerías más famosas de Inglaterra.
 3. Es ahí donde estaban los mejores cotos en que se cazaba el urogallo.
 4. Las diversas luchas dinásticas que tuvieron lugar en Inglaterra entre 1455 y 1485 y que culminaron con la subida al trono de la dinastía de los Tudor.
 5. Ciudad irlandesa, capital del condado del mismo nombre, en el suroeste de Irlanda.
 6. En la costa oeste de Irlanda, al noroeste de Limerick.
 7. Poderoso cazador del Antiguo Testamento (Génesis 10: 8-9).

Sophie Mellerby

Lady Scroope le dio muchas vueltas a la carta de su amiga, pero al final decidió que no podía hacer nada hasta que regresase Fred. De hecho, apenas sabía qué podría hacer cuando regresase. Cuanto más lo pensaba, más difícil le parecía que pudiese hacer algo. ¿Cómo iba una mujer, o incluso una madre, a advertir a un hombre joven del peligro de relacionarse con una chica bonita? Y no podía nombrar a la señorita O'Hara sin nombrar también a lady Mary Quin en relación con el asunto. Y cuando Fred le preguntara, como por supuesto haría, sobre la información que tenía, ¿qué le podría decir? Le habían contado que él había conocido a una señora viuda que tenía una hija bonita, y eso era todo. Cuando los jóvenes se meten en esos líos, ¡qué difícil que es entrometerse!

Y sin embargo, el asunto era de tal importancia que justificaba casi cualquier intromisión. Una chica irlandesa católica de la que no se sabía nada, salvo que se decía que su madre era viuda, suponía para lady Scroope un peligro tan formidable como cualquier otro que pudiera presentársele al heredero de su marido. Fred Neville, pensaba ella, era, pese a todas sus buenas cualidades, justo el tipo de hombre que se enamoraría de una indómita chica irlandesa⁸. Si Fred escribiera a casa un día para decir que se iba a casar con alguien así, o, peor aún, que ya se había casado con ella, la noticia casi mataría al conde. Después de todo lo que había padecido, poner tal fin a las esperanzas de la familia sería muy cruel. Y lady Scroope era consciente de lo injusto que sería. Estaban haciéndolo todo por ese heredero, por el que no tendrían por qué haber hecho nada. Lo trataban como a un hijo, pero no era su hijo. Le concedían el favor excepcional de un hijo. Lo tenía todo a su disposición. Podía casarse y empezar una nueva vida de inmediato con todas sus necesidades generosamente satisfechas, con tal de que se casara con una mujer apta para ser la futura condesa de Scroope. Se le pedía muy poco. No

esperaban que se casase con una heredera. Ciertamente le habían buscado una, y estaría allí, dispuesta para él, en Navidad; una heredera hermosa, de buena cuna, apta en todos los sentidos y además religiosa. No obstante, no le iban a pedir que se casara con Sophie Mellerby, sino que podía elegir por sí mismo. Había otras jóvenes de buena cuna en el mundo, montones de nietas de duquesas. Pero era imperativo que al menos se casara con una dama, y que al menos ésta fuese protestante.

Lady Scroope estaba cada vez más convencida de que nunca se le debería haber permitido unirse a su regimiento cuando se le había ofrecido un hogar en Scroope. Él era libre, eso estaba claro, como también estaba claro que el título y las posesiones terminarían siendo suyos. No obstante, tendrían que haber llegado a algún tipo de trato con él cuando le estaban ofreciendo todos los privilegios de un hijo. Habiéndole dicho que podría tener todo Scroope para sí, pues prácticamente de eso se trataba; que podría cazar y disparar allí y recibir a sus amigos; que le entregarían la casa familiar de Londres si se casaba como era debido, y que se le aseguraría una renta casi ilimitada, sin duda no habría sido mucho exigirle que dejase el ejército. Pero no lo habían hecho, y ahora se habían cruzado en el camino del joven esa viuda irlandesa católica con una hija, además de la caza costera, un bote y altos acantilados. Lady Scroope no era capaz de analizarlo, pero presentía todo el peligro como por instinto. La caza de la perdiz y el faisán en los terrenos de uno mismo, y algún que otro día de caza con los perros en su propio condado eran, a juicio de lady Scroope, unos entretenimientos muy apropiados para un caballero inglés. No interferían con el ejercicio de sus obligaciones. No le gustaban en absoluto esas incursiones anuales a Escocia que les había dado últimamente por hacer a los cazadores. Pero, si los páramos y los bosques escoceses eran peligrosos, ¡qué decir de los acantilados irlandeses! Tenía la impresión de que acechar a los ciervos era algo malo. Estaba casi segura de que, cuando los hombres subían a los bosques escoceses, no iban a la iglesia los domingos. Sin embargo, la idea de cazar focas era mucho más horrible. ¡Y encima estaba ese cura que era el único amigo de la viuda que tenía una hija!

La mañana del día en que Fred había de llegar a la mansión, lady Scroope sí que habló con su marido:

—¿No te parece, querido, que habría que hacer algo para evitar que Fred

vuelva a ese horrible país?

—¿Y qué podemos hacer?

—Supongo que él querría complacerte. Estás siendo muy bueno con él.

—A los viejos les corresponde dar, Mary, y a los jóvenes aceptar. Lo hago todo por él porque él lo es todo para mí, pero ¿qué soy yo para él, para que sacrifique cualquier diversión por mí? Me podría hacer sufrir mucho. Incluso si me peleara con él, lo peor que podría hacerle sería enviarlo a depender de los prestamistas un año o dos.

—Pero ¿por qué tiene que importarle su regimiento ahora?

—Porque su regimiento significa libertad.

—¿Y no le vas a pedir que lo deje?

—Creo que no. Si se lo pidiera, esperararía que cediese, y me llevaría una decepción si se negara. No quiero que piense que soy un tirano.

Ahí terminó la conversación, pues lady Scroope aún no se atrevía a hablarle al conde de la viuda y su hija. Tendría que poner a prueba toda su pericia y elocuencia con el propio joven.

Éste llegó y fue recibido con muchísima amabilidad. Lo habían precedido dos caballos, para que pudiese montar en cuanto quisiese tras su llegada, y había otros dos en camino. Todo eso estaba muy bien, pero su tía se sintió un poco dolida cuando Fred manifestó su intención de ir a las caballerizas justo cuando ella le dijo que Sophie Mellerby se encontraba en la casa. Llegó el veintitrés a las cuatro de la tarde, y anunció su intención de salir a cazar a la mañana siguiente. Ya había oscurecido, y qué menos que se abstuviese la primera tarde que estaba en casa de ir a las caballerizas. A Sophie Mellerby no le habían dicho ni una palabra de las esperanzas de lady Scroope. Tanto ésta como lady Sophia pensaban que sería malvado hacerlo. No obstante, las dos habían estado muy quisquillosas, y la señorita Mellerby debía de ser menos perspicaz de lo que suelen serlo las damiselas si no había entendido lo que se esperaba de ella. Sin duda las chicas están mejor preparadas para enamorarse de hombres a los que nunca han visto de lo que lo están ellos. El asunto más importante en la vida de una chica es amar y ser amada. De algunos hombres jóvenes casi podría decirse que su asunto más importante es evitar semejante catástrofe. Ése no tendría que haber sido el caso de Fred Neville en esos momentos, pero así es como lo veía él. Ya se había dicho a sí

mismo que le iban a intentar meter a Sophie Mellerby por los ojos. No veía razón, al menos de momento, por la que no hubiese de gustarle la señorita Mellerby, pero estaba un poco en guardia contra ella y prefería ver primero a sus caballos. Cuando Sophie, de acuerdo con la costumbre, y de hecho en ese caso de acuerdo con la forma en que se había dispuesto para la ocasión, fue a la sala de estar de lady Scroope a tomar el té, quedó bastante decepcionada al no encontrar al señor Neville allí. Tras volver del parque, se había enterado de que éste había ido a ver a su tío nada más llegar, y ella se había retirado a su habitación para acicalarse un poco para el encuentro. Si estaba escrito en el libro del destino que ella había de ser la siguiente lady Scroope, ese encuentro era importante. Quizá el que se escribiese en ese libro del destino dependiera de la forma en que se estaba arreglando el pelo en esos momentos.

–Ha ido a ver a sus caballos –le dijo lady Scroope, incapaz de que en su tono de voz no se notase la decepción que sentía.

–Es muy normal –contestó Sophie, que era más astuta–. Los jóvenes casi idolatran a sus caballos. A mí me encantaría ir a ver a Dandy cada vez que llega de donde sea, lo que pasa es que no me atrevo.

Dandy era el caballo de la señorita Mellerby, el cual estaba acostumbrado a hacer viajes entre Mellerby y Londres.

–No creo que haya que pensar tanto en caballos, armas y perros –afirmó lady Scroope solemnemente–. Parece que existe en la actualidad la tendencia a darles una importancia que no se merecen. Cuando nuestras diversiones se vuelven más serias para nosotros que nuestros propios asuntos, es que debemos de estar perdiendo el norte.

–Supongo que siempre estamos perdiendo el norte –apostilló la señorita Mellerby.

Lady Scroope suspiró y negó con la cabeza, pero, al hacerlo, mostró que estaba totalmente de acuerdo con la opinión expresada por su invitada.

Como sólo había dos caballos que inspeccionar, y como Fred Neville rechazó de pleno la invitación del mozo de cuadra para que echase un vistazo a los viejos caballos de la familia que tiraban del carruaje, volvió a la habitación de su tía antes de que la señorita Mellerby hubiese subido a vestirse para la cena. Fueron presentados, y Fred hizo todo lo que pudo para

resultar agradable. Era la clase de hombre que, al verlo por primera vez, ninguna chica podía sentirse injuriada porque le pidiesen que lo amara. Sophie era buena chica, y nunca habría consentido casarse con un hombre sin estar segura del afecto de él, pero Fred Neville era osado y sincero además de apuesto, y tenía mucho que decir por sí mismo. Podría ser depravado, o malhumorado, o egoísta, con lo que sería necesario que ella lo conociese bien antes de entregarse a su cuidado, pero, por lo que respectó a la primera impresión de Sophie Mellerby al verlo y oírlo, todo estuvo en favor de Fred. Es sin duda un hecho innegable que el ser heredero de un título nobiliario y de una gran hacienda hace que un hombre sea visto con muy buenos ojos hasta por las mejores chicas.

–¿Caza usted, señorita Mellerby? –le preguntó él. Ella negó con la cabeza con aspecto serio y después se rió. Entre los suyos no se consideraba que la caza fuese una habilidad deseable para una joven dama–. Pues ahora casi todas las chicas cazan –alegó Fred.

–¿Y crees que es una diversión apropiada para señoritas? –preguntó su tía en tono severo.

–No veo por qué no, siempre que sepan montar.

–Yo sé montar –dijo Sophie Mellerby.

–Montar está muy bien –afirmó lady Scroope–. Me parece muy bien que lo hagan las chicas. Cuando yo era joven, no todo el mundo montaba como ahora. De todos modos, está muy bien, y dicen que es muy saludable. Pero en cuanto a cazar, Sophie, estoy segura de que a tu madre le consternaría mucho que pensases en semejante cosa.

–Pero, mi querida lady Scroope, si no lo he pensado ni lo voy a pensar, e incluso aunque lo pensara mucho, nunca lo haría. A la pobre mamá le daría un pasmo del susto, aunque la verdad es que nadie en Mellerby se lo creería a menos que me vieses haciéndolo.

–En ese caso no hay razón para que no lo intente –afirmó Fred, y entonces lady Scroope fingió ponerse seria y le dijo que era muy malvado. Sin embargo, por muy estricta que pueda ser una señora mayor con las de su género, siempre le agrada un poco de maldad en un hombre joven, con tal de que no lo lleve al extremo de casarse con la mujer equivocada.

Sophie Mellerby era una joven alta, grácil y bien formada, y mostraba su

alta cuna en cada rasgo de su rostro. Por parte de madre descendía de los Ancrum, cuya familia, como todo el mundo sabe, es una de las más antiguas de Inglaterra; y, como había dicho el conde, los Mellerby eran Mellerby desde tiempos del rey Juan⁹ y llevaban al menos cuatro siglos viviendo en el mismo sitio. Eran y siempre habían sido los Mellerby de Mellerby, pues hasta el nombre de su parroquia era el de la familia. Si Sophia Mellerby no diese muestras de su buena cuna, ¿qué otra joven podría? Era rubia, con un rostro ovalado un tanto delgado, ojos oscuros y una nariz griega casi perfecta. Tenía la boca pequeña y la barbilla formada con mucha delicadeza. Y, sin embargo, apenas podía decirse que fuera hermosa. O, en el caso de que fuese hermosa, lo era más a los ojos de las mujeres que a los de los hombres. Le faltaba color, y quizá animación, en el semblante. Sin duda tenía más carácter del que indicaba su cara, que es por lo general una señal muy fidedigna de la mente de una persona. Su educación había sido todo lo buena que le podía proporcionar Inglaterra, y su intelecto el suficiente para permitirle hacer uso de él. Pero, para muchos, su principal encanto consistía en el hecho, que nadie ponía en duda, de que era una dama de la cabeza a los pies. También era la única hija y sólo tenía un hermano, y, como todos los Ancrum eran ricos, dispondría de una fortuna propia bastante considerable. Estaba claro que Fred Neville, que literalmente no era nadie antes de que su primo muriera, podría hacer cosas mucho peores que casarse con ella.

Y, al cabo de uno o dos días juntos, parecían llevarse muy bien. Él había llegado a Scroope el veintiuno¹⁰, y el veintitrés lo hizo la señora Neville, acompañada de su hijo pequeño, Jack Neville. Fue un momento difícil para el conde, ya que aún no conocía a la viuda de su hermano. Había oído cuando éste se había casado que ella era un tanto alegre, aficionada a montar y vocinglera. Era hija de un coronel Smith con el que su hermano, en esos momentos el capitán Neville, había hecho amistad, y había sido una beldad muy conocida en Dublín y otras plazas fuertes. Nunca se había sabido nada verdaderamente malo de ella, pero el viejo conde siempre había pensado que su hermano había hecho mal matrimonio. Como por entonces no se hablaban, tampoco había tenido demasiada importancia, pero se había creado en Scroope una actitud de prejuicio contra la mujer del capitán, que no acabó en modo alguno cuando la que había sido Julia Smith de soltera se convirtió en

viuda con dos hijos del capitán. Los viejos recuerdos perduran con mucha firmeza en los ancianos, y lord Scroope seguía teniéndole mucho miedo a esa belleza alegre y vociferante. Sus principios le decían que no debía separar a madre e hijo, y que, como servía a sus propósitos que adoptara al hijo, hasta cierto punto también debería aceptar a la madre. Aun así, le tenía pavor a todo aquello. Le tenía pavor a la señora Neville, así como a Jack, al que habían llamado así por su gallardo abuelo, el coronel Smith. Sin embargo, cuando llegó la señora Neville, descubrieron que era tan apagada y sumisa que apenas abría la boca delante del viejo conde. Su vocerío, si es que alguna vez lo había tenido, había desaparecido por completo, y la alegría, si es que alguna vez había sido alegre, se le había acabado. Era una mujer mayor, que conservaba los vestigios de una gran belleza e idolatraba a esos dos hijos por los que se había sacrificado toda la vida, de salud débil y dispuesta si hacía falta a sentarse con reverencial silencio a los pies del conde que se había portado tan bien con su primogénito.

–No sé cómo agradecerle lo que ha hecho –dijo en voz baja.

–No tiene que darme las gracias –contestó el conde–. Para nosotros es como si fuera nuestro propio hijo.

Entonces ella cogió la mano del anciano y la besó, y éste reconoció para sus adentros que había estado equivocado.

En cuanto a Jack Neville... pero mejor que iniciemos otro capítulo para él.

[8](#). Ése es el título de una popular novela de lady Morgan de 1806.

[9](#). Rey de Inglaterra entre 1199 y 1216.

[10](#). Debe de tratarse de un error, pues previamente se nos ha dicho que llegó el veintitrés.

Jack Neville

John es un nombre muy respetable, y quizá no haya ninguno en la lengua inglesa que lo sea tanto. Sir John es un nombre tan respetable como cualquier otro para un cabeza de familia. Cuando se trata de un viejo cochero, supera a todos los demás. Con toda seguridad el señor John Smith tendría un saldo más grande en el banco que Charles Smith u Orlando Smith, o quizá que cualquier otro Smith. El reverendo Frederic Walker podría ser un párroco borrachín, pero el reverendo John Walker sería sin lugar a dudas un buen clérigo en todos los aspectos, aunque tal vez sus sermones resultaran un poco aburridos. Sin embargo, casi todos los John se convierten en Jack¹¹, y Jack, en lo que a respetabilidad respecta, es justo lo contrario de John. Cómo o cuándo los Jack vuelven a llamarse John, y retornan al excelente nombre que les dieron sus padrinos, es algo que nadie sabe. Jack Neville, probablemente como consecuencia de algún absurdo apego de su madre, nunca había vuelto a llamarse John, y por eso el conde, cuando se decidió a recibir a su cuñada, al principio se resistía a invitar también a su sobrino pequeño. «Pero está en el cuerpo de ingenieros», alegó lady Scroope. Ese argumento tuvo su peso, así que Jack Neville fue invitado. Sin embargo, ni siquiera ese argumento consiguió borrar la idea que se le había metido al conde en la cabeza. Nunca había habido un Jack entre los Scroope.

Cuando llegó Jack, comprobaron que era muy distinto de aspecto a los Neville. En primer lugar, era moreno, y, en segundo, era feo. Se trataba de un sujeto alto y bien formado, más alto que su hermano y probablemente más fuerte, y ojos muy distintos, de un pardo muy oscuro, hundidos y con grandes cejas negras. Llevaba el pelo negro muy corto y no tenía barba. Sus rasgos eran duros, y en una mejilla lucía una cicatriz, recuerdo de alguna desventura que le había acontecido en la niñez. Pero, pese a su fealdad –pues era feo–, había mucho en su modo de andar y actitud que llamaba la atención. En

cuanto lo vio, lord Scroope pensó que no debería llamarse Jack. De hecho, el conde casi le tenía miedo, como también se lo tuvo la condesa al cabo de algún tiempo.

–Jack tendría que haber sido el mayor –le había dicho Fred a su tía.

–¿Y eso por qué?

–Porque es el más listo de los dos con diferencia. Yo nunca podría haber entrado en el cuerpo de ingenieros.

–Pues ésa parece ser razón de más para que sea el pequeño –replicó lady Scroope.

Llegaron otros dos o tres invitados, y la casa se volvió mucho menos lúgubre que de costumbre. Jack Neville salía de vez en cuando a montar los caballos de su hermano, y el conde se vio obligado a reconocer otro error. La madre era muy callada, pero era una dama. El joven oficial del cuerpo de ingenieros no sólo era un caballero, sino que para su edad estaba muy bien educado, con lo que lord Scroope casi se sintió orgulloso de sus parientes. Durante la primera semana el asunto entre Fred Neville y la señorita Mellerby verdaderamente pareció hacer progresos. Ella no era dada a coquetear, ni proclive a que se le notara ninguna debilidad por un joven, pero nunca se apartaba del posible marido que le habían buscado, y Fred parecía dispuesto a ser atento con ella. No se dijo ni una palabra para dar prisas a los jóvenes, y las esperanzas de lady Scroope fueron cada vez a más. Por supuesto, no había hecho la menor alusión a esa horrible gente irlandesa, pero tampoco le daba la impresión de que el corazón del heredero se hubiese quedado en el condado de Clare.

Aunque Fred le había dicho a su tía en una de sus cartas que se quedaría tres semanas en Scroope, ella no había supuesto que él fuera a limitar su estancia justo a ese tiempo. No se había fijado ninguno definitivo para la visita de la señora Neville y de su hijo pequeño, pero se daba por descontado que no se quedarían después de marcharse Fred. En cuanto a Sophie Mellerby, su visita era elástica. Estaba allí por un motivo, y podría continuar en la casa todo el invierno si era conveniente para dicho motivo. La primera quincena lady Scroope consideró que el asunto avanzaba bien. Fred salía a cazar tres días a la semana y de vez en cuando se ausentaba de casa, ya fuera para ir a cenar con un regimiento de Dorchester o hacer una visita relámpago

a Londres, pero su comportamiento con la señorita Mellerby era muy agradable, y no había duda de que a ella le gustaba. Sin embargo, de pronto, el heredero dijo algo a su tía que fue casi comparable a dispararle una pistola en la cabeza:

–Creo que el señorito Jack está haciendo muy buenas migas con Sophie Mellerby.

Si había algo que lady Scroope odiara casi tanto como los matrimonios imprudentes, era la jerga. Afirmaba que no la entendía, y, de acuerdo con tal afirmación, siempre detenía la conversación para que le explicasen cualquier palabra que considerara que había sido utilizada de modo inadecuado. La idea de que un joven hiciese «migas» con una joven era repulsiva, pero la idea de que este joven en concreto hiciese «migas» con esta joven en concreto lo era muchísimo más, y el sufrimiento que le producía se incrementaba tanto más por la indiferencia que exhibía el heredero al hablar de la chica con la que él mismo tendría que haber estado haciendo «migas», que lady Scroope no podía dejar que la detuviese ese escollo:

–¡Imposible! –exclamó–. Bueno, eso si... eso si de verdad... si de verdad pretendes decir algo con eso.

–Pretendo decir mucho.

–Entonces no me creo ni una palabra. Eso no puede ser. Es imposible. Estoy completamente segura de que, como caballero, tu hermano comprende a la perfección su posición para soñar con algo así.

A Fred Neville todo eso le sonó a chino. No entendía por qué su hermano no podía enamorarse de una chica guapa, y por qué esa chica guapa no podía corresponderle sin que eso supusiese ninguna vergüenza para su hermano. Éste era un Neville, y además un tipo excepcionalmente inteligente. «¿Por qué no podía soñar con algo así?».

–Para empezar... bueno, es que yo creía, Fred, que tú mismo parecías estar... que parecías estar prendado de la señorita Mellerby.

–¿Quién, yo? ¡Dios mío, no! Es una chica muy agradable y todo eso, y me cae increíblemente bien. Si llegara a casarse con Jack, creo que nunca he conocido a ninguna chica que me gustara tanto tener de cuñada.

–No puede ser, y me sorprende mucho que hables así. ¿Qué derecho puede tener tu hermano a fijarse en alguien como la señorita Mellerby? Él no tiene

posición, ni posibles.

–Es mi hermano –replicó Fred con un ligero toque de ira, asumiendo ya su futuro título de conde por el bien de Jack.

–Sí, es tu hermano, pero no te creas que el señor Mellerby entregaría a su hija a un oficial del cuerpo de ingenieros que, hasta donde sé, no cuenta con posibles propios algunos.

–Ya los tendrá, cuando fallezca mi madre. Por supuesto, yo de momento no puedo hablar de ir a hacer nada por nadie. Me podría morir antes que mi tío. No hay cosa más probable, y en el caso de que eso ocurriera, entonces Jack sería el heredero del tío.

–No creo que haya entre ellos nada de lo que dices –afirmó lady Scroope indignadísima.

–Sí, es posible. Desde luego, si lo hay, a mí no me han dicho nada. Claro que tampoco es probable que me lo dijeran. Pero me parecía que se avecinaba algo, y, como es lo más normal del mundo, por eso lo he mencionado. Por lo que a mí respecta, a la señorita Mellerby no le importo un comino. De eso puede estar usted segura.

–Pues sí que le importarías, si se lo pidieras.

–Pero es que no se lo pienso pedir nunca. ¿Para qué andarnos con rodeos, tía? No se lo voy a pedir, y si lo hiciera, ella no me aceptaría. Si quiere tener a Sophie Mellerby de sobrina, entonces eso es cosa de Jack.

Lady Scroope estaba indignada hasta lo inefable. Que le dijeran que «eso era cosa de Jack» de por sí la irritaba mucho, pero que se lo dijeran en relación a semejante cuestión le resultaba doloroso en grado sumo. Por supuesto, no podía obligar a ese joven a que se casara con quien ella quisiera. Se había dicho desde el principio que no tendría motivo para enfadarse con él en el caso de que no cayese en la sedosa trampa que le había tendido. Lady Scroope no era una mujer poco razonable, y entendía bien el poder que tienen los jóvenes sobre sus mayores. Sabía que no podría pelearse con Fred Neville aunque quisiera. Él era el heredero, y al cabo de unos pocos años sería el dueño de todo. Para mantenerlo por el camino recto, evitar que se endeudara, protegerlo de los prestamistas y asegurar la posición y las posesiones de la familia hasta que él estabilizara la situación teniendo su propia mujer y heredero, había que mostrarle todo tipo de indulgencia. Ella entendía muy

bien que a un caballo así había que montarlo con mano muy blanda. Tendría que soportarle la jerga, aunque no la aguantase en ninguna otra persona. Había que dejarle que fumara en su dormitorio, que bajase tarde a cenar y que eludiese los rezos matutinos –y ya se contentaría ella con que no eludiese también ir a la iglesia los domingos–. Y, por supuesto, tenía que elegir esposa, con tal de que no fuese una indómita chica irlandesa católica de la que nadie sabía nada.

En cuanto a ese otro asunto de Jack y Sophie Mellerby, se resistía a creerlo. Ciertamente había visto que se habían hecho buenos amigos, como habría sido normal de haberse prometido Fred con ella, pero no concebía la posibilidad de que se cometiera algún error en un asunto así. ¡Sin duda la propia Sophie sabía muy bien en lo que estaba metida! ¿Qué le podría decir lady Scroope a lady Sophia si Sophie volviese a su casa prometida a un hermano pequeño que no tenía nada, salvo un grado de oficial en el cuerpo de ingenieros? Habían enviado a Sophie a Scroope a propósito para que el heredero se enamorase de ella; ¿qué sería de lady Scroope si, en vez de eso, no sólo se hubiese enamorado de Sophie el hermano pequeño del heredero, sino que ella hubiese respondido favorablemente a un afecto tan abyecto?

Esa misma tarde Fred le dijo a su tío que se volvía a Irlanda a los dos días, con lo que acertaba también en dos días sus prometidas tres semanas.

–Lamento que tengas tanta prisa, Fred –dijo el anciano.

–Y yo también, señor, pero Johnstone tiene que irse a Londres por unos asuntos, y le prometí cuando me dieron el permiso que no lo dejaría plantado. Es que... cuando uno tiene una profesión ha de ocuparse de ella... más o menos.

–Pero a ti no te hace falta tener esa profesión.

–Gracias, tío, es usted muy amable al decirlo, y como quiere que la deje, lo haré cuando termine este año. Ya le he dicho a mis compañeros que me voy a quedar hasta octubre, y no quisiera cambiarlo ahora.

El conde no tuvo más que decir.

Mas, el día antes de la partida de Fred, llegó una breve nota de lady Mary Quin que hizo a la pobre lady Scroope más desdichada que nunca. Se había enterado, de algún modo misterioso, de que las O'Hara esperaban ansiosas el regreso del señor Neville. Lady Mary era de la opinión de que sería

conveniente por muchas razones que se llevaran al señor Neville de Ennis. Sabía que habían estado preguntando por él y que había quedado a cenar cierto día con el padre Marty, el cura. Estaba claro que éste haría lo que fuera para ayudar a sus amigas las O'Hara. A continuación, lady Mary expresaba su gran interés de que no se dijera ni una palabra al señor Neville que le llevara a suponer que se estaban enviando a Scroope informes de él desde el castillo Quin.

La condesa, desesperada, consideró que sería mejor que se lo contara todo al conde.

–Pero ¿qué puedo hacer yo? –dijo el anciano–. Los jóvenes son dados a establecer esa clase de amistades.

Era evidente que sus miedos todavía eran menos oscuros que los de su mujer.

–Sería terrible que de pronto nos enterásemos de que se había casado con una chica de la que sólo sabemos que es católica y no tiene amigos.

Al conde se le frunció mucho el ceño.

–No creo que Fred fuese capaz de tratarme de ese modo.

–Puede que no lo hiciese deliberadamente, pero... ¡y si lo enredan y hace alguna promesa!

Entonces el conde sí que habló con su sobrino.

–Fred –le dijo–, he estado pensando mucho en ti. Tengo poco más sobre lo que pensar ahora. Lo consideraría una gran muestra de cariño por tu parte si dejases el ejército de inmediato.

–¿Y que no me vuelva a incorporar a mi regimiento?

–Es absurdo que lo hagas en tu situación actual. Deberías quedarte aquí y ponerte al tanto de todas las circunstancias que atañen a la finca antes de que pase a ser tuya. No creo que esa lección vaya a durar más de un año o dos.

La actitud del conde resultaba muy imponente. Miraba a su sobrino a la cara mientras le hablaba, y tenía una mano sobre el hombro del joven. Pero Fred Neville era un Neville de la cabeza a los pies, y éstos siempre querían salirse con la suya. No poseía el intelecto ni la refinada masculinidad de su hermano, pero podía ser tan obstinado como cualquier otro Neville, tanto como lo había sido su padre, o también su tío. Y para esa cuestión tenía argumentos que éste apenas pudo rebatirle en ese momento. No había duda

de que podría comprar su libertad del ejército a su debido tiempo, pero en esos instantes estaba tan obligado a volver como cualquier soldado raso al término de su permiso. Tenía que volver, eso estaba bien claro. Y si a su tío no le importaba demasiado, prefería seguir con su regimiento hasta octubre.

Lord Scroope no podía rebajarse a repetirle su petición, o siquiera a volver a mencionarla. Toda su actitud cambió cuando retiró la mano del hombro de su sobrino, pero, aun así, estaba decidido a que no hubiese ningún enfrentamiento entre ellos. De momento, todavía no había motivo para discutir, y, de hacerlo, su propia herida sería mucho más grande que cualquiera que pudiese sufrir el heredero. Permaneció unos instantes en silencio y, a continuación, volvió a hablar en un tono muy distinto al que había empleado antes:

–Espero... –empezó a decir, pero hizo otra pausa–. Espero que sepas lo mucho que depende de que te cases de un modo apropiado a tu posición.

–Sí, creo que lo sé.

–La única esperanza que me queda es verte situado en la vida como es debido.

–El matrimonio es una cosa muy seria, tío. ¿Y si no me caso? A veces pienso que a mi hermano le pega mucho más casarse que a mí.

–Estás obligado a casarte –afirmó el conde con solemnidad–. Y, sobre todo, estás obligado por todos tus deberes para con Dios y los hombres a hacer un matrimonio que no deshonre la posición que se te pide que ocupes.

–Yo nunca haría algo así –contestó Fred Neville con orgullo. De eso obtuvo el conde algún consuelo, y así terminó la conversación.

El día señalado por él mismo, Fred se marchó de la mansión, y su madre y hermano lo hicieron al siguiente. Sin embargo, la tarde que Fred se fue, Jack Neville le pidió a Sophie Mellerby que se casara con él. Ella lo rechazó, con toda la cortesía de la que fue capaz, pero también con todo el convencimiento. Y en cuanto él dejó la casa, ella le contó a lady Scroope lo sucedido.

[11](#). Es una forma familiar de John, más o menos equivalente a nuestro «Juanito».

Ardkill Cottage

Los acantilados de Moher del condado de Clare, en la costa occidental de Irlanda, no son tan conocidos por los turistas como debieran. Cabe dudar de que lady Mary Quin estuviera en lo cierto al llamarlos los más altos del mundo, pero son a todas luces unos acantilados muy respetables, que se elevan unos ciento ochenta metros desde el mar con casi toda la perpendicularidad que corresponde a los acantilados. Tienen un hermoso color, surcados de vetas amarillas y con grandes masas de rocas de un rojo oscuro, y debajo de ellos yace el extenso y azul Atlántico. Reconocemos la exageración de lady Mary en cuanto a su altura comparativa, pero si hubiese dicho que a sus pies se halla el agua más resplandeciente, más azul y más cristalina del mundo, no se habría equivocado mucho. Al sur de esos acantilados se adentra hacia el interior una ancha bahía, la de Liscannor, a cuyos lados hay dos pequeños pueblos, Liscannor y Lahinch. En este último, desde que estaba acuartelado en Ennis, Fred Neville tenía un bote para cazar focas, explorar la costa, y, en general, dar rienda suelta a su espíritu de aventura. No muy lejos de Liscannor estaba el castillo Quin, residencia del conde de Kilfenora, y a cierta distancia de Liscannor en dirección a los acantilados, a unos tres kilómetros del pueblo, había una casita llamada Ardkill. En ella vivían la señora y la señorita O'Hara.

Era la edificación más cercana a las rocas, de las que distaba algo más de quinientos metros. La casita, como la llamaban, era una intrincada casa de techos bajos y alargada de tan solo un piso, muy diferente a una inglesa¹². Estaba formada por dos estrechas alas que formaban ángulo recto, y tenía una gran cocina, dos salones, uno de los cuales nunca se usaba, y cuatro o cinco dormitorios de los que sólo tres estaban amueblados. La sirvienta ocupaba uno, y las dos damas los otros. Era un lugar bastante yermo, y muy distinto a la clase de casita en la que se supone que habitan las damas inglesas cuando

se retiran a ese tipo de vida. No había jardín, aparte de un pequeño huerto en el que cultivaban unas pocas patatas. Estaba tan cerca del océano, tan expuesto a los vientos del Atlántico, que era imposible que pudiesen crecer arbustos allí. Todo lo que lo rodeaba, incluso el herbaje, estaba impregnado de sal, y decía mucho de la sal de las olas vecinas. Cuando el viento soplabá del oeste, el aire iba tan cargado de rocío que uno no podía caminar por allí sin mojarse. Y, sin embargo, era un lugar muy sano, y celebrado por su excelente aire. De la casita, que ya de por sí estaba elevada, salía una empinada colina que subía a lo alto del acantilado, cubierta de ese peculiar musgo que produce el rocío salado del océano. A ese lado todo era terreno abierto, pero siempre había unas cuantas ovejas pastando cuando el viento no era tan fuerte que las hacía buscar cobijo. Detrás de la casita había un cercado que le pertenecía, y en el que la señora O'Hara guardaba a su vaca. Una docena de gallinas y un ruidoso gallo viejo deambulaban sueltos alrededor de la casa, y a veces dentro de ella, y, junto con la vaca, formaban el total de los animales de la viuda. A unos ochocientos metros de la casita, en dirección a Liscannor, había media docena de cabañas de adobe en las que vivían los vecinos más cercanos de la señora O'Hara, así como un antiguo cementerio. Otros ochocientos metros más allá estaba la casa del cura, y de allí a Liscannor unas pocas cabañas más se esparcían a lo largo del camino.

En dirección a la casita no podía decirse que dicho camino fuese más que un sendero, y, a continuación de ésta, poco más que una senda de ovejas. El camino que salía de Liscannor lo era de verdad hasta llegar al cementerio, pero a partir de ahí se había deteriorado. Un carro o un carruaje, de ser necesarios, podrían llegar hasta la puerta de la casita, pues el terreno era duro y estaba despejado, pero no había ruedas que se desplazasen nunca hasta allí. Cuando iba el cura, lo hacía a caballo, y disponía de un cobertizo en el que amarrar a su jamelgo. De vez en cuando él mismo mandaba un haz de heno para consumo de aquél, y se sentía cruelmente utilizado cuando la vaca conseguía entrar y comérselo. Ningún otro caballo se detenía jamás ante la puerta de la viuda. Las escasas provisiones que necesitaban para subsistir las acarreaban las chicas desde Liscannor. Al norte de la casita, a lo largo del acantilado, no había camino alguno durante kilómetros, ni tampoco casa de ningún tipo. El castillo Quin, en el que la noble –aunque un tanto

empobrecida— familia Quin vivía casi todo el año, estaba hacia el interior y distaba unos cinco kilómetros de la casita. Lady Mary había dicho en la carta a su amiga que la señora O’Hara era una dama, por lo que, como ésta no tenía más cerca ninguna otra vecina que estuviese a su altura en ese sentido, y sólo a la esposa del clérigo protestante a unos nueve kilómetros de distancia, cabría pensar que la caridad habría impulsado a alguien de la familia Quin a interesarse por ella. Sin embargo, los Quin eran protestantes, y la señora O’Hara no sólo era católica, sino una católica a la que había llevado a esa parroquia el cura. Sin duda no se sabía nada malo de ella, pero es que tampoco se sabía nada en absoluto de ella, y los Quin eran gente muy cautelosa en asuntos de religión. En los tiempos de la hambruna¹³, el padre Marty, el conde y el vicario protestante habían trabajado juntos en pro de la causa común, pero esos días ya habían pasado y esa extraña intimidad pronto había desaparecido. Cuando se encontraba con el cura, el conde lo saludaba con una inclinación de cabeza, y lo mismo hacían los dos clérigos entre sí, pero más allá de ese mudo saludo no había ningún trato entre ellos. Así pues, los Quin habían considerado que era imposible que se interesaran por las amigas del cura.

¿Y qué interés podían mostrar por dos damas que habían llegado nadie sabía de dónde, para vivir en ese lugar agreste y apartado y sin que nadie supiera por qué? Decían ser madre e hija y llamarse O’Hara, pero ni siquiera había ninguna prueba de la verdad de tales asertos. En consecuencia, nadie interrumpía su soledad, y nunca veían el rostro de un amigo atravesar su umbral, salvo el del padre Marty.

Lo cierto es que la vida de la señora O’Hara había sido de una naturaleza tal que casi necesitaba esa soledad. Su historia no nos incumbe aquí. Para nuestros propósitos no hace falta que contemos lo que le había sucedido. Baste con decir que la había abandonado su marido, y que en esos momentos no sabía si era viuda o no. Ése era el único misterio que la atañía. Era inglesa, aunque católica; se había quedado huérfana de pequeña y la había criado su abuela en una ciudad francesa de provincias. Allí se había casado con cierto capitán O’Hara, pues poseía unos pequeños recursos propios que bastaban para hacerla muy valiosa a los ojos de un aventurero. Por entonces no contaba más de dieciocho años, y había concedido su mano al capitán en

contra de los deseos de su única tutora. Lo que había sido de su vida desde entonces hasta el periodo en que, bajo los auspicios del padre Marty, había pasado a habitar Ardkill Cottage, era algo que sólo sabía ella. Estaba separada por completo de sus amigos y familiares, y apareció en la costa oeste del condado de Clare con su hija siendo una perfecta desconocida para todo el mundo. El padre Marty era un hombre mayor, de casi setenta años, que se había educado en Francia. Allí había conocido a la abuela de la señora O'Hara, y de ahí había surgido la amistad que lo había inducido a llevar a la dama a su parroquia. Ésta llegó con una hija que apenas era una niña por entonces. Habían pasado dos o tres años desde ese momento, y ahora la niña era una joven ya crecida de casi diecinueve años. De los medios de que disponía poco o nada se sabía con certeza, ni siquiera por parte del cura. Ella le dijo que había conseguido salvar algo de la ruina con lo que vivir con su hija de forma humilde, y eso hacía. Tenía que haber sufrido una quiebra repentina, o de lo contrario no habría sacado a su hija de un caro colegio parisino para vegetar en medio de esa soledad que había elegido. Y era una soledad de la que no parecía que pudiesen ir a escapar en el futuro. Habían llevado consigo un piano y unos cuantos libros, la mayoría franceses, con los que parecía que era intención de las dos damas que su vida fuese soportable de ahí en adelante. No tenían nada más a lo que recurrir, aparte del paisaje que les proporcionaban los acantilados.

El autor quisiera presentar a sus lectores, si le es posible, cierta idea de la apariencia física y el carácter de cada una de las dos damas, ya que de otro modo no podrá narrar su relato como corresponde. La mayor, que por entonces aún no tenía cuarenta años, habría sido una mujer muy atractiva de no haber dado los problemas, el sufrimiento y la lucha de una vida difícil un aspecto de firme determinación combativa a su rostro que no resultaba femenino. Estaba más por debajo que por encima de la altura media, o, cuando menos, eso parecía, ya que era de constitución fuerte y anchos hombros, y tenía una cintura que quizá no fuese ya tan delgada como cuando había conocido al capitán O'Hara. Pero su pelo seguía siendo negro, al menos tan negro como lo puede ser el pelo que no es de verdad negro sino castaño oscuro. Cualquiera que fuese su color, no había el menor matiz de blanco en él. Era brillante, sedoso e igual de largo que cuando era niña. No creo que la

señora O'Hara se enorgulleciera de su cabello. ¿Cómo se iba a enorgullecer de su belleza, cuando nunca la veía ningún hombre más joven que el padre Marty, o que el viejo campesino que proveía de turba a la casa trasportándola en nasas a lomos de un burro? De todos modos, siempre lo llevaba sin ningún gorro encima, y recogido en un sencillo moño. El autor no recuerda si ya se habían inventado los postizos por entonces, pero desde luego no eran habituales en la costa del condado de Clare, y los campesinos de Liscannor pensaban que el pelo de la señora O'Hara era el más bonito que habían visto nunca. De haber poseído las damas del castillo Quin ese cabello, no seguirían siendo las señoritas Quin a día de hoy. Los ojos de la señora O'Hara eran luminosos, oscuros y muy grandes; en verdad unos ojos hermosos, aunque podían llegar a ser temibles. Tal vez hubiesen sido más amables en su juventud, antes de que se hubiera despertado en el pecho de esa mujer un espíritu de tigresa por mor del abandono y los maltratos. Ahora su rostro estaba bronceado por los años y el clima. Prestaba la misma atención a su cutis que sus vecinos pescadores a los suyos, y el viento y el agua salada, y quizá también las cavilaciones de su cabeza, habían contribuido a volverlo áspero y oscuro. No obstante, había cierto color en sus mejillas, del tipo que vemos a menudo en las de los gitanos errantes, que habría hecho que un hombre que supiese apreciar la belleza se detuviera a mirarla. Tenía la nariz bien formada –una nariz celestial, y no el bulto de carne pegado en medio de la cara que a veces son las narices de las mujeres–, pero era un tanto corta y ancha en la parte inferior; una nariz que podía indicar mucha ira, y quizá también ternura. Su boca era grande, mas llena de expresión; sus labios carnosos y sus dientes perfectos como perlas. Tenía la barbilla corta; quizá estuviese por entonces convergiendo en ese tamaño que llamamos papada, y la marcaba un hoyuelo tan amplio como el mayor que jamás hiciera Venus con el dedo en el rostro de una mujer.

Siempre había sido fuerte y activa, y los años en ese retiro no habían hecho la menor mella en ella. Seguía yendo a pie a Liscannor, y después de vuelta, por debajo de los acantilados cuando la marea estaba baja, y subía por un sendero que habían hecho los chicos desde los pies de las rocas a la cumbre, por más que la distancia era de más de dieciséis kilómetros y el ascenso muy empinado. Pasaba horas y horas en los acantilados,

contemplando el mar a sus pies, aunque casi hiciese tormenta. Cuando amainaba el viento, el sol se ponía al final del océano y las mansas olas apenas eran audibles al romper contra las piedras de abajo, acostumbraba a sentarse allí con su hija, cogiéndola de la mano o tan sólo tocándole un brazo, y se contentaba con permanecer así casi sin decir palabra; pero cuando soplaba el viento, subía el fuerte rocío en volúmenes cegadores y los monstruos marinos de blancas cabezas rugían furiosos contra las rocas, estaba allí sola con el sombrero en la mano y el pelo empapado. Observaba las gaviotas que revoloteaban y flotaban por debajo de ella, escuchaba sus chillidos e intentaba interpretar sus voces. Envidiaba a los pájaros conforme parecían enloquecer por el viento, que aún no era lo bastante fuerte para conseguir apartarlos de sus propósitos. Pasar algún tiempo entre las rocas parecía ser el único deleite que le quedaba en la vida, a excepción del intenso deleite que siente una madre al querer a su hija. Leía poco y nunca ponía una mano sobre el piano, pero tenía una gran capacidad para sentarse y pensar, para rumiar sobre sus años pasados y soñar con la vida futura de su hija, que nunca flaqueaba en ella. Para la señora O'Hara los días eran sin duda muy tristes, pero no se puede decir en justicia que fuesen monótonos o tediosos.

Y también tenía una chispa de humor, que a veces brillaba en todo su esplendor cuando no había nadie cerca para apreciarla. Su hija se sonreía de sus agudezas, pero sólo lo hacía por amabilidad. Kate no compartía el sentido del humor de su madre, o al menos no lo compartía aún. Por lo general, los jóvenes gratifican su gusto por la diversión con el movimiento extravagante; hasta que pasan los años no valoran la extravagancia de las palabras e ideas. De todos modos, la señora O'Hara gastaba ese arte suyo con la sirvienta de la casa, o con el viejo Barney Corcoran que llevaba la turba, por más que ninguno de los dos la entendiera con mucha claridad. De vez en cuando tenía alguna batalla dialéctica con el cura, y creo que eso le gustaba. Era muy combativa si surgía un motivo de combate, y estaba dispuesta a pelear por el tema que fuera con cualquier ser humano, salvo con su hija. Aun así, nunca discutía con el cura, y, aunque rara vez conseguía éste derrotarla en sus contiendas, se sometía a él en muchas cosas. En los asuntos concernientes a su religión lo hacía por completo.

Kate O'Hara guardaba un gran parecido de cara con su madre; de un

modo extraño, pues en mucho era muy distinta. No obstante, tenía los ojos de ella, aunque los suyos eran de un brillo más dulce, como correspondía a su juventud, y también tenía la nariz de su madre, pero sin el aire de desdén que aparecía en el rostro de ésta cuando se le dilataban los orificios nasales. En esa particular brevedad de la parte inferior de la cara era la misma imagen de su madre; sin embargo, la boca era más pequeña, los labios menos carnosos y el hoyuelo estaba menos exagerado. Se trataba de un rostro más hermoso, quizá más de lo que jamás lo hubiera sido el de su madre; pero era menos expresivo, infinitamente menos capaz de mostrar ira, y tal vez también menos capaz de mostrar los momentos más extremos de ternura. Kate era más alta que su madre, y a su lado parecía más delgada. No obstante, era fuerte y sana, y aunque no la acompañaba de buen grado en esos paseos más largos, ni se exponía a las inclemencias del tiempo como ella, no era nada débil ni reacia a la acción. La vida en Ardkill Cottage era aburrida, y por lo tanto Kate también. De haber estado rodeada de amigos, como en sus idílicos días en el colegio de París, habría sido la más alegre de todos.

Tenía el cabello tan oscuro como su madre, o incluso más. Si se la veía al lado de la señora O'Hara, se apreciaba que el pelo de ésta no era negro, pero apenas se podía creer que un cabello pudiese ser más negro que el de la hija. A ella le caía en ricos mechones rizados alrededor del cuello, del tipo que ahora nunca se ven. A veces los agitaba por diversión y la habitación parecía llenarse de sus rizos. Pero solía decir a su madre que ya estaba empezando a encontrar una cana en ellos de vez en cuando, que de hecho le enseñaba en ocasiones, y entonces afirmaba que se convertiría en una anciana antes de que su madre fuese de mediana edad.

Sin duda su vida en Ardkill Cottage era muy aburrida. Los recuerdos no le servían de mucho, y casi no sabía cómo tener esperanzas. Leía hasta prácticamente aprenderse de memoria todos los libros, e interpretaba las melodías que se sabía en todo momento, hasta que las cuerdas destensadas del pobre piano, sometidas al aire marino y lejos de la pericia de cualquier afinador, sonaban discordantes. Pese a todo eso, se sentía vacía y aburrida.

—Madre —decía—, ¿va a ser siempre así?

—No, no siempre, Kate —contestaba de inmediato la madre.

—¿Y cuándo va a cambiar?

–Dentro de unos pocos días, o de unas pocas horas, Kate.

–¿Qué quiere decir, madre?

–Que se acerca la eternidad, con toda su gloria y felicidad. Si no fuera así, mala cosa sería.

Cabe dudar que ningún ser humano haya sido capaz de contentarse con la esperanza de la vida eterna, hasta que alguna clase de aflicción les llena la existencia de amargura. Los clérigos predicán muy bien, lo bastante para instilar muchas convicciones en las cabezas de las personas, pero no lo bastante para instilarles ésa en concreto. Y las personas devotas viven bien, pero nunca nos parece que lo hagan de acuerdo con ésa convicción. Además, de ser así, ¿quién se esforzaría y trabajaría duro en este mundo? Cuando nos rompen el corazón, y el espíritu se hunde y muerde el polvo del sufrimiento, entonces –pues tal es la misericordia de Dios– nos basta con la eternidad para que la vida sea soportable. Cuando la señora O’Hara hablaba a su hija de eternidad, ésta sólo recibía un frío consuelo de esa palabra. La joven quería algo de este mundo: placeres, compañías, trabajo, quizá un enamorado. Eso era antes de que al teniente Neville, del vigésimo regimiento de húsares, se le hubiese visto por aquellos pagos.

Y la propia madre, al hablar de ese modo, se estaba permitiendo, tal vez sin querer, una actitud sarcástica hacia la vida que no pretendía en absoluto que su hija entendiera. «Sí, siempre será así para ti, pobre desventurada. No hay más perspectiva en esta vida. Eres una de las desdichadas a las que el mundo no ofrece nada, así que, ya que al ser humana has de tener esperanzas, básalas en la eternidad». De haber interpretado sus palabras con claridad, ése habría sido su verdadero significado. ¿Qué podía hacer ella por su hija? Podía proporcionarle pan y carne, y un techo sobre su cabeza, y las ropas que bastaban para una vida como la que llevaban. Esa vida habría sido aceptable de ser su destino, y estar dentro de su capacidad, tener que ganarse el pan y la carne, el cobijo y la ropa. Sin embargo, tenerlo sin trabajar, sólo eso y nada más, y vivir en la más absoluta ociosidad, era tal desdicha que el único recurso que les quedaba era la eternidad.

Y, sin embargo, cuando la madre contemplaba a su hija, casi siempre se convencía de que no tenía por qué ser así. La chica era encantadora; tanto que, si la vieran, los hombres se pelearían por decidir quién la cuidaba. Tanta

belleza, tanta vida, tanta capacidad para dar y recibir disfrute no podían estar destinados a marchitarse en un solitario acantilado sobre el Atlántico. Tenía que haber un fallo en alguna parte. Pero subsistir era su primera necesidad, y vivir en una ciudad, rodeadas de hombres, escapaba a los medios de los que disponía la señora O'Hara. Cuando sacó a su hija del colegio y buscó paz bajo el techo que su amigo el cura le había encontrado, la paz y un techo que la cobijara eran todo lo que deseaba. Poder tener tranquilidad e independencia, con su hija entre sus brazos, era todo lo que esa mujer pedía al cielo. A ella le bastaba con eso. Sabía que la tranquilidad que al menos había obtenido era infinitamente preferible a la intranquilidad de su vida anterior. Sin embargo, pronto supo también –lo cual no se había esperado antes de hacer el experimento– que lo que para ella era paz, para su hija era vivir en una tumba. «Madre, ¿va a ser siempre así?».

De no haber llevado su hija la carga de ser de buena familia, de haber sido su padre algún humilde tendero o campesino, podría haber ido a la ciudad vecina de Ennistimon y encontrar allí un compañero apropiado. ¿No habría sido mejor de ese modo? Esa carga de ser de buena familia –o ese privilegio, si así nos place llamarlo–, ¿qué ventajas iba a reportar a su hija? No puede ser cierto que todos los que se amontonan por debajo de la barrera de la alcurnia sean menos bienaventurados, o se pretenda que lo sean, que los pocos que flotan en los niveles superiores. En cuanto a la verdadera bendición, ¿no procede de la aptitud para llevar una vida en contacto con los demás y del sentido del deber que produce esa aptitud? ¿Acaso se cree alguien que la condesa es más feliz que la mujer del tendero, o que está menos sujeta a las desgracias que hereda la carne? Pero esas cuestiones no se pueden cambiar por voluntad propia. Esta mujer no podía pedir a su hija que fuese a conocer al hijo del carnicero en igualdad de condiciones, o que buscara a sus amigas entre las sombrereras de la ciudad vecina. Se le había impuesto esa carga y la tenía que soportar, aunque las aislara del resto del mundo.

«Madre, ¿va a ser siempre así?». Pues claro que la madre sabía lo que necesitaban. Necesitaban que la chica saliera al mundo y se emparejara, que encontrase un hombro en el que pudiera recostarse, un brazo fuerte que la rodeara, el corazón y el trabajo de un hombre a los que ella pudiera consagrarse. Cuando hacía esa pregunta, la joven no sabía nada de eso, pero

su madre sí. Ésta contemplaba a su hija y se decía que, de todas las criaturas vivas, la suya era sin duda la más encantadora. ¿No era lo correcto que saliera al mundo y fuese amada, o al menos que saliera al mundo y se arriesgara a ver lo que pasaba? Pero ¿cómo se podía controlar esa salida? Y, además, había peligros, peligros terribles, sobre todo para una persona tan desamparada como su hija. Ella misma había naufragado al entregarse a quien era totalmente indigno, al amar a alguien que no se merecía ningún amor. Los hombres son tan a menudo como lobos voraces, despiadados, rapaces, sin corazón, llenos de codicia, de lujuria, que sólo ven la belleza femenina como una presa y consideran el amor de una mujer y su propia vida un mero juguete. Si ella tuviese una posición social más elevada, podrían estar seguras. Si la tuviese más baja, también podrían estarlo. Pero ¿cómo podía mandar a su hija al mundo con la plena certeza de que no la estaba mandando entre los lobos? Aun así, esa lastimera pregunta siempre resonaba en sus oídos: «Madre, ¿va a ser siempre así?».

Y entonces apareció el teniente Neville en escena, vestido con chaqueta y pantalones de marinero, una gorra náutica en la cabeza, un pañuelo suelto alrededor del cuello y el pelo ondeando al viento. A ojos de Kate O'Hara era un Apolo. A ojos de cualquier chica habría parecido el tipo más apuesto que jamás supo hacer un nudo marinero. Había conocido al padre Marty en Liscannor, y éste había cenado con él en Ennis. Fred le había devuelto la visita y el cura, quizá inocentemente, lo había llevado a los acantilados. Allí se encontraron con las dos damas, y nuestro héroe fue presentado a Kate O'Hara.

[12](#). Se refiere a los *cottages*, las pintorescas casas rurales de discreto tamaño de Inglaterra.

[13](#). Es decir, la gran hambruna provocada en Irlanda entre otras razones por la escasez de patatas entre 1845 y 1849. Trollope vivía en esa época en el país, destinado allí como funcionario del servicio postal británico, y fue entonces cuando comenzó su carrera de novelista. En un artículo publicado en 1850, se congratulaba de que, con motivo de tan gran crisis, los clérigos protestantes y católicos hubiesen olvidado sus diferencias y trabajado codo con codo para ayudar a la gente.

Seguro que a ella también le gusta

Puede que el joven fuese un lobo voraz, pero sus modales no eran de lobo. De haber sido la señora O'Hara una princesa, suprema por derecho propio, el joven Neville no las habría tratado a ella y a su hija con más respeto. Al principio Kate quedó asombrada y dijo muy poco. Lo escuchó mientras hablaba con su madre y con el cura de los acantilados, de los pájaros y de las focas que había matado, y sintió que era eso, algo como eso, lo que se necesitaba para que la vida fuese tan dulce que aún no hiciera falta añorar la eternidad ni pensar en ella. No es que lo amara nada más verlo, pero pensó que podría llegar a amarlo. Su misma aparición en el acantilado, y el poder pensar en él después de que se fuera, durante algún tiempo erradicaron todo tedio de su vida.

—¿Por qué dispara a las pobres gaviotas?

Fue la primera pregunta que le hizo, aunque en ella apenas hubiese compasión por los pájaros, sino que, con la astucia inconsciente de su género, sabía que en una mujer la compasión era un encanto a ojos de un hombre.

—Sólo porque es muy difícil alcanzarlas —contestó Fred—. No creo que haya ninguna otra razón, salvo que uno tiene que dispararle a algo.

—¿Y por qué tiene que hacerlo? —preguntó la señora O'Hara.

—Para justificar el tener armas. Un hombre se dedica a la caza sin pensárselo, porque es una especie de institución. Como no hay tigres, disparamos a los pájaros. Y como en esta parte del mundo no hay faisanes, pues disparamos a las gaviotas.

—Muy bien argumentado —afirmó el cura.

—O más bien no lo hacemos, ya que es imposible alcanzarlas. Pero mire lo que le digo, padre Marty —Fred ya había cogido la costumbre de llamar al cura por su nombre sacerdotal más familiar, como suelen hacer mucho más rápidamente los forasteros que quienes pertenecen al país—, mire lo que voy a

hacer, padre Marty; como he cazado una de las mejores focas que he visto jamás, si Morony consigue traerla a la costa, le voy a enviar la piel a la señora O'Hara.

–Y envíeme a mí el aceite –dijo el cura–. Se le puede sacar mucho provecho a matar a una foca. En cambio, no se puede hacer nada con esos pájaros, a menos que junte las suficientes plumas para hacerse un colchón.

Eso fue en octubre, y, antes de finales de noviembre, Fred Neville ya era en cierto modo amigo íntimo de la casa. Nunca se había sentado a la mesa de la señora O'Hara, ni, a decir verdad, le había dicho palabra alguna de amor, directa e inteligible, a la chica. No obstante, había sido visto con ellas a menudo, y la historia había circulado lo bastante por Liscannor para que lady Mary Quin considerara que estaba justificado que le contase la mala noticia a su amiga lady Scroope. No lo hizo hasta que consiguieron convencer a Fred, no sin ciertas dificultades, para que pasara una noche en el castillo Quin. Lady Mary no vaciló en hacerle una pregunta sobre la señorita O'Hara, y consideró que la respuesta era muy poco satisfactoria:

–No tengo ni idea de por qué viven ahí –contestó Neville–. Creía que usted lo sabría.

–Son todo un misterio para nosotros –dijo lady Mary.

–Creo que la señorita O'Hara es la chica más guapa que he visto en la vida –afirmó Fred con audacia–, y hasta diría que la mujer más hermosa, si no fuera porque puede que ese puesto se lo disputen entre ella y su madre.

–Vaya, qué entusiasmado se le ve a usted –replicó lady Mary Quin, la cual, después de eso, escribió la carta a Scroope.

Entretanto se curó la piel de foca, aunque tal vez no del mejor modo, y fue enviada a la señorita O'Hara con los saludos del señor Neville. La piel de una foca que haya sido cazada en lugar de comprada por quien la envía es un regalo que cualquier dama puede aceptar de cualquier caballero. Ni la madre más prudente que vigile su palomar con ojos de Argos¹⁴, y que no permita que se acerque ni la menor muestra de galantería, podría insistir en que se devolviese una piel de foca en bruto al donante. La señora O'Hara no era en modo alguno la madre más prudente, y recibió con agrado no sólo la piel de foca, sino también al donante. ¿No podría ser que una llegada fortuita como ésta supusiera un cambio en la vida de su hija, en el caso de que tuviera que

ocurrirle alguno? Y su hija era buena chica. ¿Por qué habría de temer por ella? A ese hombre lo había llevado allí su único amigo, el cura, así que ¿por qué habría de temerle? Y, sin embargo, tenía miedo, y, aunque nunca se le ensombrecía el rostro cuando su hija hablaba del recién llegado, aunque ella misma siempre nombraba al teniente Neville como si le cayese bien, y aunque incluso era muy cortés con él cuando aparecía cerca de la casita, sentía un profundo terror cuando lo veía o cuando pensaba en él. Los hombres son lobos con las mujeres, y totalmente despiadados cuando quieren saciar su lujuria. Ésa era la forma que adoptaron sus pensamientos, por más que nunca dijo ni una sola palabra a su hija en detrimento de aquel hombre. Ésa era la oportunidad de Kate. ¿Se la iba a robar? Mas, de todas sus obligaciones, ¿no era la de proteger a su niña la más importante y preciada? Si ese hombre tenía buenas intenciones con su hija, ella le lavaría los pies con su pelo, le besaría el dobladillo de la ropa y adoraría el lugar en que lo había visto por primera vez como si fuese un joven dios marino. Pero si pretendía hacer algún daño a su niña, si le hiciera algún mal a su Kate... entonces sabía que latía en su interior la tigresa que le desgarraría una extremidad tras otra. Con pensamientos así, era normal que casi nunca los dejase solos, como tampoco parecían ellos desear quedarse a solas. Por parte de Kate, era algo que habría rechazado. Pensaba en Fred Neville en todo momento que estaba despierta, y soñaba con él de noche. Su llegada había sido para ella como la de un dios. Aunque no aparecía por los acantilados más de una o dos veces por semana, y sólo llevaba unas pocas haciéndolo, su presencia había alterado por completo el sentido de su vida. Kate ya no preguntaba nunca a su madre si siempre iba a ser así. Había una nueva frescura en su existencia que su madre comprendió de inmediato. Estaba llena de animación, leía menos de lo que acostumbraba y no sentía el menor tedio. En su ausencia, hablaba poco de ese hombre, y cuando lo nombraba era para bromear, como si la llegada de un joven lord embrionario a su costa a disparar a las gaviotas fuese un chiste. La piel de foca que le había dado era muy querida para ella, lo cual no intentaba disimular en absoluto, pero no parecía haber pensado nunca en él como enamorado.

Y no pensaba en él como enamorado. El amor no crece a partir de esa forma de pensar. Ni tampoco se decía nunca Kate que mientras él siguiera

allí, fuese un día y les dijera que su bote volvería a aparecer en aquel lugar pronto, la vida era una bendición para ella, y que, por lo tanto, cuando se marchara y las dejara, su vida sería execrable. Todo eso le era ajeno, pero pensaba en él, soñaba con él y su joven cabeza estaba llena de pequeños planes en todos los cuales aparecía él.

Y casi podríamos decir que Fred Neville era tan inocente como la chica. Es cierto, en efecto, que los hombres son despiadados como lobos con las mujeres, y que se vuelven así enseñados por las circunstancias y entrenados por los años; pero el joven que empieza ya con intención de ser un lobo debe de ser muy mala persona. Fred Neville no tenía tal intención. Hemos de reconocer en su defensa que no tenía la menor intención al ir una y otra vez a Ardkill Cottage. De haber reflexionado él mismo sobre el asunto, habría afirmado que apreciaba a la madre tanto como a la hija. Cuando lady Mary Quin le había disparado esa flecha tan directa, él se había defendido argumentando ese pretexto. Una mera casualidad, y el espíritu de aventura, habían puesto a esas damas en su camino, y sin duda a él le gustaban aún más porque no vivían como la mayoría de la gente. Su soledad, su proximidad al océano, la sensación de que con ellas no hacía falta emplear las normas sociales convencionales, lo agreste y extraño del escenario, todo tenía un encanto que él reconocía para sus adentros. Y sabía que la chica era maravillosa. Por supuesto, eso se lo decía a sí mismo y se lo decía a otros. Se presupone que deleitarse con la belleza forma parte de la naturaleza de un joven, y éste en concreto no quería diferir de los demás a ese respecto. Pero cuando volvió a Scroope a pasar las Navidades, nunca afirmó, ni siquiera a sí mismo, que pretendiese ser el enamorado de Kate.

–Me despido, señora O’Hara –dijo un día o dos antes de irse de Ennis.

–¿Entonces se marcha?

–Sí, me tengo que ir. Las órdenes de casa son imperativas. Tengo que tomarme mi pedazo de ternera y de postre de Navidad. Cosas de la familia...

–¡Qué dicha tener una familia a la que visitar!

–Sí, supongo que todo eso está muy bien. No me quejo. Lo que pasa es que es una lata lo de tener que irme.

–¿Y volverá a Ennis? –le preguntó Kate.

–Pues yo creo que sí. Barney Morony no estaría tan callado si no fuese a

volver. He quedado para cenar con el padre Marty en Liscannor el quince de enero y conocer a otro sacerdote de Milltown Malbay¹⁵, del que dice que es la mejor persona del mundo.

–Ése es el padre Creech, y no es ni la mitad de buena persona que el propio padre Marty, señor Neville.

–Sí, desde luego es un hombre excepcional. El caso es que estaré por aquí por entonces, y, si me acompaña la suerte, tendrán ustedes otra piel del mismo tamaño.

Le dio la mano a las dos y, a continuación, se creó cierta sensación de que el tiempo quedaría en suspenso hasta que él estuviese allí de nuevo, vestido con su chaqueta de marinero.

Cuando llegó la segunda semana de enero, la señora O'Hara oyó que el gallardo y joven oficial del vigésimo regimiento había vuelto a Ennis, y bien recordaba que le había hablado de su intención de cenar con el cura. Ese domingo vio al padre Marty después de misa, y se las arregló para conversar un poco con él por el camino mientras Kate volvía sola a la casita.

–Así que su amigo, el señor Neville, ha vuelto a Ennis –le dijo.

–Ah, no sabía que hubiese vuelto. Me prometió que cenaría conmigo este jueves, lo que pasa es que no hago mucho caso a las promesas de estos jóvenes.

–Sí, él me dijo que iba a cenar con usted.

–Pues eso dice aún más a su favor. Y bien recibido que será. Estoy cada vez más viejo, señora O'Hara, pero no tanto como para que no me guste tener jóvenes cerca de mí.

–Siempre es agradable ver un rostro alegre como el suyo.

–Eso es cierto en el caso de usted, señora O'Hara. A mí me gusta verlos alegres y simpáticos. No creo haber disparado nunca ni a un gorrión, pero me encanta oírles hablar de sus disparos, sus cacerías y cosas así. Le he cogido cariño a ese chico, y la verdad es que podría hacer conmigo lo que quisiera.

–Yo también le he cogido cariño, padre Marty.

–Pues claro. Lo raro sería que no se lo hubiese cogido.

–Pero él no va a poder hacer conmigo lo que quiera. –El padre Marty la miró a la cara como si no la entendiese—. Si yo estuviera sola, como usted, me podría permitir, al igual que usted, recrearme en el gusto que da ver un rostro

alegre. Claro que, en ese caso, él ni se molestaría en dejarme que se lo viera.

–¡Pero qué cosas dice usted, señora O’Hara! No conozco rostro más bello al que mirar en todo Corcomroe que el de usted; eso cuando no le dan las rabietas, claro está.

El cura era un privilegiado que podía decirle a su amiga lo que quisiera, y ella entendía que un cura podía decirle, sin incurrir en ninguna ofensa, lo que podría ser muy ofensivo de venir de cualquier otra persona.

–Esto que le voy a decir ahora es en serio, padre Marty. ¿Qué haremos si nuestra querida Kate piensa más en este hombre de lo que debiera? –El sacerdote se levantó el sombrero y empezó a rascarse la cabeza–. Si hasta a usted le gusta ver el rostro alegre de un hombre apuesto...

–Pues sí, me gusta, señora O’Hara.

–Entonces ¿no le va a gustar a ella también?

–Sí, seguro que a ella también le gusta –contestó el cura.

–¿Y qué pasará después?

–Vamos a ver, señora O’Hara, ¿es que quiere usted evitar que su hija vea a cualquier hombre?

–¡No lo permita Dios!

–Ésa no es la forma de que sean felices, y ni siquiera de que estén a salvo. Si es lo que quiere para ella, mejor que se meta a monja, aunque yo desde luego nunca le propondría eso a su Kate.

–No está preparada para llevar una vida tan santa.

–¿Y por qué habría de estarlo? Nunca me ha gustado ver a tantas tomar ese camino, y a las últimas a las que yo mandarí ahí es a las más guapas. Pero, si no se mete a monja, lo lógico es que aproveche las oportunidades como las demás. Ya lleva demasiado tiempo encerrada. Que contenga su corazón hasta que él se lo pida, y, si se lo pide, ¿por qué no habría de convertirse en su mujer? ¡La cantidad de jóvenes oficiales que se llevan esposas irlandesas a casa todos los años! De no ser por ellos, nuestras beldades no tendrían nada que hacer.

[14](#). En la mitología griega, Argos era un gigante con múltiples ojos.

[15](#). Otro pueblo de la costa del condado de Clare.

La hospitalidad del padre Marty

¡Tal era la filosofía, o quizá sea mejor decir la humanidad, del padre Marty! Sin embargo, al animar a la señora O'Hara a que recibiese a ese peligroso visitante, no había hablado en modo alguno a la ligera. En cierto sentido hemos de entregar al padre Marty al juicio y censura de padres y madres. Todo el asunto, considerado desde el punto de vista de lady Scroope, iba sin duda en perjuicio del cura. Pensaba que un forastero que apareciese entre ellos, como en el caso de Fred Neville, era un buen botín; un filisteo al que atrapar y capturar de por vida por el bien de alguna chica irlandesa sería un gran triunfo; un expolio a los egipcios para el que no vacilaría en prestar su ayuda sacerdotal, y en el que el objetivo final, por supuesto, era el matrimonio. No podía sentir la menor compasión por lord Scroope, su familia, su linaje y su fanatismo religioso. El padre Marty no era ningún gran político, ni deseaba ninguna rebelión contra Inglaterra. Incluso en los tiempos de O'Connell y el intento de derogación¹⁶ no se había mostrado muy entusiasta. Sin embargo, deseaba de todo corazón justicia para Irlanda a través de ricos maridos ingleses que se casaran con chicas irlandesas guapas. Era fiel a su propia fe hasta la médula, pero no tenía ningún prejuicio contra un apuesto joven protestante cuando lo que estaba en juego era un buen matrimonio. Se daba tan poco a los irlandeses en esos días que no les quedaba más remedio que coger lo que podían. De haber conocido lord Scroope y la condesa el punto de vista del sacerdote sobre ese asunto, lo habrían tachado de rufián maniobrero sin escrúpulos, dispuesto a destruir la felicidad de una noble familia por medio de un plan malvado. No obstante, sus puntos de vista sobre la vida, al juzgarlos desde la otra parte, sí que admitían cierta excusa. En cuanto a que a una chica le pudieran romper el corazón, tal vez él no creyese mucho en semejante catástrofe. Era un riesgo que una chica debía correr, al igual que un hombre. Sabía bien que los

jóvenes iban por ahí prometiendo matrimonio y luego no cumplían la promesa. Nadie lo podía saber mejor que él, ya que era el depositario de la mitad de los secretos amorosos de su parroquia. Pero todo eso formaba parte de la maldad originada por el pecado de Adán, y había que soportarlo hasta que... hasta que el papa recuperase todo su poder en aquellas tierras y arreglase las cosas. Mientras, las jóvenes tendrían que hacer todo lo que pudieran para retener a sus enamorados, y, en el caso de que se les escapase alguno, entonces la chica abandonada debía hacer uso de la sabiduría que le había dado esa experiencia para conseguir otro. Mas ¿cómo iba a tener una chica un enamorado, si nunca se le permitía que viese a hombres? Él era cura desde muy joven y no sabía nada del amor, pero, aun así, le dolía ver a una chica joven, atractiva, sana y apta para ser madre de muchos hijos, languidecer sin pareja y sin que nadie la buscara, como le dolería ver una fruta bien madura que cayera del árbol y pereciese en tierra por falta de alguien que la cogiese. Tal vez su filosofía tuviera sus fallos, y quizá su humanidad estuviese poco refinada, pero era profundamente humano y nunca actuaba movido por el egoísmo. Era plenamente consciente de que podría haber otros peligros, pero ¿qué victoria se podía obtener sin correrlos? Y pensaba que conocía muy bien a esa chica, la cual tres veces al año le abría su corazón en confesión. Estaba seguro de que ella no sólo era inocente, sino también buena. Y de aquel hombre también tendía a creer que era bueno, aunque ¿quién se puede fiar de la bondad de un hombre en una cuestión así? Podría haber peligro, y tendría que haber mucha discreción, pero sin duda no sería acertado, sólo porque pudiera haber peligro, que alguien como Kate O'Hara fuese apartada de todo ese tipo de relaciones sin las que una mujer sólo lo es a medias. Había meditado sobre todo eso, por más que pueda parecer al lector que, como ministro del evangelio, había llegado a una extraña conclusión. Él habría alegado en su propia defensa que tantos años de sacerdocio le habían servido para conocer la naturaleza de hombres y mujeres.

La señora O'Hara no le dijo a Kate ni una palabra de la doctrina que le había predicado el cura, pero sí que se animó a mencionarle a su nuevo amigo. Durante la ausencia de Fred apenas lo habían nombrado en la casita. A la señora O'Hara le daba miedo sacar el tema, y Kate pensaba tanto en él

que no quería que su nombre saliera de su boca. Sin embargo, mientras estaban sentadas ante el fuego de turba después de cenar, la madre lo sacó:

–El señor Neville cena con el padre Marty el jueves.

–¿De verdad, madre?

–Ya me había dicho Barney Morony que había vuelto a Ennis. Barney tuvo que ir a verle por el bote.

–¡Pero no iré a salir en el bote con el tiempo que hace!

–Pues eso parece. De todos modos, ahora no hace tanto viento como en octubre, y los hombres saben bien cuándo va a estar el mar muy picado.

–Me espanta pensar que alguien pueda salir en esta época en esos botes tan pequeños.

Desde que vivía allí, Kate había visto los botes de Liscannor y de Lahinch moverse por la bahía, tanto en verano como en invierno, y nunca había encontrado nada espantoso en ese hecho.

–Supongo que volverá por aquí –dijo la madre, pero Kate no contestó nada–. Me imagino que se quedará a dormir en casa del padre Marty, y no creo que lo haga sin venir a visitarnos.

–Los días son cortos y querrá aprovechar todo el tiempo para salir en el bote –contestó Kate con un pequeño mohín.

–Seguro que encuentra media hora. ¿Te alegrarás de verle, Kate?

–No lo sé, madre. Aquí arriba una casi se alegra de ver a quien sea. Cuando el viejo Corcoran trae la turba, es como si fuera una ocasión especial.

–Pero el señor Neville no es el viejo Corcoran, Kate.

–No, no lo es en absoluto, madre. Prefiero al señor Neville antes que a Corcoran, porque con éste la emoción se acaba muy pronto, y además Corcoran tiene poco que decir.

–¿Y el señor Neville sí?

–Le dice a usted mucho más que a mí, madre.

–Lo aprecio mucho. Y lo apreciaría aún más si sus visitas no supusieran ningún peligro.

–¿Qué peligro?

–Que te robe el corazón, cariño mío, mi pequeña.

Entonces Kate, en lugar de responder, se levantó y, tras arrojarse a las rodillas de su madre, hundió el rostro en el regazo de ésta, con lo que la

señora O'Hara supo que ya se había perpetrado ese acto de latrocinio.

¿Acaso podría haber sido de otro modo? Pero de un robo así siempre es mejor no decir nada hasta que sea santificado por voluntad propia. Mientras no se hable de la pérdida y se reconozca, en la mayoría de los casos aún puede recuperarse. De no haber vuelto Neville nunca de Scroope, y no haber mencionado nunca su nombre la madre a la hija, tal vez Kate O'Hara no habría llegado a saber que lo amaba. Durante algún tiempo habría estado triste; durante un mes o dos, mientras yacía desvelada en la cama, habría recordado sus sueños, pero sólo habría pensado en ellos como meros sueños. Habría estado segura de haberlo podido amar si ese amor hubiese culminado bien, pero se habría asegurado que siempre había estado en guardia y que, pese a sus sueños, estaba a salvo. Sin embargo, ahora había reconocido la existencia de una llama en su corazón que, hasta cierto punto, había quedado sancionada, y que iba a avivar en lugar de apagar. Aunque ese amor no fuese capaz de producir nada bueno, ¿no sería mejor tener unas pocas semanas de ensoñaciones dichosas a una vida entera sin pasión? ¿Qué podía hacer ella con su corazón allí, viviendo en soledad y siendo vista tan sólo por las gaviotas? ¿No era infinitamente mejor que le entregara su corazón a ese joven dios, en vez de dejar que se alimentara de su tristeza? Sí, se lo iba a entregar, pero ¿y si el joven dios no aceptaba el regalo?

Tres días después de llegar a Ennis, Neville fue a Liscannor a ver al cura. No se imaginaba que las damas del castillo Quin se fuesen a enterar de que había cenado y dormido en casa del padre Marty y se lo comunicaran a su tía de Scroope Manor. Tampoco es que lo hubiese disuadido de aceptar la hospitalidad del cura o le hubiese dado miedo aceptar la del noble dueño del castillo de saber con exactitud todo lo que iban a escribir al respecto. No habría cambiado su comportamiento, en un asunto que se consideraba con derecho a regular a su antojo, por obedecer a cualquier queja que llegase de Scroope Manor. Habría considerado que las objeciones a que se tratase con un cura católico a causa de su religión sólo eran puro fanatismo anticuado. En cuanto a los condes y sus hijas, sin duda iba a ver a muchos hasta hartarse en su vida futura, y ese conde en concreto y sus hijas no lo habían fascinado. Había preferido pasar ese año con su regimiento en Irlanda, en vez de asumir de inmediato la magnificencia de su posición en Inglaterra, para poder dar

rienda suelta a su espíritu de aventura antes de hacerse cargo de sus obligaciones. Y le parecía que al cenar y dormir en casa de un cura irlandés en la costa atlántica, con la perspectiva de cazar focas y ver a una chica muy guapa a la mañana siguiente, estaba dando rienda suelta a ese espíritu como correspondía. Sin embargo, lady Mary Quin opinaba que estaba portándose mal y cogiendo malas costumbres. Cuando se enteró de que iba a dormir en casa del cura, quedó convencida de que visitaría a la señora O'Hara al día siguiente.

La cena en casa del cura fue muy jovial. Había una botella de jerez y otra de oporto, adquiridas, más que nada por guardar las apariencias, en una tienda de ultramarinos de Ennistimon, pero el whisky era de Cork y llevaba una docena de años en poder del padre Marty. Éste reconoció en tono jocoso que el vino no era gran cosa, pero manifestó su opinión de que al señor Neville le costaría encontrar un licor mejor.

–Tiene usted toda la razón, padre Marty –dijo el cura rival de Milltown Malbay–, pues no hay hombre en toda Irlanda que sepa distinguir mejor un licor malo de otro bueno.

–La verdad –contestó el cura de Liscannor– es que, dejando aparte los años de la hambruna, los últimos cuarenta años me he tomado dos vasitos de ponche todos los días, del que tomado todo junto tendría al señor Neville el día entero cazando focas en su bote.

Nada más terminar de cenar invitó a Neville a que se encendiera el cigarro, y a éste todo le pareció relajado, cómodo y hasta cierto punto atrevido. Estaban los dos curas y un joven llamado señor Finucane, de Ennistimon, el cual, no obstante, no era tanto del gusto de Fred como los otros dos más mayores. El señor Finucane llevaba varios anillos y hablaba algo desmesuradamente de la heredad de su padre. Pero todo aquello era nuevo, y en modo alguno aburrido. Como Neville no había salido de Ennis hasta ya tarde, después de lo que llamó un duro día de trabajo en el frente de guerra, no se sentaron a la mesa hasta pasadas las ocho, como tampoco habló nadie de levantarse hasta después de medianoche. Estaba claro que Fred se había preparado más de dos vasos de ponche, y podría haber jurado que el cura había hecho lo mismo. El padre Marty, no obstante, era, según quienes mejor lo conocían, muy estricto en ese sentido, y tenía la facultad de que la

bebida le durase mucho. El joven señor Finucane se tomó tres o cuatro –quizá cinco o seis–, y después se ofreció a acompañar un día a Fred Neville a cazar bajo las rocas. Pero Fred no había pasado cuatro años en un regimiento de caballería en vano, y sabía cómo protegerse de una dificultad así:

–Es que en la canoa sólo cabemos el hombre y yo –alegó con absoluta sencillez.

El señor Finucane se irguió altivo y no dijo ni una palabra durante los siguientes cinco minutos. Sin embargo, se despidió del joven oficial con mucho afecto cuando, media hora después de la medianoche, el padre Marty le dijo que iba siendo hora de que se fuera a casa. El padre Creech también se marchó, y entonces Fred y el cura de Liscannor se quedaron a solas ante las brasas del fuego de turba.

–Supongo que mañana subiré a ver a nuestras amigas de Ardkill –dijo el sacerdote.

–Sí, es probable, padre Marty.

–Pues claro que lo va a hacer; no me cabe la menor duda.

Dicho lo cual, el cura se calló.

–¿Y por qué no habría de hacerlo? –preguntó Fred.

–No estoy diciendo que no deba, señor Neville. No sería cortés ni normal que no las visitara, puesto que las conoce. Si usted no fuera, pensarían que era por alguna razón, y eso sería aún peor. Pero, señor Neville...

–Venga, suéltelo, padre Marty.

Fred sabía bien lo que venía a continuación, y también había pensado mucho sobre la cuestión.

–Esas dos damas, señor Neville, viven ahí arriba ellas solas, sin apenas nadie en el mundo que las proteja, aparte de mí.

–¿Y por qué necesitan protección?

–Pues porque son dos mujeres solas, y porque una de ellas es muy joven y hermosa.

–Las dos son hermosas –afirmó Neville.

–Ya lo creo que lo son las dos. La madre sabe cuidar de sí misma, y hasta cierto punto también de su hija. No me gustaría estar en el pellejo del hombre que engañara a la hija y se las tuviera que ver con ella. Usted es un hombre joven, señor Neville.

–Sí, esa desgracia tengo.

–Y además de muy buena posición. Según tengo entendido, un día de éstos será usted un gran lord.

–O eso o uno pequeñito –contestó Neville riéndose.

–El caso es que será usted un hombre rico con título nobiliario. Para mí, que vivo en esta parroquia apartada del mundo, un lord me importa esto. –Y el padre Marty chasqueó los dedos–. El único lord que me importa es el obispo. Pero, tratándose de esas mujeres de ahí, el título, el dinero y la grandeza pueden hacer mucho. Es así desde que el mundo es mundo. Si participaran en una carrera contra usted, partirían con el lastre de lo mucho que intimida el nombre de un conde inglés.

–¿Y por qué iban a correr contra mí?

–¡En efecto, a menos que usted corra contra ellas! Usted no querrá hacer daño a esa niña que aún es una adolescente, ¿verdad?

–¡No quiera Dios que le haga yo ningún daño!

–No creo que sea usted la clase de hombre que se lo haría a sabiendas, señor Neville, pero, si no le puede hablar de que la hará su esposa, no le hable de nada. En eso se resume todo, señor Neville. Usted ya ve lo que son. Son tan damas como cualquiera que viva en los dominios de la reina. Esa chiquita es tan hermosa como Hebe¹⁷, tan inocente como un niño dormido y tan maleable como la cera. ¿De qué armadura puede disponer contra alguien como usted?

–No va a necesitar ninguna armadura.

–Si es usted un caballero, señor Neville, y sé que lo es, no le dará usted motivo de que descubra sus propias debilidades. ¡Vaya, pero si son más de la una! Como ya es la madrugada del viernes, este pobre papista no puede probar bocado, pero, si quiere, le preparo a usted un poco de fiambre y de ponche en un momento.

Neville, sin embargo, rechazó tan hospitalario ofrecimiento.

–Padre Marty –dijo con un ardor que quizá se debiese en parte al ponche–, le voy a demostrar a usted que soy un caballero.

–Estoy seguro de que lo es, muchacho.

–Aunque no le pueda hacer ningún bien a su amiga, al menos tampoco le haré ningún mal.

–Habla usted como un cristiano, señor Neville, lo cual para mí es aún más importante que ser un caballero.

–¡Choque esos cinco! –exclamó Fred con entusiasmo, tras lo que se retiró a dormir.

A la mañana siguiente, el cura estuvo muy alegre durante el desayuno, y al hablar de las damas de Ardkill no hizo la menor alusión a la conversación de la noche anterior.

–No, no –contestó cuando Neville le propuso que fueran juntos a la casita antes de que él se bajara al bote–. ¿Para qué va a ir un viejo como yo por ahí molestando? Y, además, me voy a Ennistimon a ver a Pat O’Leary por la leche que nos está enviando al asilo de pobres. El muy ladrón la agua antes de mandarla. No hay cosa que me pueda más, señor Neville, que ver que los vicios ingleses llegan a este pobre, inocente y sufrido país.

Neville había decidido, siguiendo el consejo de Barney Morony, que esa mañana bajaría por la costa hasta Drumdeirg Rock, pero como ese lugar estaba en dirección contraria a la Cabeza de la Bruja y a la casita de la señora O’Hara, pospuso la expedición hasta después de la visita. Y cuando el padre Marty partió hacia Ennistimon para ocuparse de ese pecador de O’Leary, Fred Neville, totalmente solo, tomó el camino que iba a Ardkill.

[16.](#) Recordemos que Irlanda perteneció a Inglaterra hasta 1922. Daniel O’Connell (1776-1847) fue el político irlandés católico que, entre otras cosas, intentó que se derogase el Acta de Unión de 1800 que unía los reinos de Gran Bretaña y de Irlanda.

[17.](#) En la mitología griega, Hebe era la hermosa hija de Zeus y Hera, y diosa de la juventud.

No quiero que te vayas

La señora O'Hara sabía al igual que Kate que él iría, y, aunque sería injusto decir que estuvieran esperándolo, lo cierto es que estaban preparadas para su llegada.

–Cuánto nos alegramos de volverlo a ver –dijo la señora O'Hara.

–Más me alegro yo de volver a estar aquí.

–Así que anoche cenó y durmió en casa del padre Marty. ¿Qué van a decir las insignes personas del castillo?

–¡Como no voy a oír lo que digan, lo mismo me da! La vida es demasiado corta, señora O'Hara, para tener que aguantar a gente desagradable.

–¿Se lo pasó bien anoche?

–Sí, mucho. No creo que el padre Creech valga ni la mitad que el padre Marty, sabe usted.

–¡No, ya lo creo que no! –exclamó Kate.

–Pero, de todas formas, es un tipo tan alegre como el padre. Y también estaba el señor Finucane, un hombre con muchas ínfulas él.

–De aquí sólo conocemos a los curas –dijo la señora O'Hara riendo–. Cualquiera diría que esta casita es un pequeño convento.

–Entonces yo no debería venir.

–Pues no, supongo que no. A los extraños sólo se les permite entrar en los conventos en ocasiones. ¿Va a ir a cazar pobres focas otra vez?

–Dice Barney que la marea está demasiado alta ahora para ir a por focas. Nos vamos a Drumdeirg.

–¿Qué? ¿A esas rocas pequeñas? –preguntó Kate.

–Sí, a esas rocas. Me encantaría que vinieran las dos conmigo.

–No saldría en uno de esos botes por nada del mundo –afirmó Kate.

–¿Y a santo de qué se va ahí? –preguntó la señora O'Hara.

–Es que tengo que conseguir las plumas para la cama del padre Marty.

Con las que he matado de momento no me da ni para hacer una almohada para una cuna.

–¡Ay, pobres gaviotas inocentes!

–Y ya puestos, pobres pollos y patos inocentes, señorita O’Hara.

–Pero ellos son de utilidad.

–Y también lo será la cama de plumas del padre Marty. Adiós, señora O’Hara. Adiós, señorita O’Hara. Volveré la semana que viene, y a ver si consigo esa otra foca.

No había habido nada malo en todo eso. Cuando menos, hasta el momento no había roto la palabra que le había dado al cura. No le había dicho nada a Kate O’Hara que no le habría dicho o no le habría podido decir de estar él presente. Pero qué encantadora que era, y qué cosquilleo le había recorrido el brazo al sostener su mano un instante. ¿Dónde iba a encontrar en Inglaterra una chica con ese color, esos ojos, ese pelo, esa inocencia y esa voz tan dulce?

Mientras bajaba a toda prisa por la colina hacia la playa de Coolroone, donde lo esperaba Morony en el bote, no se reprimió de hacer comparaciones entre Kate O’Hara y Sophie Mellerby. Sin duda eran unas comparaciones muy incorrectas e injustas, pero todas fueron a favor de la chica que llevaba una vida solitaria y apartada del mundo en los acantilados de Moher. ¿Y por qué no podía ser libre de buscar esposa donde quisiera? En una cuestión así, una cuestión de amor en la que el corazón y nada más que el corazón era a lo que había que consultar, ¿qué derecho tenía nadie a dictarle lo que debía hacer? Se le ocurrieron ciertas ideas que sus amigos de Inglaterra habrían calificado de salvajes, democráticas, revolucionarias y deplorables, pero que, tal vez debido al aire irlandés, al whisky irlandés y al espíritu de aventura que propiciaban las cercanas rocas y el océano, a él le pareció en ese momento que no sólo eran muy atractivos, sino también razonables. Estaba claro que había nacido para ocupar una posición elevada y tener un gran título, pero nada de lo que le pudieran dar su posición y título era tan dulce como su libertad. Ser libre para elegir por uno mismo en todo era el mayor privilegio del hombre. ¿Qué placer podía obtener de un amor que le fuera seleccionado para él por una mujer como su tía? Entonces dio rienda suelta a cierta idea confusa de tener una mujer irlandesa, una esposa que sólo lo fuese a

medias¹⁸, a la que pudiese amar y respetar con cariño, pero cuya existencia no conociese nadie en Inglaterra. No habría forma mejor de que realizase su espíritu de aventura que por medio de un arreglo así.

Sabía que le había prometido a su tío que no contraería un matrimonio que pudiese desprestigiar su posición. También sabía que le había prometido al cura que no le haría ningún daño a Kate O'Hara. Se sentía obligado a mantener ambas promesas. Por lo que respectaba a esa chica dulce y querida, ¿acaso no preferiría perder la vida antes que hacerle daño? Pero era consciente de que una vida de aventura siempre era una vida de dificultades, y que, para los que llevaban tales vidas de aventura, el deber de superar las dificultades era de todos los deberes el principal. Entonces se subió al bote, y tras conseguir matar a dos gaviotas en las rocas de Drumdeirg, consideró que por ese día ya había cumplido de sobra su propósito de aventura.

Volvió con frecuencia a la costa en febrero y marzo, y apenas hizo una visita que no fuera seguida por una carta del castillo Quin a Castle Manor. A Fred no le llegó a continuación ninguna acusación directa de que hubiese incurrido en alguna falta en especial. No se le acusaba de que fuese de forma indebida detrás de alguna mujer en concreto, ya que lady Scroope se sentía obligada a no poner a su corresponsal en un compromiso, pero las cartas de aquella incluían mandatos muy tajantes sobre cuál debía ser su conducta en general, y le rogaba vehementemente que recordase sus grandes obligaciones y que volviera a casa y se asentara en Inglaterra. Mientras, los lazos que a él lo ataban a la costa de Clare se hacían más fuertes a cada día que pasaba. Ya no se preocupaba mucho de ir a ver primero al padre Marty, y, cuando la marea estaba baja, iba directamente de Lahinch a la playa bajo los acantilados, de donde salía un sendero entre las rocas que subía a Ardkill. Y allí se quedaba durante horas, llevando su escopeta consigo, aunque sin hacerle mucho caso. Se decía a sí mismo que le encantaban las rocas, y lo agreste del paisaje, y el sonido del océano, y el aleteo de los pájaros que volaban tanto por encima como por debajo de él. Verdaderamente era cierto que amaba a Kate O'Hara.

—Neville, quiero que me conteste a una cosa —le dijo la madre una mañana que habían salido los dos, mientras contemplaban desde lo alto el Atlántico después de que el viento se hubiese calmado tras un temporal.

–Pues adelante –dijo él.

–¿Qué significa todo esto? ¿Qué debería pensar Kate?

–Está claro que ha de pensar que la quiero más que a nadie en el mundo, y que me importa más que todo lo que este mundo me pueda dar o quitar. Al menos se lo he dicho tantas veces que, si no me cree, es que es peor que un judío.

–No es momento de bromear. Si supiera usted lo que es tener una única hija y nada más, no bromearía conmigo.

–Hablo muy en serio. No es broma.

–¿Y en qué va a terminar todo esto?

–¿Que en qué va a terminar? ¿Y cómo lo voy a saber yo? Mi tío es un anciano, muy viejo, muy enfermo, muy bueno, muy lleno de prejuicios, y muy desconsolado porque su propio hijo, el que murió, se casó en contra de lo que él quería.

–¡No estará comparando a mi Kate con lo que fuera esa mujer!

–¡A su Kate! Es tan mía como suya. Pensar algo así me dolería tanto como a usted. Sabe que para mí mi Kate, nuestra Kate, es toda excelencia, tan pura y buena como radiante y hermosa. Como que hay Dios que la haré mi mujer, pero no puedo llevarla a Scroope Manor como mi esposa mientras mi tío siga con vida.

–¿Y por qué habrían de avergonzarse de ella en Scroope Manor?

–Porque son tontos, y yo no puedo curarles la tontería. Mi tío piensa que debo casarme con alguien de mi clase.

–¿Clase? ¿Qué clase? Supongo que él es un caballero y ella una dama.

–Cierto, tanto que me pienso guiar por esa verdad. Pero no quiero que padezca en sus últimos años de vida. Él es protestante, y ustedes son católicas.

–¿Y qué más da? ¿Acaso no son católicos muchos de sus lores? ¿No eran todos católicos antes de que nadie hubiese oído hablar de los protestantes?

–Señora O’Hara, ya le he dicho que para mí Kate es tan excelsa, buena y noble como si fuese una princesa. Y le he dicho que me casaré con ella. Si con eso no tiene bastante, yo no puedo hacer más. Ella sí que tiene bastante con eso. Le debo mucho a Kate.

–Ya lo creo que le debe mucho. Se lo debe todo.

–Pero también le debo mucho a mi tío. No creo que vaya a ganar usted nada discutiendo conmigo.

Ella calló un momento antes de contestarle, mientras lo miraba a la cara con algo parecido a la ferocidad de una tigresa. Tan intensa era esa mirada que él apartó la suya.

–Juro por Dios –dijo la señora O’Hara– que si le hace daño a mi niña, le arranco el corazón.

No obstante, dejó que él volviese solo a la casa, donde sabía que encontraría a su hija.

–Kate –dijo Fred al entrar en la sala, en la que ella estaba sentada sin hacer nada ante la ventana–, mi querida Kate...

–¿Qué, mi señor?

–Me tengo que ir.

–Siempre te estás yendo.

–Bueno, sí, pero siempre vuelvo.

–¿Y por qué te tienes que ir ahora?

–¿Es que te crees que un soldado no tiene nada que hacer? Parece que nunca recuerdas que Ennis está a más de treinta y cinco kilómetros de aquí. Venga, Kate, sé amable conmigo antes de que me vaya.

–¿Cómo quieres que sea amable cuando te vas a ir? Siempre pienso al verte marchar que no vas a volver nunca. No entiendo por qué habrías de volver a un lugar como éste.

–Porque da la casualidad de que en este lugar se encuentra la persona que más quiero del mundo. –La levantó de la butaca y le rodeó la cintura con los brazos–. ¿Es que no sabes que te quiero más que a nada en el mundo?

–¿Y por qué lo he de saber?

–Porque te juro que es así.

–Creo que te gusto... un poco. Ay, Fred, si te fueras y nunca volvieras, me moriría. ¿Te acuerdas de Mariana¹⁹? «Mi vida es triste. Él no llega. No puedo más, no puedo más. Ojala me muriera». ¿Lo recuerdas? ¿Qué te ha estado diciendo mi madre?

–Me ha pedido que no te hiciese ningún daño, pero no había necesidad de que me lo dijera. Antes prefiero sacarme un ojo a hacerte daño. Mi tío es viejo, muy viejo. Tu madre no entiende que es mejor que esperemos a que

después tenga yo que pensar que lo he matado por culpa de mi crueldad.

–Pero él quiere que te enamores de alguna otra chica.

–No me puede obligar a hacer eso. No hay nadie que pueda cambiar lo que siento. Si no confías en mí, Kate, entonces es que no me quieres tanto como yo a ti.

–Pues claro que te quiero, Fred, y confío en ti. Pues claro que puedo esperar, con tal de que esté segura de que volverás a mí. Lo único que quiero es verte.

Ahora él estaba inclinado sobre Kate, que apretaba el rostro contra el suyo. Aunque le hablase de Mariana y fingiera pensar que iba a sufrir en el futuro, todo aquello era para ella como estar en los Campos Elíseos²⁰, en plena dicha paradisíaca. Podía sentarse a pensar en él de la mañana a la noche sin que se le hiciera el día largo ni un minuto. Recordaba las palabras con las que él le hacía sus promesas y revivía la dulce sensación de sentir su brazo rodeándole el cuerpo. Tener la mejilla contra la de él era sencillamente divino. Y cuando él la besaba, por mucho que ella lo reprendiera, era como si todo el cielo estuviese incluido en ese abrazo.

–Y ahora me voy. Dame un beso, cariño.

–No.

–¿No me vas a dar un beso ahora que me voy?

–No quiero que te vayas. Ay, Fred... Bueno, venga. Adiós, querido, queridísimo mío. ¿Volverás el lunes?

–Sí, el lunes.

–Y te pasarás cuatro horas en el bote, y aquí cuatro minutos. Como si no te conociera...

Él se fue sin contestar a esa última acusación.

–¿Qué haremos, Kate, si nos engaña? –le preguntó su madre esa noche.

–Yo, morirme. Pero estoy segura de que no nos engañará.

Mientras bajaba hacia Liscannor, donde lo esperaba la calesa, Neville se hizo varias preguntas serias acerca de su aventura. ¿Cómo iba a terminar aquello? ¿No había sido bastante imprudente? Hemos de afirmar en su favor que en ningún momento se le pasó por la cabeza la menor idea de traicionar a la joven. La quería demasiado para hacerle eso. Sí que la quería, aunque quizá no como ella a él. Él tenía muchas cosas en las que pensar, y ella sólo

una. Él era casi un dios para ella, ella para él sencillamente la chica más encantadora que había visto en la vida hasta el momento, y que poseía el mérito añadido de ser totalmente suya. Ningún otro hombre le había tocado jamás la cara, ni bebido su dulce aliento. ¿No era un amor así mil veces mejor que el de alguna otra chica que hubiese tenido que ir corriendo de salón en salón, y quizá de un voto de fidelidad en otro, durante media docena de años? Esa aventura era muy bonita, pero ¿cómo iba a terminar? Su tío aún podría vivir diez años más, y le daba lástima presentársela como su esposa, además de que tampoco tenía el valor para hacerlo.

Cuando llegó a Ennis esa noche, lo aguardaba un despacho de su tía lady Scroope señalado como «urgente»: «Tu tío está muy enfermo, y nos tememos que corre grave peligro. Lo que más desea es volverte a ver. Te ruego que vengas sin perder ni un instante».

A primera hora de la mañana siguiente partió hacia Dublín, pero antes de acostarse esa noche no sólo le escribió a Kate O'Hara, sino que le adjuntó la nota de su tía. Era consciente de que, aunque la noticia de la gravedad de su tío suponía una gran conmoción para él, había algo en la nota que causaría cierta alegría a las habitantes de Ardkill Cottage. Cuando envió esa carta junto con la suya, estaba decidido, por supuesto, a casarse con Kate O'Hara en cuanto fuese un hombre libre.

[18](#). Fred está pensando, como seguirá haciéndolo a lo largo del libro, en un matrimonio morganático, en el que la esposa, de clase inferior, no obtiene el mismo estatus del marido, ni los hijos, pese a ser legítimos, heredan el título o las posesiones del padre. Sin embargo, tales matrimonios nunca han sido legales en Inglaterra.

[19](#). La protagonista del poema de Alfred Tennyson del mismo título publicado en 1830. Tennyson se inspiró en el personaje de *Medida por medida* de Shakespeare de ese nombre.

[20](#). En la mitología griega, era el lugar sagrado donde las sombras de los virtuosos y de los guerreros heroicos llevaban una existencia feliz en medio de verdes paisajes.

Fred Neville regresa a Scroope

Lo repentino de esa petición de que el heredero se presentara en Scroope tal vez no se debiera tan sólo a la enfermedad del conde. Éste estaba de verdad enfermo, tanto que él mismo pensaba que se acercaba su final, pero su dolencia la había provocado principalmente el sufrimiento por el último informe que había llegado del castillo Quin a la condesa. «Nada más lejos de mi voluntad –decía lady Mary– que causar ningún mal ni dolor innecesario a usted o a lord Scroope, pero considero que es mi obligación comunicarles que la opinión generalizada por aquí es que el señor Neville se va a casar con la señorita O’Hara, *si es que no lo ha hecho ya*. Lo más peligroso de todo el asunto es que está dirigido por el cura de esta parroquia, un hombre sin escrúpulos que sería capaz de cualquier cosa, de tan grande que es su osadía. Lo conocemos desde hace muchísimos años y sabemos hasta dónde puede llegar. Se han cambiado tanto las leyes en favor de los católicos y en contra de los protestantes que un cura ya casi puede hacer lo que quiera²¹. No creo que dudase ni un instante en casarlos si le pareciese que se le iba a escapar la presa. Mi opinión es que aún no se ha celebrado el matrimonio, aunque me consta que otros creen que sí». Esa opinión de «otros» que había llegado a oídos de lady Mary consistía en la afirmación de su propia doncella protestante de que seguro que ese glotón taimado del viejo padre Marty casaba a la joven pareja en cuanto pudiera, y lo más probable era que ya lo hubiese hecho. «No puedo decir –continuaba lady Mary– que sepa nada en contra de la señorita O’Hara. De la madre corren historias extrañas por aquí. Viven en una casita con una sirvienta, casi en lo alto de los acantilados, y nadie sabe nada de ellas excepto el cura. No podría haber mayor desgracia que el que a él lo engatusaran para que se case». Probablemente lo que lady Mary quería insinuar era que, si el joven Neville escapaba con prudencia de esa aventura, sencillamente dejando a la chica tirada, perdida y destrozada,

sin duda sería un asunto feo, pero al menos se habría evitado la mayor desgracia. No podía decirlo claramente, pero sabía que lady Scroope la entendería. A continuación, lady Mary aseguraba a su amiga que, aunque su padre, hermanas y ella misma lamentaban profundamente que el señor Neville no les hubiera dado el gusto de volver a verlo en el castillo Quin, no sentía ningún agravio a ese respecto que la hubiese inducido a escribir en los términos tan fuertes en que lo había hecho. La animaba sencillamente el deseo de impedir *una alianza desastrosa*.

Lady Scroope reconoció por completo la verdad de esas últimas palabras. ¡Tal alianza sería desastrosa! Pero ¿qué podía hacer ella? Si escribiese a Fred diciéndole todo lo que había oído –haciendo caso omiso de la estúpida petición de lady Mary de que le guardase el secreto, a lo que no habría tenido el menor escrúpulo en hacer oídos sordos de poder así conseguir su objetivo–, era posible que lo único que lograra fuese precipitar el desastre que tanto ansiaba impedir. Ni ella ni su marido tenían poder alguno sobre el joven, excepto el que se derivaba de los buenos sentimientos de él. El conde no podía desheredarlo, no podía arrebatarle ni una sola hectárea. Se casara con quien se casase terminaría siendo el conde Scroope de Scroope, y su mujer sería la condesa de Scroope. Ya había una lady Neville por el mundo cuya existencia era una tortura para ellos, y si este joven también decidiese casarse con alguien que estaba muy por debajo de él y degradar a la familia, por muchos esfuerzos que ellos hicieran no podrían evitarlo. Pero si, como parecía probable, Fred aún era libre, y conseguían que volviese con ellos, tal vez todavía le quedarán algunos sentimientos sobre los que pudiesen influir. Sin duda la obstinación de los Neville era muy fuerte en él, pero parecía que reconocía la inviolabilidad de la familia, y que era consciente hasta cierto punto de las obligaciones que le debía.

Era una emergencia tan grande que le dio miedo actuar por su cuenta. Se lo contó todo a su marido, enseñándole la carta de lady Mary, y la impresión que le causó al conde fue tan fuerte que cayó enfermo.

–Lo mejor que me puede pasar –afirmó él– es que cierre los ojos y me muera lo antes posible.

Se metió en la cama y todos los de la mansión se convencieron de que iba a morir. Apenas hablaba con nadie salvo con su mujer, y, cuando estaba a

solas con ella, no dejaba de gemir por la destrucción que había caído sobre su casa.

–Ojalá hubiera podido ser el otro hermano –comentó lady Scroope.

–No se puede cambiar nada –dijo el conde–. Fred puede hacer lo que le plazca con la fortuna, el buen nombre y el honor de la familia.

Entonces una mañana el médico dio un parte peor de los que había dado hasta el momento, por lo que de inmediato lady Scroope mandó la carta que había de traer al sobrino junto al lecho de su tío. La carta, como hemos visto, consiguió su propósito, y Fred, que hizo que lo llevasen de Dorchester a Scroope lo más rápido que pudiesen galopar los caballos de postas, casi esperaba que le comunicasen al llegar que su tío ya descansaba en paz. En el vestíbulo se encontró con la señora Bunce, el ama de llaves.

–Creemos que el señor está un poco mejor –le dijo ésta casi entre susurros–. Ayer tomó un poco de caldo al mediodía, y parece que duerme desde entonces.

Fred siguió adelante y halló en el salón pequeño a su tía, la cual le explicó que su tío había mejorado un poco. Lo recibió con mucho afecto y le agradeció calurosamente que se hubiese dado tanta prisa en ir. Cuando le dijo que podían posponer que viera a su tío hasta la mañana siguiente, Fred casi empezó a pensar que se había excedido al viajar tan deprisa.

Esa noche cenó a solas con su tía, y la conversación durante la cena, así como cuando después se sentaron unos pocos minutos tras aquélla, giró únicamente en torno a la salud de su tío. Pero, aunque estuvieron solos esa noche, Fred se sorprendió al enterarse de que Sophie Mellerby se encontraba de nuevo en Scroope. Lady Sophia y el señor Mellerby estaban en Londres, pero Sophie no se les iba a unir hasta mayo. Lo que pasaba era que esa noche había ido a cenar a la rectoría. Debía de estar en la casa al llegar Fred, pero no habían coincidido.

–¿Es que se va a mudar aquí? –preguntó él con actitud casi irreverente cuando se enteró de esa nueva estancia de Sophie.

–Me encantaría que lo hiciera –contestó lady Scroope–. No tengo descendencia, y la quiero como a una hija.

Entonces Fred se disculpó y se mostró encantado de que Sophie viviese y muriera en Scroope si así lo deseaba.

La velada fue terriblemente aburrida. Tenía la impresión de que la casa estaba más oscura, lúgubre e inhóspita que nunca. Había acudido a toda prisa a ver a un moribundo y, en su lugar, ahora no tenía nada que hacer salvo dar taconazos en el suelo. Sin embargo, antes de acostarse su hastío se disipó por completo cuando su tía le expuso por entero sus terrores. Bajó a verlo hacia las nueve y, después de empezar su relato diciéndole que tenía que hablarle de un asunto de vital importancia, le contó de hecho todo de lo que se había enterado por medio de lady Mary.

–Es una solterona maliciosa y cotilla –afirmó Neville airado.

–¿Quieres decir que no hay nada de cierto en lo que escribe? –dijo lady Scroope. Sin embargo, era una pregunta que él no estaba preparado para contestar, así que permaneció en silencio–. Fred, dime la verdad. ¿Te has casado?

–No, no me he casado.

–Sé que no me mentirías.

–En ese caso, con mi palabra debería ser suficiente.

Pero no era suficiente. Ella ansiaba que él se lo asegurara prolongada y repetidamente hasta que quedase satisfecha.

–Al menos, me alegro de que esa sospecha no sea cierta.

Él no se dignó a contestar, sino que la contempló con el ceño fruncido, como si estuviese iracundo porque le preguntara acerca de sus asuntos privados.

–Tienes que pensar en tu tío, Fred. Sabes lo importante que es esto para él. Ya conoces lo mucho que ha sufrido, y también sabes que ha intentado portarse muy bien contigo.

–Sé que ha... que se ha portado muy bien conmigo.

–Tal vez estés enfadado conmigo por entrometerme. –Él no podía negar que lo estaba–. No lo habría hecho de no ser porque tu tío está enfermo y sufre mucho.

–Me ha hecho una pregunta y se la he contestado. No sé qué más quiere de mí.

–¿Afirmas que no hay nada de cierto en todo lo que dice lady Mary?

–Lady Mary es una solterona impertinente.

–Si estuvieras en el lugar de tu tío, y tuvieses un heredero cuya reputación

te preocupase, no pensarías que era impertinente quien intentara, por amistad, salvar tu nombre y tu familia de una relación reprobable.

–No he entablado ninguna relación reprobable. No pienso consentir que se utilice la palabra reprobable en relación con ninguno de mis amigos.

–Pero ¿conoces a unas personas llamadas O’Hara?

–Por supuesto que sí.

–¿Y hay entre ellas... una joven dama?

–Puede que conozca a una docena de jóvenes damas de las que no me molestaría en hablarle a lady Mary Quin.

–Ya sabes a lo que me refiero, Fred. Está claro que no quiero preguntarte nada sobre tus amistades en general. Sin duda debes de conocer a muchas chicas a las que admiras, y sería muy tonto por mi parte preguntar acerca de ellas a ti o a alguna otra persona. Nunca cometería semejante imprudencia. Si me confirmas que no existe la posibilidad de que te cases con la señorita O’Hara, y nunca existirá, no diré ni una palabra más.

–No me comprometo a hablar de lo que pueda pasar en el futuro.

–Le dijiste a tu tío que nunca contraerías un matrimonio que deshonrase el puesto que se te pedirá que ocupes.

–Y no lo pienso hacer.

–Pero ¿no sería ese matrimonio una deshonra, por muy digna de estima que pueda ser la joven en cuestión? ¿Cómo van a sobrevivir las viejas familias del país, y conservar su antiguo linaje, si los jóvenes como tú no recuerdan al menos parte de lo que le deben al nombre que llevan?

–No creo haberme olvidado de nada.

Entonces lady Scroope hizo una pausa para armarse de valor antes de preguntarle algo más:

–¿No le has prometido matrimonio a la señorita O’Hara? –Él permaneció callado, todavía mirándola con el ceño muy fruncido–. Yo diría que tu tío tiene derecho a esperar que contestes.

–Estoy convencido de que, por el bien de mi tío, es mucho mejor que no se me hagan esas preguntas.

De hecho, había contestado a la pregunta. Si no negaba que hubiese hecho esa promesa, ya no había duda de la veracidad de lo que había escrito lady Mary. Había salido toda la verdad. No estaba casado, pero sí prometido, a

una chica de la que él no sabía nada, católica, irlandesa, sin padre y casi sin nombre; a una chica que nunca había sido vista relacionándose con la buena sociedad, de la que no se podía dar descripción alguna, a la que no se podía registrar en el nobiliario sin que resultase del todo deshonoroso, y de la que a él le daba vergüenza hablar ante aquellos a los que debía respeto y sumisión.

Sin embargo, lady Scroope era plenamente consciente de que aún podía haber una forma de escapar de ese mal. Muchos hombres prometen matrimonio, pero después no cumplen la promesa. Esta dama, que era de por sí verdaderamente buena persona –desinteresada, afectuosa, religiosa, movida por un sentido del deber en todo lo que hacía, y cuya vida había sido moral hasta casi lo austero–, contemplaba la idea de que los jóvenes como Fred Neville hacían a menudo esa clase de promesas sin tener intención de cumplirlas. No esperaba que esos jóvenes se comportaran de acuerdo con unos principios como los que a las damiselas no les quedaba más remedio que obedecer. Casi suponía que el cielo tenía códigos diferentes para los hombres y las mujeres de su misma posición en la vida, y que se ofrecía la salvación a los dos géneros según términos muy distintos. La ruptura de la promesa que el heredero de Scroope pudiese haber hecho a una chica como esa señorita O'Hara sería un perjurio del que sin duda cabría esperar que Júpiter²² se riera. No obstante, en el catálogo de lady Scroope había pecados por los que ningún joven podía aspirar a ser perdonado, y el pecado de un matrimonio como ése sería a todas luces imperdonable.

Podemos afirmar sin equivocarnos que la condesa no pensaba en absoluto en la injuria que se cometería contra la señorita O'Hara. Para ella no sería tal injuria, sino simple justicia, nada más que el castigo apropiado a sus intrigas y malvada ambición. Aunque no había visto nunca a esa enemiga de la familia de Scroope, o ni siquiera había oído jamás una palabra en su descrédito, no le costaba estar convencida de que esa chica era mala, de que esas O'Hara eran unas impostoras falsas y vulgares, personas contra las que podía ejercer todo su poder sin el menor remordimiento de conciencia. En asuntos como éste, las mujeres son siempre muy duras con otras mujeres, y sobre todo contra aquellas que creen pertenecientes a una clase inferior a la suya. Tenía muy claro que ningún sentimiento de clemencia la iba a contener a la hora de salvar al sobrino de su marido de un matrimonio desigual.

¡Clemencia con la señorita O'Hara! Lady Scroope tenía fama de ser una mujer muy caritativa. Daba limosnas. Visitaba a los pobres. Había trabajado mucho para que las casitas de la finca fuesen limpias y acogedoras. Se negaba a sí misma muchas cosas que entregaba a otros. Sin embargo, pensaba tener la misma clemencia con alguien como la señorita O'Hara que tendría el peón de un granjero con una rata.

No le quedaba nada más que decir al heredero, nada más de momento que sirviese para el propósito que se traía entre manos.

–Tu tío está muy enfermo –murmuró.

–Cuánto lo lamento.

–Ahora esperamos que llegue a recuperarse. Estos últimos dos días el médico nos ha dicho que aún hay esperanzas.

–Me alegro mucho de que así sea.

–Sí, sé que te alegras. Lo verás mañana después del desayuno. Él arde en ganas de verte. Creo que a veces no te das cuenta de lo mucho que significas para él.

–No sé por qué dice eso.

–Mejor que no hables con él mañana de este asunto... de la joven irlandesa.

–Por supuesto que no, a menos que lo nombre él.

–Aún está muy débil, pero seguro que te lo mencionará antes de que te vayas, lo cual espero que sea dentro de bastante tiempo.

–No puedo tardar mucho en irme, tía Mary.

Ella no contestó nada a eso, sino que le dio las buenas noches y lo dejó solo. Eran más de las diez, así que Fred supuso que ya habría llegado la señorita Mellerby y se habría retirado a su habitación. No alcanzaba a entender por qué ésta lo evitaba de ese modo. De todos modos, la señorita Mellerby le importaba tan poco que le daba igual si la veía o no. Todos sus pensamientos más radiantes estaban en el condado de Clare, en los acantilados sobre el Atlántico. Ya podían decirle lo que quisieran, que no pensaba serle infiel a la chica que había dejado allí. Su tía había hablado del «asunto... de la joven irlandesa», y él había captado el desdén con el que se había referido a la nacionalidad de Kate. ¿Por qué no podía ser una chica irlandesa tan buena como una inglesa? De una cosa estaba totalmente

convencido: se podía encontrar mucha más vida auténtica en los acantilados de Moher que en las sombrías estancias de Scroope Manor.

Se puso en pie sin tener la menor idea de lo que iba a hacer a continuación. Estaba claro que se podía ir a la cama, pero qué terriblemente aburrida que era la vida en un lugar en el que se veía obligado a acostarse a las diez porque no había nada que hacer. Y desde que estaba allí su única obligación era escuchar los sermones de su tía. Empezaba a pensar que un hombre pagaba demasiado caro incluso ser el heredero de Scroope. Después de estar sentado un rato en medio de la lúgubre oscuridad de dos velas, se volvió a levantar y anduvo lentamente hasta entrar en el gran comedor de la mansión que no se utilizaba. Era una habitación de unos quince metros de longitud, con un oscuro papel con relieve de terciopelo en las paredes y cortinas oscuras, oscuros paneles de madera pintada por debajo del papel y enormes muebles oscuros de caoba. En las paredes colgaban los retratos de los Scroope de muchas generaciones anteriores, algunos con armadura, otros con vestiduras oficiales, las damas con rígidos corpiños y altos tocados; no eran ni bellezas de Lely ni guerreros y estadistas de Kneller²³, sino figuras acartonadas, envaradas, desgarradas y espantosas de artistas cuyas obras, por desgracia, habían perdurado más que sus nombres. Fred iba caminando de un lado a otro de la estancia con una vela en la mano, mientras intentaba imaginarse cómo podría ser la vida en Scroope con una mujer que le hubiese elegido su tía, y ésta llevándoles la casa, cuando se abrió una puerta en el extremo opuesto de la habitación por el que él había entrado y, con pasos sigilosos, hizo su aparición la señorita Mellerby. Al principio no lo vio, ya que la cegaba la luz de su vela, así que se sobresaltó cuando Fred le habló. Lo primero que pensó éste fue que era extraño que ella se dedicase a vagar de noche sola por la casa.

—Ah, señor Neville —dijo—, no sabía que estaba usted aquí. ¿Qué tal está? La verdad es que no esperaba encontrármelo aquí.

—¡Ni yo a usted!

—Como lord Scroope ha estado tan enfermo, lady Scroope duerme abajo, en esa pequeña habitación que hay junto a la de él, y acabo de salir de pasar un rato con ella.

—¿Qué opina del estado de mi tío?

–Va mejor, pero sigue muy débil.

–¿Lo ve usted?

–Sí, sí, a diario. Tiene muchas ganas de verle, señor Neville, y le está muy agradecido por haber venido. Yo sabía que vendría usted.

–Pues claro que iba a venir.

–Su tío quería verle esta tarde, pero el médico ha dado órdenes expresas de que permaneciese tranquilo. Buenas noches. Me alegro mucho de que esté usted aquí. Seguro que su presencia le va a hacer mucho bien a su tío.

¿Por qué tenía ella que alegrarse, y por qué estaba tan segura de que su presencia le iba a hacer mucho bien a su tío? ¿No sería que a ella también le habían contado lo de Kate O’Hara? Y entonces, como no tenía absolutamente nada que hacer, Fred se fue a la cama.

[21](#). En 1870, el año en que Trollope escribió la novela, se abolió la ley que declaraba nulos los matrimonios entre católicos y protestantes si los celebraba un sacerdote católico.

[22](#). El dios principal de la mitología romana, y especialista en seducir a mujeres mortales.

[23](#). Sir Peter Lely (1618-80) fue un pintor de origen holandés que hizo casi toda su carrera en Inglaterra pintando entre otros a las damas de la corte de Carlos I y Carlos II, mientras que algunos de los cuadros más destacados de sir Godfrey Kneller (1646-1723) son los de políticos y hombres de letras de su tiempo.

El plan de Fred Neville

A la mañana siguiente, después del desayuno, Neville fue conducido a la habitación de su tío, previo acuerdo de que en esa ocasión no hablaría de asuntos desagradables. Su tía permaneció en el dormitorio todo el tiempo que estuvo él, y la conversación prácticamente se limitó a las palabras de agradecimiento del conde a su sobrino por haber ido, y los deseos del sobrino de que su tío se recuperase pronto. Sí que hablaron de una cuestión sobre la que sin duda tendrían mucho que decir antes de que Neville consiguiera marcharse de allí.

–Me pareció que lo mejor sería que lo arreglase todo para quedarme una quincena –explicó éste, como si una quincena fuese un periodo larguísimo.

–¿Una quincena? –dijo el conde.

–Ahora no hablemos de cuándo se va a ir –repuso la condesa.

–Si yo me hubiera muerto, Fred no podría haberse vuelto en una quincena –gimió el conde en voz baja.

–Mi querido tío, espero seguir con vida para verle a usted al frente de Scroope durante muchos años.

El conde negó con la cabeza, pero ya no dijeron nada más sobre el asunto. Fred, no obstante, se había salido con la suya. Estaba decidido a hacerles entender que no se sentía obligado a quedarse mucho tiempo en Scroope Manor.

Después le escribió una carta a su Kate. Era la primera vez que se dirigía a ella de ese modo, y aunque tuviese algo de gallardo y alegre don Juan, de todos modos el escribir la carta le produjo cierto entusiasmo. Si a él le pasó eso, ¡qué sentiría Kate O'Hara al recibirla! Fred le había prometido que le escribiría, y, a partir de ese momento, ella no dejaba de enviar a la sirvienta a la oficina de correos de Ennistimon en busca del tesoro que el furgón postal podría llevarle. Cuando finalmente la recibió, fue todo un tesoro. Para una

joven que ama de verdad, la primera carta de amor es algo tan sagrado como el recuerdo del primer beso.

–¿Puedo verla, Kate? –le preguntó la señora O’Hara, mientras se empapaba de su contenido sentada junto a la ventana.

–Sí, mamá, claro. –Pero entonces se detuvo un momento y añadió–: Aunque creo que mejor que no. Tal vez él no quiera que se la enseñe.

La madre no insistió, sino que se contentó con situarse detrás de su hija y besarla. El lector, sin embargo, va a gozar del privilegio que se le negó a la señora O’Hara:

«Queridísima Kate:

»Llegué sano y salvo ayer a las cuatro. Vine lo más deprisa que pude viajar, y apenas probé bocado desde que salí de Limerick. Nunca había visto tantas cosas asquerosas en las estaciones. Mi tío está bastante mejor, tanto que no me voy a quedar mucho tiempo. No te puedo contar gran cosa, salvo que esa vieja gata del castillo Quin, la de la peluca de rizos crespos, debe de tener el olfato de un perro, el oído de un gato y la vista de un pájaro, y escribe aquí, a Scroope, contando todo lo que huele, oye y ve. A mí me da exactamente igual, y supongo que a ti también. Lo que pasa es que odio esas intromisiones. Claro que las solteronas no tienen nada más que hacer. Yo de ti, no me volvería nunca una solterona.

»No te puedo decir con exactitud cuándo regresaré a Ardkill, pero desde luego será lo antes que pueda. Escríbeme a Scroope, Dorsetshire –con eso bastará–, a nombre del señor don F. Neville. Dale recuerdos a tu madre de mi parte. Y en cuanto a ti, mi querida Kate, si de verdad me quieres, puedes calibrar lo que te quiero yo, niña mía, con tus propias pesas y medidas. Lo cierto es que todo mi corazón te pertenece.

»Tuyo,
»F. N.

»Está aquí una joven con la que quieren que me case. Es la viva imagen de la corrección y la verdad que muy guapa, pero no hace falta que te pongas celosa. Lo más divertido de todo es que mi hermano está locamente enamorado de ella, y me da la impresión de que ella también se enamoraría

de él, lo que pasa es que le han dicho que no lo haga. Mil besos.»

No es que tuviera mucho de carta de amor, pero contenía unas cuantas palabras que a Kate le bastaban para ser feliz. Le decía que todo su corazón le pertenecía, y ella lo creía. Le decía que no hacía falta que le tuviera celos a esa joven tan correcta, y ella se lo creía también. Le enviaba mil besos, y ella, pensando que tal vez hubiese besado la hoja, se la llevó a los labios. Cuando menos, su mano había estado apoyada en el papel. Habría estado encantada de enseñarle a su madre todas esas expresiones del amor de su enamorado, pero pensó que no sería justo que revelara sus alusiones a las «cosas asquerosas» de las estaciones. A ella le podía decir lo que quisiera, pero comprendía que no era libre para enseñar a otros unas palabras que él le había dirigido desde la libertad que le daba su absoluta intimidad.

—¿Dice algo del anciano? —le preguntó la señora O'Hara.

—Dice que su tío está mejor.

—Las personas que se sienten amenazadas viven mucho. ¿Te dice Neville cuando va a volver?

—No exactamente, pero dice que no se va a quedar mucho tiempo. No le gusta nada Scroope. Yo ya lo sabía. Siempre dice que... que...

—¿El qué, querida?

—Que cuando nos casemos nos iremos a alguna parte, a Italia, a Grecia o adonde sea. Dice que Scroope es muy lúgubre.

—¿Y dónde iré yo?

—Ay, madre, usted estará con nosotros siempre.

—No, querida mía, ni lo sueñes. Cuando lo tengas a él, a mí ya no me querrás contigo.

—Mi querida madre, la querré conmigo siempre.

—Pero él no. No tenemos derecho a esperar tanto de él, Kate. Lo que sí tenemos derecho a esperar es que te convierta en su esposa. Si fuera falso contigo...

—No es falso. ¿Por qué piensa usted que pueda ser falso?

—No lo pienso, pero si lo fuera... No, dejémoslo. Con tal de que se porte contigo con lealtad, yo no le seré una carga. Con tal de verte feliz, Kate, puedo soportar todo lo demás.

Lo que tendría que soportar sería una completa soledad de por vida. Podía contemplar el futuro y ver lo negros y aburridos que serían sus días, pero no le importaría lo más mínimo si a su hija la elevaban a lo más alto.

Era principios de abril, que para los cazadores de Inglaterra es de todas las temporadas la más terrible. Se termina la caza. No hay literalmente nada a lo que disparar. Y la pesca, incluso en el caso de que hubiese en Inglaterra pesca que valiese la pena, aún no ha empezado. Un caballero de gran iniciativa, angustiado a ese respecto, solía afirmar que en abril no había más remedio que irse a Holanda a practicar la cetrería²⁴. Fred Neville no podía practicar la cetrería en Scroope, y pronto comprobó que no tenía nada que hacer. La señorita Mellerby le sugirió los libros.

—No hay cosa que me guste más que los libros —contestó Fred—. Siempre tengo un montón de novelas en el cuartel, pero es que uno no se puede pasar todo el día leyendo, y además no hay novelas en la casa, salvo las de Walter Scott y mucha basura antigua. Por cierto, ¿ha leído usted *No es oro todo lo que reluce?*²⁵ —La señorita Mellerby no había leído ese libro—. Ésa sí que es una buena novela.

Pasaron los días y parecía que esperaban que Fred permaneciese en Scroope sin ningún propósito en concreto, y, peor aún, sin ningún límite definitivo a su estancia. Instigado por su tía, salió a cabalgar por la finca y habló con los arrendatarios. Todo iba a ser suyo, y probablemente bastante pronto; qué menos que se interesase por cada casita y cada terreno de cultivo. Sin embargo, no dejaba de sentir que era como un escolar que estaba cumpliendo con una tarea, con lo que esa ocupación no le resultaba agradable por ser una tarea. El administrador lo acompañó a modo de pedagogo, y no dejó de aleccionarle durante todo el paseo. Ese hombre sólo pagaba tanto al año, aunque el arriendo tendría que haber sido mucho mayor, pero confluían ciertas circunstancias; y, además, «milord» se había portado con una generosidad excepcional. Se consideraba que esa granja era la mejor de toda la finca, y esa otra la peor. Sí, sí, había abundancia de zorros. «Milord» siempre había insistido en que se protegiese a los zorros. Parte de los señores acaudalados del lugar se habían quejado, pero peor para ellos. Se habían visto zorros, dos o tres a la vez, justo el día después de que se hubiesen despejado todos los matorrales que les podrían servir de escondrijo. En cuanto a piezas

de caza, se podría tener muchas en poco tiempo, ya que había maíz de sobra y los bosques eran muy extensos, pero es que era algo en lo que «milord» nunca había estado interesado. Todos los granjeros cazaban conejos en sus propias tierras. Los arriendos se pagaban puntualmente. Ahí nunca había la menor equivocación. Por supuesto, había que poner al día el precio de las tierras, pero «milord» no quería saber nada de eso mientras estuviera él al frente. Al bosque de la mansión le hacía falta un entresacado urgente. Llevaba mucho tiempo descuidado, pero es que a «milord» nunca le había gustado ver a las hachas en acción. Eso de allí era Grumby Green, donde terminaba la heredad por ese lado. La siguiente granja ya pertenecía al colegio, y la hectárea estaba arrendada a diez chelines más cara que las tierras de «milord». Si quería el señor Neville, el administrador le podía enseñar al día siguiente los límites de la finca por el otro lado. Sí, por supuesto que había un plano de toda la finca. Estaba en las habitaciones de «milord» y tenía señalizada cada granja con su área sembrada y perímetro. Fred pensó que estudiaría ese plano al día siguiente en lugar de volver a salir a caballo con el administrador.

Tenía la sensación de que le estaban enseñando una lección como a un escolar, y no le gustaba. Añoraba la libertad de su bote de la costa irlandesa, y añoraba la devoción que le profesaba Kate O'Hara. Estaba convencido de que la amaba tanto que no podría vivir sin ella. No obstante, le pasaban por la cabeza ciertas ideas vagas que eran muy perjudiciales para esa Kate a la que tanto amaba. Como resultado del constante aleccionamiento de su tía, reconocía que verdaderamente tenía un gran deber con su familia. Durante muchos días después de esa primera noche en Scroope no le dijeron ni una palabra sobre Kate O'Hara. Veía a su tío a diario, a menudo dos veces, pero el conde nunca hacía mención alguna a su amor irlandés. Lady Scroope hablaba constantemente de la grandeza del puesto que el heredero iba a ocupar y de todo lo que tenía que velar por el honor de la familia. Fred, conforme la oía, negaba impaciente con la cabeza, pero al mismo tiempo era consciente de la verdad de lo que le decía. Hasta se sintió en la obligación de repetir la promesa que le había hecho a su tío y asegurar a su tía que no haría nada que mancillara o degradara la dignidad del nombre de Neville. Consiguieron inculcarle la idea de que perjudicaría la posición del condado

que iba a ser suyo de casarse con Kate O'Hara. Los argumentos que le parecían absurdos cuando el padre Marty los ridiculizaba, y que por lo que respectaba a su propio comportamiento había decidido considerar meros cuentos de viejas, en Scroope le parecían muy ciertos y vinculantes. La atmósfera del lugar, la compañía de la señorita Mellerby, la reverencia con que lo trataban los sirvientes, las señales de alta nobleza que lo rodeaban por todas partes, ejercieron su efecto en él. *Noblesse oblige*. Pensaba que así era. Pero entonces le pasaron por la cabeza unas visiones del futuro que eran perjudiciales para la chica a la que amaba.

Que se viniera su hermano Jack a vivir a Scroope y se casara con Sophie Mellerby. Mientras él viviese, Jack no podría ser el conde, pero, en cuanto a dinero, estaría encantado de disponer las cosas de manera que su hermano pudiese mantener la dignidad y posición de la casa. Se dividirían la renta. Y después también lo arreglaría con Kate O'Hara para que el hijo de su hermano fuese el heredero del título. Tenía la leve idea de que, al ser Kate católica, podían celebrar un matrimonio del que ésa fuese la consecuencia inevitable. Así no habría ningún engaño. Kate lo sabría todo, y él haría todo lo que fuese necesario para hacerla feliz. Vivirían en el extranjero y él no usaría su título. Serían el señor y la señora Neville. En cuanto a las tierras, estaba claro que después irían unidas al título, pero, al darle tanto a su hermano, no habría problema para dejar bien arreglados a los hijos que Kate y él pudiesen tener. Suponía que a su Kate le gustaría ser la condesa de Scroope, y que su primogénito fuese el siguiente conde, pero, ya que él estaba dispuesto a renunciar a tanto, seguro que ella estaría dispuesta a renunciar a algo. Le tenía que explicar –y a su madre– que no se podría casar con ella de ningún otro modo. Le tenía que explicar las promesas que había hecho a su tío antes de conocerla, el respeto que debía a su familia, y lo mucho que a él le desagradaría la clase de vida que le aguardaría al verse en la obligación de actuar de cabeza de los Neville. Seguro que habría alguna escena, y hasta sintió un escalofrío al recordar ciertas miradas que le había lanzado la señora O'Hara, pero ¿no le iba a ofrecer dejarlo todo por amor? Su Kate se convertiría en su mujer según el rito católico que fuese en algún país de esa confesión. Estaba claro que habría dificultades, la menor de las cuales no sería las miradas de la enfadada madre, pero ya se encargaría él de

superarlas. Siempre había dificultades cuando se vivía una aventura. ¡Queridísima Kate! Nunca abandonaría a su Kate. Pero su Kate también tendría que hacer todo eso por él. ¿Acaso no era su intención que su Kate compartiese con él todo lo bueno que el mundo le pudiese reservar?

Sabía que sus ideas eran muy vagas, y que desconocía las leyes que regían los matrimonios. En consecuencia, se le ocurrió que sería mejor que lo consultase con su hermano y se lo confiase todo. Nunca le importaba reconocer que Jack era más sabio que él, y, aunque en cierto modo lo despreciaba por ser un aburrido que no cazaba focas y no tenía el menor interés en vivir aventuras, no por eso dejaba de pensar que casi era una pena que Jack no fuese el próximo conde. Así que Fred le dijo a su tía que era su propósito pedirle a su hermano que fuese a Scroope a pasar un día o dos antes de que él se volviese a Irlanda. ¿Tenía ella alguna objeción a ese respecto, o la podría tener su tío? Lady Scroope no se atrevió a objetar nada. No deseaba en absoluto que su sobrino pequeño volviese a estar bajo la influencia de los encantos de la señorita Mellerby, pero no convenía a sus propósitos que ofendiera al heredero negándole una petición tan razonable. Éste se habría marchado de inmediato a Woolwich a ver a su hermano. Así pues, se envió la invitación, a la que Jack Neville contestó prometiendo que iría.

Fred no sabía nada de la proposición que aquél le había hecho a la señorita Mellerby, aunque había tenido la suficiente perspicacia para percibir cuáles eran los sentimientos de su hermano.

—Mañana llega mi hermano —le anunció a la señorita Mellerby una mañana que estaban solos.

—Eso me ha dicho lady Scroope. No me extraña que quiera usted verlo.

—Espero que todo el mundo se alegre de verlo. Jack es de las mejores personas que hay en el mundo, y una de las más inteligentes también.

—Es muy agradable oír a alguien hablar así de su hermano.

—Por Jack diría lo que hiciera falta. Lo cierto es que él tendría que haber sido el mayor. ¿No le cae bien?

—¿A mí...? Sí, sí, por supuesto. Me causó muy buena impresión hasta donde lo llegué a tratar.

—¿Y no es una pena que no sea él el mayor?

—Eso ya no lo puedo decir yo, señor Neville.

–No, claro. No sería cortés conmigo si respondiera. Pero yo sí que lo puedo decir. Cuando estábamos aquí el invierno pasado, me dio la impresión de que mi hermano...

–¿Qué, señor Neville?

–De que le estaba cogiendo a usted mucho cariño, aunque quizá no debiera decirlo.

–No creo que nunca se haga mucho bien diciendo esa clase de cosas – repuso la señorita Mellerby en tono serio.

–Cuando menos, en este caso tampoco va a hacer mucho daño que yo lo diga. Me encantaría de todo corazón que él le tuviera mucho cariño a usted y usted a él.

–Eso son tonterías, se lo aseguro.

–Si se lo digo, es por algo. No veo por qué no nos hemos de entender usted y yo. Si le cuento un secreto, ¿me lo guardará?

–No me cuente ningún secreto que haya de guardar de lady Scroope.

–Es que eso es justo lo que tiene que hacer.

–¿Y si no lo hago? –dijo la señorita Mellerby.

Pero Fred estaba decidido a contarle su secreto.

–Lo cierto es que mis tíos quieren que me enamore de usted.

–¡Qué amable de su parte! –exclamó ella con cierta risa forzada.

–Pero no creo en absoluto que, de habérmelo propuesto, lo hubiese logrado. No soy de esa clase de engreídos. Con la intención de hacer lo mejor por mí, la eligieron a usted. Y no es que yo no tenga tan buena opinión de usted como ellos, pero...

–De verdad, señor Neville, esta conversación es muy extraña.

–Sí, tiene razón, es muy extraña. Pero el caso es que aquí está usted, y no hay nadie más con quien pueda hablar. Quiero contarle toda la verdad. Estoy prometido con... con otra persona.

–Ahora se me debería partir el corazón, ¿no?

–Me da exactamente igual que se ría de mí. Sí que me habría importado mucho si le hubiese pedido que se casara conmigo y usted me rechazara.

–Pero es que no me ha dado la oportunidad de que pase eso.

–Ya, nunca ha sido mi intención. ¿De qué serviría?

–Tiene usted toda la razón, señor Neville, ya que está prometido con otra

persona. A mí no me gustaría ser la segunda.

–La verdad es que estoy metido en un buen lío. Si pudiera, me cambiaría mañana mismo por mi hermano. Supongo que usted no se lo creerá, pero le aseguro que lo haría. No quiero irritar a mi tío en la medida de lo posible, pero desde luego no voy a abandonar a la chica que me ama. Si no fuese por el título, le daría Scroope a mi hermano mañana mismo y me iría a vivir a algún lugar en el que hubiera mucha caza y no tuviera nunca que vestirme de etiqueta.

–Seguro que se lo pensará mejor.

–¡Bueno, pues ya está! Se lo he contado todo porque me gusta ser franco. Me encantaría que conociese a Kate O’Hara. Estoy seguro de que no se extrañaría de que alguien pueda enamorarse de ella. Preferiría que no le contase a mi tía lo que le he dicho, pero, si quiere hacerlo, tampoco se lo puedo impedir.

[24](#). Era un dicho habitual entre los cazadores aburridos de la época. Desde el siglo XVIII, la cetrería no era tan popular en Inglaterra como en el continente.

[25](#). Es una novela imaginaria, pero con esa clase de título Trollope está haciendo referencia a los de la novelista «rosa» y sensacionalista Rhoda Broughton (1840-1920), consciente de ésta su peculiar incursión en el melodrama. Además, esos discutibles gustos literarios de Neville también dicen bastante de su forma de ser en general.

La sabiduría de Jack Neville

Fred se había visto obligado a ampliar su permiso debido al estado de salud de su tío, así como a prometer que prolongaría su estancia hasta finales de abril. Al hacerlo, había afirmado que tenía intención de regresar a Ennis a principios de mayo, pero sus tíos aún no habían expresado su conformidad al respecto. Hacia finales de mes llegó su hermano a Scroope, sin que nadie hubiese dicho a Fred ni una palabra más sobre Kate O'Hara.

Recibió una carta de ésta, en contestación a la que le había mandado, redactada de un modo muy distinto a la suya. Él se había sentado en una mesa y, para cumplir la promesa que había hecho, había garabateado su epístola lo más rápidamente posible. Ella se había tomado una mañana entera para pensar en el contenido de la suya, y la había vuelto a copiar tras escribirla, y después la había leído con sumo cuidado y se había confesado, casi entre lágrimas, que era una carta indigna de aquel a quien se la iba a enviar. Era la primera carta de amor que escribía, y probablemente la primera que escribía a un hombre, a excepción de las breves notas que de vez en cuando mandaba al padre Marty siguiendo las directrices de su madre. La carta a Fred rezaba así:

«Arckill Cottage
»10 de abril de 18**

»Queridísimo Fred:

»Recibí tu encantadora carta hace tres o cuatro días, y me hizo muy feliz. Lamentamos mucho que tuvieses un viaje tan desagradable, pero todo eso quedaría zanjado y rápidamente olvidado en cuanto te hallaras en tu acogedor hogar entre tus seres queridos. Me alegro mucho de que tu tío esté mejor. La idea de ir a encontrártelo tan enfermo haría que tu viaje fuese muy triste. Como se encuentra mucho mejor, espero que vuelvas pronto con tu pobre

Kate.

»No tengo ninguna noticia que darte de Liscannor. Ayer estuvo el padre Marty aquí y dice que tu bote está a salvo en Lahinch. Dice que Barney Morony está hecho un vago, pero que como no tiene nada que hacer tampoco lo puede evitar. Deberías volver para no dejarle vagar. Creo que las gaviotas saben que estás lejos, porque no dejan de revolotear y chillar con más fuerza y atrevimiento que nunca.

»Madre te manda recuerdos. Se encuentra muy bien. No hemos comido nada desde que te fuiste, ya que ha sido Cuaresma. Así que, si hubieras estado aquí, no habrías podido ni almorzar un poco. Supongo que has estado mucho mejor en Scroope. Dice el padre Marty que en el futuro los protestantes tendréis que guardar la Cuaresma, y ochenta días seguidos en lugar de cuarenta, y que a los católicos nos dejarán comer todo lo que queramos, mientras que los protestantes os tendréis que conformar con mirarnos. Si eso es así, ya me las apañaré para darte un poco.

»Vuelve con tu Kate en cuanto puedas. No hace falta que te diga que eres lo que más quiero en el mundo porque ya lo sabes. No le tengo nada de celos a esa joven dama tan correcta, que espero que se enamore de tu hermano. Entonces seríamos cuñadas, ¿verdad? Me gustaría mucho tener a una joven correcta de cuñada. Lo único es que a lo mejor ella me despreciaría. Vuelve pronto. ¡Todo es tan aburrido cuando no estás! Si supieras la alegría que me da cuando te veo venir por el acantilado, volverías corriendo con tu Kate.

»Mi queridísimo, queridísimo amor, soy tuya, siempre tuya,

»Kate O'Hara.»

Neville pensó en enseñarle a la señorita Mellerby la carta de Kate, pero cuando la leyó por segunda vez decidió guardársela. La carta estaba muy bien, y, en cuanto a las expresiones que le dirigía, eran justo como debían ser. Sin embargo, no le parecía que fuese el tipo de carta que habría escrito la señorita Mellerby, y le daba un poco de vergüenza todo lo que en ella se decía sobre el cura. Tampoco se enorgullecía mucho de la bonita y refinada caligrafía francesa de Kate, con la que su amada se había tomado tantas molestias letra por letra. Lo cierto era que Kate O'Hara estaba mejor educada

que él, y quizá supiera tanto como Sophie Mellerby. Podría haber escrito la carta igual de bien en francés que en inglés, y sabía algo de formar oraciones. Fred Neville había ido a un colegio excelente, pero cabía dudar de que fuese capaz de explicar su propio lenguaje escrito. Aun así, se avergonzaba un poco de su Kate, y pensó que la señorita Mellerby podría percatarse de la ignorancia de aquélla si le enseñaba la carta.

Había mandado llamar a su hermano para explicarle su plan y obtener su consejo, pero le resultó muy difícil explicarle su plan a Jack Neville. Desde el primer momento éste no consideró que el plan fuese viable en modo alguno.

–No te entiendo, Fred. ¿Es que la quieres engañar con un matrimonio falso?

–Por supuesto que no. No quiero engañarla en absoluto.

–O te casas con ella, o no te casas con ella.

–Pues claro que me voy a casar con ella. Estoy completamente decidido. Le he dado mi palabra y, lo que es más importante, la quiero más que a nada en el mundo.

–Si te casas con ella, su hijo mayor será el heredero del título.

–No estoy tan seguro de eso. Se pueden disponer todo tipo de cosas raras al casarse con católicos.

–Quítate eso de la cabeza –dijo Jack Neville–. En primer lugar, te meterías en un lío, y, en segundo, de por sí el intento sería deshonesto. Sé que algunos hombres han huido de sus matrimonios porque eran ilegales, pero el que organiza un matrimonio con la intención de huir de él es un sinvergüenza.

–No hace falta que te pongas así, Jack. Sabes muy bien que no pretendo huir de nada.

–Sí, estoy seguro, pero, ya que me lo preguntas, te tengo que decir lo que pienso. Estás en un dilema entre esta chica y el tío Scroope.

–No estoy en ningún dilema.

–Pues parece que piensas que a él le has hecho una promesa que quedará rota si te casas con ella, y supongo que a ella también le habrás hecho una promesa.

–Que tengo toda la intención de cumplir –afirmó Fred.

–Muy bien. En ese caso, tendrás que romper la promesa que le hiciste al tío Scroope.

–Sólo fue una especie de promesa a medias. Es que no soportaba verlo padeciendo por eso...

–Ya me imagino. Supongo que la señorita O’Hara podrá esperar...

Fred Neville se rascó la cabeza.

–Sí, sí, puede esperar. No hay nada que me obligue a un día o mes en concreto. Pero el tío podría vivir diez años más...

–Mi consejo es que le dejes bien claro a la señorita O’Hara que no te vas a meter en ningún otro compromiso, pero que no te puedes casar con ella mientras el tío siga con vida. Esto lo digo desde el supuesto de que no puedas romper el compromiso con ella.

–Por supuesto que no puedo –afirmó Fred con una decisión de tono muy magnánimo.

–No creo que sea un compromiso muy afortunado para ti, habida cuenta de tu posición. Uno debería casarse con sus iguales. De eso estoy del todo convencido. Querrás que tu mujer conozca bien a la clase de personas con las que se relacionaría al convertirse en lady Scroope, con las esposas e hijas de otros condes y demás.

–No, no es lo que quiero.

–Pues no me parece que ella pudiera sentirse cómoda de otra manera.

–Es que nunca viviríamos entre otros condes, como los llamas. Odio ese tipo de cosas, odio Londres y jamás viviría aquí.

–¿Y qué harías?

–Tendría un yate y viviría casi todo el tiempo en él. Me movería mucho e iría a todo tipo de sitios raros. No te digo que no fuera a pasar algún que otro invierno en Leicestershire o en Northamptonshire, ya que me gusta la caza, pero no tendría ningún hogar permanente. Según mi plan, tú te quedarías con este lugar, y con la parte de la renta que necesitaras para mantenerlo, por supuesto.

–Eso no puede ser, Fred –dijo Jack negando con la cabeza–, aunque sé lo generoso que eres.

–¿Y por qué no puede ser?

–Porque eres el heredero, y has de asumir las obligaciones junto con los privilegios. Puedes tener tu yate si quieres, pero pronto te cansarías de esa clase de vida. Yo diría que un yate es mal sitio para criar niños, y poco

conveniente para las botas viejas. Cuando las circunstancias le eligen a uno un hogar, como te pasará a ti, se ve arrastrado hacia él, sean cuales sean sus supuestas predilecciones. Las circunstancias son más fuertes que las predilecciones.

–Estás hecho todo un filósofo.

–Siempre he sido más serio que tú, Fred.

–Ojala fueras tú el mayor, con la condición de que el hermano pequeño tuviese un pedazo apañado de la herencia para poder vivir bien.

–Pero no soy el mayor, y eres tú quien tiene que ocupar el puesto con todos sus inconvenientes. La única solución que veo es que le pidas a la señorita O’Hara que espere. Si el tío vive mucho tiempo, lo más probable es que uno de los dos cambiéis de idea y el asunto no llegue a nada.

Cuando el hermano más joven y sabio le dio ese consejo, no pensaba que fuese probable que la señorita O’Hara cambiara de idea. Las jóvenes sin un penique no cambian frecuentemente de idea cuando están prometidas al heredero de un conde. No era nada probable que se arrepintiera del gran trato que había hecho. Pero Jack Neville sí que creía muy posible que su hermano se arrepintiera, y, de hecho, estaba convencido de que era lo que pasaría si tenían que dejar que transcurriesen los años. Su estancia en el condado de Clare no era a perpetuidad, y tratándose de él y sus circunstancias bien podría ser que, una vez que dejara de ver a la joven, se olvidara de ella. Tampoco es que Jack pudiese afirmar tajantemente en esos momentos, pues su hermano estaba embebido de su promesa, de su amor y de su honor. Y Jack no le habría aconsejado por entero que incumpliese la palabra que había dado a la joven. Sin embargo, le parecía posible que, en el caso de que la demora fuese larga, la pobre señorita O’Hara terminase en el paredón, y también le parecía que, por el bien de los intereses de la familia Scroope, eso era lo mejor que le podía pasar.

–¿Y tú que vas a hacer? –le preguntó Fred.

–¿Con respecto a qué?

–Con respecto a la señorita Mellerby.

–Con respecto a la señorita Mellerby no voy a hacer nada –contestó Jack mientras se alejaba.

En todo lo que el hermano pequeño dijo al mayor sobre la pobre Kate, sin

duda fue sabio y prudente, pero no dijo la verdad sobre sí mismo. No obstante, la pregunta que le habían hecho era del tipo que uno no se siente obligado a contestar, ni siquiera a un hermano. Jack era mucho menos dado a hablar de sus asuntos amorosos que Fred, pero eso no significaba que no pensara en ellos. Sophie Mellerby lo había rechazado una vez, pero se sabe de muchas damiselas que se han casado con caballeros después de haberlos rechazado en más de una ocasión. Cuando menos, él estaba decidido a perseverar, ya que tenía en sí mismo y en aquello que le afectaba esa fe silenciosa que a menudo el poseedor desconoce, pero que tan a menudo lo lleva al triunfo. Le parecía que la señorita Mellerby se portaba de forma cortés con él, por no decir muy amable, y, además, él contaba con la ventaja de que no le tenía miedo. No se amedrentaba porque ella fuera nieta de un duque y él un segundón y, en consecuencia, él no debiera fijarse en ella. Entendía muy bien que la señorita Mellerby estaba allí para que Fred se casara con ella, pero Fred pretendía casarse con otra, y Sophie Mellerby no era de las jóvenes que entregasen su corazón a quien no lo quisiera. Jack sólo había ido a Scroope a pasar tres días; no obstante, pese a cierta vigilancia por parte de la condesa, tuvo oportunidad de hablar con la joven antes de marcharse.

–Señorita Mellerby –dijo–, no sé si debería darle las gracias al destino o reprimirlo por volver a ponerme ante usted.

–Espero que no sea tan grave como para que tenga que reprimirlo mucho.

–De todas formas, no llegaría a oírse mi reconvención. No sé si habría una pizca de malicia cuando mi hermano me pidió que viniese y, en la misma carta, me decía que estaba usted en Scroope.

–Sí, yo diría que lo hizo con malicia –dijo la joven, que intentaba, sin mucho éxito, imitar la actitud del hombre que la amaba.

–Y, claro está, he venido.

–Espero que no haya sido por mí, señor Neville.

–Ha sido totalmente por usted. Mi hermano no me necesitaba para gran cosa, y como mi tío no me había pedido que viniera, y me da la impresión de que no soy por completo del agrado de mi tía, está claro que no habría venido de no ser porque me habría sido difícil encontrar otra oportunidad de verla a

usted.

–No está siendo muy justo con lady Scroope, señor Neville.

–Creo que estoy siendo bastante justo. No he venido de forma clandestina. No me avergüenzo de lo que estoy haciendo, ni de lo que voy a hacer. Puede que me avergüence de... de pensar que mis posibilidades de tener éxito son escasas. La vez anterior que estuve aquí le pedí que... que me dejase amarla. Y ahora se lo vuelvo a pedir.

–¡Que le deje!

–Sí, que me deje. Sería muy atrevido por mi parte que le pidiese que me correspondiera de inmediato. Sólo quiero que sepa que, aunque ya me rechazó una vez, no desisto del empeño.

–Señor Neville, estoy segura de que mis padres no lo consentirían.

–¿Se lo puedo pedir a su padre, señorita Mellerby?

–Por supuesto que no..., al menos con mi permiso.

–De todos modos, dígame que no olvidará que aspiro a conseguir su amor.

–No le voy a prometer nada, señor Neville. –Entonces, temiendo haberle dado ánimos, volvió a hablar–: Creo que debería considerar que mi respuesta es definitiva.

–Señorita Mellerby, no voy a aceptar como definitiva ninguna respuesta que no me sea favorable. Si me enterase de que se iba a casar usted con otro, eso sería definitivo, pero yo no lo oiría de su propia boca. ¿Quiere despedirse de mí? –dijo ofreciéndole una mano.

Ella le dio la mano, que él se llevó a los labios y besó, como acostumbraban a hacer los hombres en los viejos tiempos.

Fred Neville hace una promesa

Fred Neville no creía haber recibido de su hermano la ayuda o comprensión que quería. Su intención había sido hacerle un ofrecimiento muy generoso; ciertamente no estaba muy seguro de cómo se podría llevar a cabo, pero eso no obstaba para que fuese un ofrecimiento que pensaba que pondría a su hermano totalmente a su servicio. Sin embargo, Jack se había limitado a contestarle con un sermón; con un sermón y con la aseveración de que su plan era inviable. Aun así, él no acababa de estar seguro de que su plan fuese tan inviable. Cuando menos, de lo que estaba seguro era de que no había fuerza humana que pudiese obligarlo a llevar una forma de vida que le desagradaba. Nadie podría hacer que se casara con Sophie Mellerby, o con cualquier otra Sophie, y que mantuviese una grandiosa y lúgubre casa en Dorsetshire, y que se gastara su renta de un modo que no le satisficiese, por tener un enorme séquito de sirvientes y adoptar lo que él llamaba «la vida pesada» de un noble inglés. Las posesiones tenían que ser suyas, o al menos el disfrute vitalicio de ellas. Se juraba una y otra vez que por nada del mundo empobrecería a la familia o dejaría los asuntos de la casa de Scroope peor que los encontrara. A él le bastaría con mucho menos de la mitad de lo que tenía entendido que se sacaba de los arrendamientos. No obstante, ya podían decirle sus tíos o su mojigato y metódico hermano lo que quisieran, que él no pensaba convertirse en esclavo de un título de conde.

Aun así, seguía muy confuso y lejos de sentirse contento por completo. Sabía que habría una escena desagradable entre su tío y él antes de que volviese a Irlanda, y también sabía que su tío podía, si se le metía en la cabeza, cortarle del todo la muy generosa asignación que ahora recibía. Estaba claro que habían hecho el trato de que él permaneciese con su regimiento un año, del cual aún no habían vencido seis meses. Su tío no podía discutir con él porque se volviese a Irlanda, pero ¿qué respuesta le iba a

dar cuando le preguntase si estaba prometido para casarse con la señorita O'Hara, como por supuesto le preguntaría, y qué respuesta le iba a dar cuando le exigiera que le dijese si creía que ese matrimonio era el apropiado para alguien de su posición? Sabía que no era apropiado. Creía en el título, en la santidad del nombre que llevaba, en la misteriosa grandeza de la familia. No creía que un conde de Scroope debiera casarse con una chica de la que no se sabía nada en absoluto. Sentía el orgullo de su posición, pero le irritaba que los sacrificios necesarios para mantener ese orgullo tuviesen que recaer sobre sus hombros.

Una cosa era del todo imposible. Nunca abandonaría a su Kate. Sin embargo, quería tener a su Kate como algo aparte. Si pudiese dedicar seis meses de cada año a su Kate, y llevar esa vida en el yate de la que había hablado, visitando esos extraños lugares soleados que se imaginaba, libre de convencionalismos, lejos del sonido de campanas de iglesia y de cualquier consideración familiar, y después marcharse los otros seis meses a su condado y sus tierras, a su caza y quizá al Parlamento, dejando a su Kate detrás, eso sería perfecto. ¿Y por qué no? En los días que no tardarían en llegar, él sería su propio señor. ¿Quién podría impedir sus movimientos o refutar su voluntad? Entonces se acordó de la madre de su Kate y de las miradas que le lanzaría. Podría haber dificultades aunque Scroope fuera todo suyo.

No era ningún villano, sino sencillamente un joven demasiado indulgente consigo mismo y malcriado que no quería saber nada de las obligaciones de la vida. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que Kate se convirtiese en su querida. En todas las visiones que tenía de su vida futura todo lo hacía en aras de la felicidad y satisfacción de ella. El yate se convertiría en una mansión flotante para el deleite de Kate. Durante esos seis meses del año en los que, única y exclusivamente, las irritantes circunstancias de su posición le permitirían dedicarse al disfrute y el amor, la voluntad de Kate sería la ley por la que se regiría. No se consideraba veleidoso. Nunca querría tener otra Kate. La dejaría con mucha pena, y volvería a ella en pleno arrobo. Todos los que los rodearan tendrían que tratarla con el respeto que se le debe a una emperatriz, pero sería conveniente que la llamaran señora Neville en lugar de lady Scroope. ¿No podían arreglarse las cosas así, de

manera que le pudiese hacer una promesa a su tío y a la vez ser leal a su Kate sin romper la que le había hecho a ella? Ése era su plan. Jack le había dicho que era inviable, pero las dificultades que se le podrían presentar no eran tanto las que le había expuesto Jack, sino las de los ojos furiosos de la madre de Kate O'Hara.

Al fin quedó fijado el día de su partida. El conde había mejorado tanto que podía salir de su habitación. Fred lo veía dos o tres veces al día, y hablaban mucho sobre los asuntos de la finca. El heredero se había tomado algunas molestias, había visitado a unos cuantos arrendatarios y se había esforzado por parecer interesado en las cuestiones que afectaban a las tierras. El conde podía hablar hasta el infinito de ellas, de cada campo, de cada valla, casi de cada árbol que le era familiar. Lo que más deseaba era que sus arrendatarios llevaran una vida agradable, que fuesen personas protestantes practicantes que pagasen el arriendo, que los hijos siguieran los pasos de los padres y las hijas se casaran como lo habían hecho sus madres, sin cambiar nunca ni hundirse ni elevarse un ápice en la escala social. Fred estaba encantado de hablar de los arrendatarios para que así no se mencionase a Kate O'Hara. Cuando el conde se refería con tristeza a su inminente muerte, ya que no podía estar muy lejana, Fred le prometía con toda sinceridad que respetaría sus deseos. No subiría ningún arriendo. El hacha se usaría muy poco. Le parecía extraño que un hombre que se iba a la otra vida se preocupase por este o aquel árbol, pero, por lo que a él respectaba, los árboles continuarían donde estaban mientras la naturaleza los mantuviese con vida. No despediría a ningún sirviente. Dejaría que los caballos del carruaje muriesen allí. Seguiría haciendo las mismas obras de caridad. El párroco siempre sería bien recibido en la mansión. No le costaba hacer la promesa que fuese con tal de que continuasen sin nombrar esa cuestión en concreto.

Sin embargo, cuando dijo que ya había decidido el día en que se iba a marchar, y que sería «pasado mañana», supo que la iban a nombrar.

–Lamento mucho, muchísimo, que te tengas que ir –dijo el conde.

–Es que uno no puede dejar el cuerpo de un día para otro.

–Yo creo que eso lo podríamos haber arreglado, Fred.

–Tal vez por lo que respecta al cuerpo, pero en el regimiento pensarían mal de mí. Tantas cosas dependen de que uno se quede o se vaya. A lo mejor

quien quiera comprar mi plaza aún no dispone del dinero. Y dije que me quedaría hasta octubre.

–No quiero actuar contigo como un tirano en absoluto.

–Ya lo sé, tío.

Entonces hubo una pausa.

–Aún no te he hablado, Fred, de una cuestión que me tiene muy intranquilo. Cuando llegaste, no me hallaba con suficientes fuerzas para nombrártela, y se lo dejé a tu tía. –Neville sabía muy bien lo que iba a venir a continuación, y era consciente de que estaba conmovido de un modo que no le sentaba muy bien a su hombría–. Me dice tu tía que te has metido en algún lío con una damisela del oeste de Irlanda.

–No, tío, espero que no sea ningún lío.

–¿Y quién es ella?

Hubo otra pausa, pero Fred respondió directamente a la pregunta:

–La señorita O’Hara.

–¿Católica?

–Sí.

–¿Una chica de cuya familia no sabes nada?

–Sé que vive con su madre.

–¿En la más absoluta oscuridad y pobreza?

–No son ricas –dijo Fred.

–No pienses que creo que la pobreza sea un defecto. A ti no te hace falta casarte con una chica adinerada.

–Ya, supongo que no, tío Scroope.

–Pero tengo entendido que esta joven está bastante por debajo de ti en la vida. Vive con su madre en una casita sin sirvientes...

–Hay una criada.

–Ya sabes a lo que me refiero, Fred. No vive como una dama. No tiene educación.

–En eso se equivoca, señor. Estuvo en un excelente colegio de Francia.

–¡De Francia! ¿Y quién es su padre, y qué es?

–No sé qué era su padre. Creo que se trataba de un tal capitán O’Hara.

–¿Y te casarías con una chica así, con una católica a la que te has encontrado en la costa irlandesa, con alguien de la que nadie ni siquiera

conoce quién es su padre o puede que incluso su verdadero nombre? Eso me mataría, Fred.

–Yo no he dicho que tenga intención de casarme con ella.

–¿Y qué es lo que tienes intención de hacer? ¿Acaso la vas a deshonar, a seducirla con falsas promesas para después abandonarla? ¿Me vas a decir que eso es lo que pretendes hacer a sangre fría?

–Por supuesto que no.

–Eso espero, muchacho, eso espero. No me gustaría pensar que un sinvergüenza despiadado va a llevar mi nombre cuando yo ya no esté.

–¡No soy un sinvergüenza despiadado! –exclamó Fred Neville, poniéndose de pie de un salto.

–Entonces ¿qué es lo que pretendes? Supongo que habrás pensado en las grandes obligaciones del puesto que estás llamado a ocupar. No te creas que se te va a dar riqueza, así como un gran nombre y todos los beneficios y poder de la nobleza, para que puedas comer más, beber más y descansar más blando que los demás. Precisamente es porque algunos lo creen así, y actúan de acuerdo con tales ideas abyectas, por lo que hasta el último título nobiliario hereditario que queda en el mundo corre el peligro de enfrentarse al rechazo de la gente. ¿Es que quieres que sólo te conozcan como uno de los que contribuyeron a desacreditar a su clase?

–No tengo intención de desacreditarla.

–Pues lo harás si te casas con una chica como ésa. Si fuese una esposa apropiada para ti, ¿no la conocería la familia de lord Kilfenora?

–No me importa mucho que la conozcan o no, tío.

–¿Y quién la conoce? ¿Quién puede incluso afirmar que sea lo que dice ser? ¿No me prometiste que no contraerías un matrimonio así?

Fred no era lo bastante fuerte para defender a su Kate. Tal defensa habría ido en contra de sus propias ideas, habría sido antagónica con el plan que se había hecho para sí mismo. Entendía casi tan bien como su tío que Kate O'Hara no debía convertirse en condesa de Scroope. También pensaba que, de presentarla al mundo como la condesa de Scroope, desacreditaría el título. ¡Pero no iba a ser un villano! Lo único que podía hacer era ceñirse a su plan.

–La señorita O'Hara es la mejor persona del mundo –dijo–, pero reconozco que no es la apropiada para ser la señora de esta casa.

–Fred –le dijo el conde, casi llevado por un arrebató de preocupación y afecto–, no vuelvas a Irlanda. Ya arreglaremos lo del regimiento. Nadie saldrá perjudicado. Mi salud será tu excusa, y los abogados lo resolverán todo.

–Tengo que volver –afirmó Neville, tras lo que el conde se reclinó en el sillón y se cubrió el rostro con las manos–. Tengo que volver, pero le juro por mi honor de caballero que no voy a hacer nada que lo pueda afligir.

–¿No te casarás con ella?

–No.

–Fred, por tu bien, no hagas daño a una pobre chica tan desamparada como ésa. Cuéntales a ella y a su madre toda la verdad. Aunque haya lágrimas, ¿no es eso preferible a la pena, la vergüenza y la deshonra?

Cuando había varios males en juego, siempre había que elegir uno, y el conde pensaba que una promesa rota era el menor de esos males en una elección que se había buscado su sobrino.

Y así terminó el encuentro, sin que hubiesen llegado a discutir. Fred Neville le había hecho al conde la promesa categórica de que no se casaría con Kate O’Hara, a la cual había jurado mil veces que sería su esposa. Sin embargo, se dijo que una promesa así nunca se hace con la intención de que dure más allá del tiempo que viva la persona a la que se le hace. Se había comprometido a no casarse con Kate O’Hara mientras viviese su tío, y eso era todo.

O ¿no sería mejor que asumiera el consejo de su tío por completo y les dijera la verdad –no a Kate, pues eso no lo podría hacer, sino a la señora O’Hara o al padre Marty–? Mientras lo pensaba, reconoció que la tarea de contarle semejante verdad a alguien como la señora O’Hara casi sería superior a sus fuerzas. ¿No podría confiar en la bondad del cura y dejárselo todo a él? Entonces pensó en su Kate y un sentimiento muy parecido al amor verdadero le dijo que no se podía separar de ella de ese modo. Se le rompería el corazón si perdiese a su Kate. Visto desde esa perspectiva, le parecía que ella era más importante para él que toda la familia de los Scroope en toda su gloria. ¡La querida, dulce, delicada, inocente y hermosa Kate! Su Kate, que, como bien sabía, adoraba hasta el mismo suelo que él pisaba. No era posible que se separase de Kate O’Hara.

Mientras regresaba a Irlanda, no dejaba de darle vueltas en la cabeza a ese plan suyo. Seguro que podía hacerse algo si el cura lo apoyaba. ¿Y si le contara toda la verdad y le pidiese el tipo de ayuda que un cura podía darle? Sin embargo, la única certeza a la que llegó durante el viaje fue ésta: que cuando un hombre sale en busca de aventura, necesita mucha habilidad y también cierto valor para sobrevivir.

Volumen segundo

1

De mal en peor

Mientras volvía a Ennis, Neville se sentía tan alejado de cualquier aflicción inminente que no le costaba nada desear sin miedo alguno ver de nuevo a las dos damas de Ardkill. Aún podía tener a su Kate entre sus brazos sin que lo atenazase una fuerte pesadumbre, como la que lo agobiaría si pensara que era forzoso que les explicara de inmediato sus dificultades. Su tío seguía con vida, pero era viejo y continuaba enfermo. Intentaría sacar el mayor partido a la edad y debilidad del anciano. Tenían todas las razones del mundo para esperar, mientras que no había ninguna para que esa espera hubiese de acarrearle a él algún reproche. La noche que llegó al cuartel mandó una nota a su Kate:

«Queridísimo amor: Ya he vuelto a esta tierra de libertad y patatas. No hace falta que te cuente ahora las noticias de casa, ya que te veré dentro de dos días. Mañana y las primeras horas del miércoles tengo que quedarme por aquí. A partir de la una ya estaré libre el miércoles. Iré a Lanhinch y cogeré el bote. Tengo que volver esa misma noche, aunque supongo que no conseguiré acostarme hasta la mañana siguiente. Me daré por satisfecho si obtengo algo a cambio de tanto esfuerzo. Dale recuerdos a tu madre. Tuyo, F. N.»

De acuerdo con ese plan, fue en calesa hasta Lahinch. Podría haber ahorrado tiempo dando instrucciones para que le llevaran el bote a Liscannor desde el otro lado de la bahía, pero prefería no ver al padre Marty de momento. Puede que pronto se sintiera en la obligación de contarle muchas cosas y pedirle ayuda, pero por ahora no tenía ganas de verlo. Barney Morony lo esperaba en la caballeriza en la que guardó el caballo, y después ambos bajaron a la playa. Las damas, según Barney, estaban muy bien y más encantadoras que nunca; pero —y esa información llegó tras mucha demora y muchos rodeos— corría por Liscannor el rumor de que de pronto había

«aparecido» el capitán O'Hara. Fred se sobresaltó tanto al enterarse de eso que no pudo contenerse de mostrar su preocupación en las preguntas que hizo. Barney no creía que el capitán hubiese estado en Ardkill o en alguna otra parte del vecindario. Al menos él no lo había visto, y se acababa de enterar del rumor:

–Desde luego, teniente, yo no le contaría a Su Señoría una mentira. Dicen por ahí que en su tiempo el capitán fue un hombre tan apuesto como cualquiera que haya visto una mujer jamás, y la verdad es que no me extraña, viendo cómo es la señorita, que Dios la bendiga.

Si era cierto que el padre de Kate había «aparecido», sería muy lógico que su llegada alterase los planes de Neville. Cambiaría tanto la situación que hasta cierto punto lo liberaría de sus promesas del pasado.

Sin embargo, cuando vio a Kate acercándose por los acantilados a su encuentro, lo que tuvo más claro de todo fue que nunca la abandonaría. Ella había estado esperando para verlo llegar casi desde la hora en que él había dicho que saldría de Ennis, y, subiendo entre las rocas, había visto el bote mientras doblaba por la punta de Liscannor. En un primer momento había pensado bajar por el sendero a recibirle, pero la marea estaba alta y no había ninguna franja de playa debajo de los acantilados; además, la habría visto Barney Morony, así que decidió que sería mejor que lo esperase en la cumbre.

–¡Ay, Fred, ya has vuelto! –exclamó arrojándose contra su pecho.

–Sí, he vuelto. ¿Es que creías que te iba a dejar?

–No, no, sabía que no me dejarías. ¡Ay, cariño mío!

–¡Mi Kate, mi queridísima Kate!

–¿Pensabas a veces en mí?

–Pensaba siempre en ti, a cada hora.

Y así le juró que ella significaba tanto para él como él pudiera significar para ella. Kate se agarró a su brazo mientras bajaban a la casita, al tiempo que pensaba que era la chica más feliz y afortunada de toda Irlanda. De momento aún no la habían ni rozado las penas del amor.

Fred no podía preguntarle de sopetón por ese rumor que le había mencionado Morony, pero no dejaba de darle vueltas a la cuestión mientras caminaba con un brazo alrededor de la cintura de Kate. Tendría que

preguntarlo, pero tal vez fuese mejor que lo hiciera a la madre. La señora O'Hara estaba en la casita y pareció alegrarse de verlo casi tanto como Kate.

–Qué agradable que es tenerlo de vuelta –dijo–. Kate ha estado contando primero las horas y después los minutos.

–Y usted también, madre.

–Venga, pónganos al tanto de las noticias –dijo la señora O'Hara.

Entonces Neville, con la chica que iba a ser su esposa sentada muy cerca de él en el sofá –casi entre sus brazos–, les contó cómo iban las cosas en Scroope. Su tío estaba muy débil, y claramente empeorando, pero mucho mejor que antes, con lo que estaba justificado que el heredero hubiese vuelto a Irlanda. Puede que aún viviese otro año, pero los médicos no creían muy probable que durase más de eso. A continuación, el sobrino añadió que su tío era el hombre más bueno y generoso del mundo, además del caballero más refinado y el cristiano más auténtico. También les habló de los arrendatarios a los que no había que agobiar y de los sirvientes a los que no había que despedir, de los caballos a los que había que dejar que muriesen en sus cuadras y de los árboles que no había que talar.

–Me encantaría conocerlo –dijo Kate–. Ojala lo hubiese visto aunque sólo fuese una vez.

–Eso no puede ser –contestó Fred con tristeza.

–No, claro que no.

Entonces la señora O'Hara le hizo una pregunta:

–¿Ha oído hablar de nosotras?

–Sí, ha oído hablar de ustedes.

–¿Fue por usted?

–No, no fue primero por mí. Hay muchas razones por las que no las habría nombrado de haber podido evitarlo. Él quiere que me case con alguna otra chica, sobre todo con una protestante. Y eso era imposible.

–Y es imposible ahora, Fred –dijo Kate mirándolo a la cara.

–Por supuesto, querida; pero ¿para qué iba a irritarlo, viendo lo bueno que es conmigo y que no le queda mucho?

–¿Y quién le había hablado de nosotras? –preguntó la señora O'Hara.

–Esa mujer del castillo Quin.

–¿Lady Mary?

–Sí, esa solterona lenguaraz –exclamó Fred–. Creo que le escribe a mi tía en cada correo.

–¿Y qué puede decir de nosotras de malo?

–Sí que dice cosas malas, pero lo mismo da. Las mujeres así siempre dicen cosas malas de otras que son hermosas.

–Mire, madre, eso iba por usted –se rió Kate–. A mí me da igual lo que diga.

–Si lo que le cuenta a su tía es que vivimos en una casita, sin sirvientes ni recibir visitas, y con sólo lo justo para vivir, entonces le dice la verdad.

–Eso es justo lo que le cuenta, y después se pone a dar la lata con el asunto de la religión. No le hagan ni caso. Como comprenderán, mi tío es muy anticuado para esas cosas, pero está muy mayor, y tenemos que esperar.

–Esperar es tan cansado... –comentó la señora O'Hara.

–A mí no me cansa en absoluto –dijo Kate.

Después Fred las dejó, sin que hubiese llegado a mencionar al capitán. Era un asunto que le resultaba muy incómodo nombrar, por lo que pensó, mientras estaba con ellas, que tal vez sería mejor que hiciese las primeras pesquisas a través del cura. Sin embargo, nadie le volvió a decir ni una palabra del capitán aparte de lo que le había contado su barquero, pues resultó que no vio al sacerdote hasta casi finales de mayo, y durante todo ese tiempo las cosas fueron de mal en peor. Por lo que respectaba a los servicios que pudiese prestar al ejército en ese periodo de su carrera, las excusas que le había puesto a su tío no eran válidas en absoluto. Hemos de suponer que fingía hacer algún trabajo rutinario que fuese verdaderamente necesario, pero cada vez pasaba más tiempo en el mar o en los acantilados con Kate, o en el camino haciendo el trayecto de ida y vuelta, que en el cuartel. Se sabía que en octubre iba a dejar el regimiento para volver a casa y convertirse en una insigne personalidad, por lo que sus compañeros oficiales eran amables con él. Y también se sabía, por supuesto, que había una joven en la costa allende Ennistimon, y sin duda se bromeaba sobre el asunto. Sin embargo, en Ennis no había nadie con él que le despertase el suficiente miedo o autoridad que podrían haber servido para salvarle. Lady Mary Quin seguía enviando sus informes, y las cartas de su tía estaban llenas de precauciones y ruegos. «Me dicen –le escribía su tía en una de sus cartas, que ahora él tanto detestaba–

que esa joven tiene un padre malvado que se ha escapado de galeras¹. Fred, por favor, no nos hagas sufrir». Él casi se había olvidado ya del capitán cuando recibió este nuevo rumor que le llegó a través del castillo Quin y de Scroope Manor.

Todo iba de mal en peor. La madre le dejaba que estuviese en la casita todo lo que quisiese, y que la chica pasease a su antojo con él por los acantilados. Así era, por más que el padre Marty había advertido en más de una ocasión a la señora O'Hara de que era una imprudencia.

–¿Y qué puedo hacer? –replicaba ella–. ¿No me ha enseñado usted mismo a creer que él tiene buenas intenciones?

–Hable un poco con la señorita Kate al respecto.

–¿Y qué le puedo decir a estas alturas? Ya lo ve como su marido ante Dios.

–Pero no es su marido en modo alguno que pueda evitar que se case con otra si así le place. Y, créame, señora O'Hara, a esta clase de jóvenes les gusta mucho más una chica si ella se muestra un poco remisa.

–Ya es demasiado tarde para decirle que se comporte con él con cierta indiferencia, padre Marty.

–No estoy diciendo que la señorita Kate vaya a perder a su enamorado. Espero poder unirlos yo mismo, y le aseguro que bien rápido que lo haré. Entretanto, que ella se muestre más reservada.

Era muy buen consejo, pero la señora O'Hara no sabía cómo ponerlo en práctica. Le podía decir al joven que le arrancarían el corazón si las engañaba, y mirarlo de un modo que confirmase que lo decía en serio. Tenía valor de sobra para cualquier emergencia que pudiese surgir, pero, ahora que le había dado vía libre al enamorado para que fuese a la casita cuando quisiera, no sabía cómo ponerle trabas, ni tampoco quería hacer sufrir a Kate planteándole algunas dudas. Y si le dijera a él que no apareciese tanto por allí, ¿no lo podrían perder para siempre? Pues claro que las podría abandonar, y entonces se morirían.

En efecto, todo iba de mal en peor, y entre otras cosas porque él estaba más encaprichado de la chica que nunca. Había considerado si sería posible dejarla cuando estaba en Scroope; ahora que se encontraba en el condado de Clare, no vacilaba en decirse que sería imposible. Ya podía pasar lo que

pasara, y tener que actuar él con falsedad con quien fuese, que con ella siempre mantendría su palabra. Al menos mantendría su palabra de que nunca la abandonaría. Aunque no llegase a hacerla su esposa legal en todos los sentidos, siempre la trataría como si lo fuese. Cuando muriera su tío el conde, cuando llegase el momento en que pudiera tomar todas las decisiones con absoluta libertad, ya encontraría la mejor forma de conseguirlo. Si era cierto que el padre de su Kate era un convicto huido de galeras, sería sin duda una razón añadida para que ella no fuese la condesa de Scroope. Hasta la propia señora O'Hara lo entendería. Con Kate, con su Kate, no creía que hubiese ninguna dificultad.

¡De mal en peor! Ay, ay, y llegó el día en que la inestimable valía de la chica a la que amaba se hundió en la nada, se desvaneció y se perdió por completo, incluso a ojos de él. ¡Pobre desdichada, a la que se había concedido belleza, gracilidad y dulzura, y además, y mejor aún, una inocencia tan inmaculada como la blancura del plumaje del pecho de una paloma, pero a la que, ay, no se había concedido un protector lo bastante fuerte para proteger su dulzura, o una guardiana lo bastante sabia para preservar su inocencia! Para ella, él era como un dios, noble, excelso y prácticamente santo. Era el hombre que el destino, en un exceso de amabilidad, le había enviado para que fuese la alegría de su existencia, el manantial de su vida, el fuerte báculo de su debilidad. ¡No creer en él sería la traición más abyecta! ¡Perderle sería morir! ¡Negarlo a él sería negar a Dios! Y ella le entregó todo, y así su inestimable valía desapareció para siempre a ojos de él.²

Un día, hacia finales de mayo, estaba sentado con ella en el borde del acantilado, contemplando el océano y escuchando las olas, cuando se le ocurrió que tampoco iba a pasar nada porque le preguntara por su padre. Era absurdo que tuviese que andarse con remilgos con Kate. Era muy bueno con ella, y tenía intención de seguir siéndolo siempre, pero no dejaba de ser fundamental que supiese la verdad. Tal vez no fuese consciente de que se estaba volviendo más brusco con ella de lo que solía. Desde luego Kate no era consciente de eso, aunque a veces le contestaba con cierto toque de sobrecogimiento. Ella sabía que ahora le mostraba una obediencia absoluta en todas las cosas de un modo que antes no acostumbraba a hacer, pero es que

era maravilloso obedecerle, y una gran alegría tener tal amo y señor. Si él la reprendía, lo hacía con un brazo alrededor de su cintura, para que ella pudiese mirarlo a la cara y sonreír mientras le prometía que sería buena y seguiría sus indicaciones en todo. Ahora él le había estado hablando de algún fallo que había encontrado en su vestido, y ella le había explicado que esos fallos eran normales cuando escaseaba tanto el dinero. Entonces Fred se había ofrecido a hacerle regalos. Un regalo ella lo aceptaba, por supuesto; ya le había aceptado regalos que consideraba auténticos tesoros; pero él no debía pagarle las cosas hasta que... hasta que... Volvió a mirarlo a la cara y a sonreír.

–¿Estás enfadado conmigo?

–Kate, hay una cosa que quiero preguntarte.

–¿Qué es?

–Cualquiera que sea la respuesta, no te pienses que pueda significar que haya alguna discrepancia entre nosotros.

–No, espero que no –dijo ella temblando.

–No significará ninguna –afirmó él con toda la seguridad y autoridad de un amo y señor–, por lo que no te tiene que dar miedo contestarme. Me han llegado noticias de un asunto del que yo debería estar informado.

–¿De qué asunto? Ay, Fred, sí que me das miedo. Te diré todo lo que sé de lo que sea.

–Me han dicho que... que tu padre... está vivo. –Inclinó la cabeza para mirarla y comprobó que se le había ruborizado todo el rostro–. Tu madre me dijo una vez que no estaba segura de que hubiese muerto.

–Yo creía que lo estaba.

–¿Y ahora crees que vive?

–Creo que sí, pero tampoco lo sé. Nunca vi tanto a mi padre como para acordarme de él, aunque recuerdo que éramos muy infelices cuando vivíamos en España.

–¿Y de qué te has enterado últimamente? Dime la verdad.

–Pues claro que te voy a decir la verdad, Fred. Creo que madre recibió una carta, pero no me la enseñó. Sólo comentó algo y nada más. Si mi madre lo sabe, seguro que el padre Marty lo sabe también.

–¿Y tú no sabes nada?

–Nada de nada.

–Pues entonces tendré que preguntárselo al padre Marty.

–¿Y supondrá alguna diferencia para ti que esté vivo o no?

–Cuando menos, no la supondrá para ti –contestó él besándola. Y entonces Kate volvió a ser feliz, aunque reptaba por su pecho la sombra de algún mal presentimiento, de un anticipo de pena que, en sí, no era tan amargo como la pena, pero que le enseñó a aferrarse a su amado cuando estaba allí y que le llenaba los ojos de lágrimas cuando pensaba en él en su ausencia.

Ese día la señora O’Hara no estaba en la casita. Kate le explicó que había ido a Liscannor. Él, que había enviado el bote de vuelta a la playa de cerca de ese pueblo, bordeando la punta y adentrándose en la bahía, ya que no podía permanecer bajo las rocas por haber pleamar, le pidió ahora a Kate que lo acompañase por el sendero que conducía al pueblo. Probablemente se encontrarán con su madre por el camino. Kate se puso el sombrero encantadísima de acompañarlo.

–Creo que voy a intentar ver al padre Marty ahora al volver –dijo Fred–. Si de verdad tu madre se ha enterado de algo de tu padre, me lo tendría que haber contado.

–No te enfades con madre, Fred.

–No me enfado contigo, cariño mío –dijo el amo y señor en un tono de autoritaria ternura.

Aunque hubiese insinuado que tenía intención de ir a ver al cura esa misma tarde, cabe dudar de que le complaciese mucho cuando se encontraron con éste y con la señora O’Hara cerca del antiguo cementerio.

–¡Vaya, señor Neville! –exclamó el cura–. ¿Qué, cómo le ha ido este tiempo que hemos estado sin vernos?

–¡Buenos días tenga usted, padre Marty! –contestó Fred, intentando impostar acento irlandés. Los saludos no podrían haber sido más amistosos. El anciano sacerdote se quitó el sombrero y le hizo a Kate una gran reverencia, como si dijera: «A la futura condesa de Scroope le debo un respeto muy especial». La señora O’Hara sostuvo la mano de su futuro yerno unos instantes, como si quisiera asegurarse de retenerlo para su hija por medio de una muestra de afecto por su parte.

–Bueno, señora O’Hara –dijo el cura–, como ahora tengo quien me acompañe de vuelta, creo que no voy a seguir subiendo por esta colina.

Entonces se separaron, y Kate se quedó con aspecto de que le hubiesen arrebatado lo que era suyo y se merecía, ya que su enamorado no le había podido dar un beso de despedida en presencia del cura.

[1.](#) El castigo de remar en galeras terminó en Francia en 1835, mientras que la acción de esta novela parece tener lugar en la década de 1860. Tal vez Trollope sólo pretende decir que el padre de Kate ha estado en la cárcel en Francia, o tal vez lo hizo inspirado por el gran éxito que tuvo en Gran Bretaña *Los miserables* (1862), de Victor Hugo, novela en la que Jean Valjean cumple pena en galeras en la década de 1820.

[2.](#) Tal vez esta presentación explícita (para su época) de una relación sexual fuera del matrimonio fuese una de las razones por las que Trollope, pese a haber escrito la novela en 1870 (en tan sólo un mes, de acuerdo con su habitual rapidez), no la publicó hasta nueve años después, cuando varias novelas de Thomas Hardy, bastante más explícitas, le abrieron el camino.

¿Se va a casar con ella?

–Últimamente no se le ve a usted –dijo el cura en cuanto se separaron de las damas.

–Ya... No hemos conseguido vernos desde que volví, ¿no?

–He estado casi todo el tiempo en casa, pero, claro, a usted le gustan esos acantilados de ahí arriba más que el pueblo.

–Ofrecen más atractivo, padre Marty –contestó Fred riéndose–, aunque con eso no quiero menospreciar en absoluto a Liscannor ni al whisky de Cork.

–El whisky de Cork que no nos falte, señor Neville. ¿Y cómo fueron las cosas con su noble tío?

En esos momentos Neville tenía muchas más ganas de hablar del innoble padre de Kate que de su noble tío. Ya había afirmado su intención de hacer averiguaciones a través del padre Marty, y consideraba que debía hacerlo con cierta actitud autoritaria. Seguía empeñado en sacar su plan adelante, y tal vez estaría en mejores condiciones de tratarlo con el cura si primero hiciese entender a ese amigo de la familia O'Hara lo muy agraviado que se sentía por la «aparición» de un padre de tan mala reputación. Sin embargo, si dejaba que el cura se pusiera a hablar de inmediato de Scroope y de su noble tío, el resultado de esa conversación sería que él tendría que renovar sus promesas con respecto a su futura conducta con Kate O'Hara.

–Lord Scroope no se encontraba muy bien cuando lo dejé. Por cierto, padre Marty, que tenía yo muchas ganas de verle.

–Pues no es que sea muy difícil dar conmigo, señor Neville.

–¿Qué es eso que he oído sobre... el capitán O'Hara?

–¿Y qué es lo que ha oído, señor Neville?

Fred miró al cura a la cara y comprobó que éste, cuando menos, no se sonrojaba. O tal vez al padre Marty ya no le quedaba capacidad para

sonrojarse.

–Para empezar, me he enterado de que existe tal hombre.

–O, como mucho, existió en su momento.

–Entonces ¿cree que está muerto?

–No estoy diciendo eso. Es sólo que... bueno, que hace casi veinte años que no he visto al capitán. Y, cuando lo veía, no me gustaba. Eso se lo puedo asegurar, señor Neville.

–Sí, ya me lo imagino.

–Esa moza de ahí arriba aún no había nacido cuando yo lo veía. También era un hombre apuesto, y podría haber sido un caballero de haber querido.

–Pero no lo era...

–Resulta difícil decir qué es un caballero, señor Neville. No conozco nada que sea tan difícil. Por ejemplo, esas personas del castillo Quin no tendrían el menor escrúpulo en afirmar que yo no soy un caballero tan sólo porque soy un cura católico. Yo lo que digo es que el capitán O'Hara no era un caballero porque maltrataba a una mujer. –Mientras decía eso, el padre Marty se detuvo un momento, se giró y miró a Neville a la cara. Éste soportó la mirada bastante bien. Tal vez en ese instante no entendiera la implicación de esas palabras. Puede que aún tuviese la conciencia tranquila al respecto y pensara que se iba a portar con Kate O'Hara de una forma que no iría en modo alguno en detrimento de su condición de caballero—. Lo cierto –continuó el cura– es que sólo era un embaucador rastrero.

–Supongo que no tendría dinero, ¿no?

–No, ni creo que le importase mucho tenerlo o no. Pero el dinero no es lo importante, señor Neville.

–Por supuesto que no –asintió Fred.

–Esas damas de ahí arriba son tan pobres como Job, pero cualquiera que dijese que no eran damas estaría demostrando que no conocía la diferencia. El capitán O'Hara era de buena familia, señor Neville, si es que eso sirve de algo.

–Una buena cuna siempre cuenta, padre Marty.

–Pues mejor para el capitán O'Hara. Tengo la impresión de que los O'Hara de Kildare no estaban muy orgullosos de él, pero era una astilla de su misma madera, aunque alguien de la familia vio el error de dejar que se

hiciera católico. He de decir, señor Neville, que cuando nos envían segundones de una familia protestante, no nos están enviando de lo mejor.

–Ya lo supongo, padre Marty.

–Aún podemos sacar algo de un pedazo de madera que no se deje tallar, pero de éste no. No es que se pueda decir gran cosa en favor del capitán.

–Pero ¿está vivo o muerto, padre Marty? Creo que tengo derecho a saberlo.

–Me alegra oírle reclamar ese derecho, señor Neville. Tiene derecho a saberlo si esa señorita de ahí arriba va a ser su mujer.

Fred no contestó nada, por más que el cura se detuvo un momento con la esperanza de obtener respuesta. De todos modos, siempre se lo podría volver a preguntar, así que el padre Marty pasó a contarle todo lo que sabía y todo lo que había oído sobre el capitán O'Hara. Estaba vivo. La señora O'Hara había recibido una carta, supuestamente de su marido, en la que le daba una dirección de Londres y le pedía dinero. El padre Marty había visto la carta, y pensaba que tal vez se pudiese dudar de que hubiera sido escrita por el hombre del que estaban hablando. La señora O'Hara había afirmado que, de ser de él, tenía la letra muy cambiada, pero, claro, en doce años la letra de un hombre que bebía demasiado cambiaba. Hacía doce años que la señora O'Hara no recibía ninguna carta de él.

–¿Y qué cree usted?

–Creo que vive, y que escribió la carta, señor Neville. Le estoy contando la verdad y toda la verdad, porque, como he dicho antes, creo que tiene usted derecho a saberla.

–¿Y qué hicieron?

–Escribí a Londres, a un amigo que tengo allí.

–¿Y qué dice su amigo?

–Dice que ha encontrado a un hombre que dice llamarse capitán O'Hara.

–¿Eso es todo?

–Después llegó una segunda carta. La señora O'Hara la recibió justo el último día que estuvo usted aquí. Pat Cleary se la llevó mientras había salido usted con la señorita Kate.

–Supongo que querrá dinero.

–Exactamente, señor Neville.

–Con eso cambian las cosas, ¿no?

–¿En qué cambian las cosas?

–Bueno, claro que cambian. Me extraña que no lo vea. Usted tendría que verlo.

A partir de ese momento, el padre Marty supo en su interior que Kate O’Hara se había quedado sin marido. No es que admitiera ni por un instante que el regreso del capitán O’Hara, si es que de verdad había vuelto, justificaba que el enamorado abandonase a la chica, sino que se dio cuenta de que Neville ya se había permitido contemplar esa excusa. A juicio del cura, todo el asunto había estado siempre lleno de peligros, ¡pero es que el premio era tan grande! Desde el principio le había caído bien ese joven, y nunca había dudado –ni dudaba ahora– de que, una vez casado, haría con su esposa lo que debía. Incluso en el caso de que Kate fracasara y saliera de la competición con el corazón chamuscado –lo cual era algo que al padre Marty le parecía muy probable–, el premio seguiría siendo muy elevado y la chica, pensaba él, era de las que podrían sobrevivir a un golpe así. Sin embargo, últimamente había cambiado de opinión a ese respecto. Kate había demostrado ser capaz de sentir tanta pasión que ahora el cura pensaba que saldría más que chamuscada si el fuego fuese de los que hieren en lugar de acariciar. Pero las promesas de este hombre habían sido tan firmes, tan reiteradas, tan claras, que el padre Marty casi se había atrevido a albergar la esperanza de que el asunto no tuviese vuelta atrás. Y ahora, ay, acababa de darse cuenta de que el lord inglés embrionario ya estaba buscando una forma de escapar, y de que creía haberla encontrado en ese desafortunado regreso del padre. Ni el cura sabía hasta dónde podría llegar la pena de Kate, pero estaba decidido a luchar esa batalla hasta el final. Este hombre tenía que casarse con la chica o él, el padre Marty, párroco de Liscannor, se enteraría del motivo. Tenía por costumbre querer enterarse de los motivos de las cosas de las que se ocupaba. Y cuando oyó lo que le dijo Neville y captó el tono que empleó, supo que el joven estaba preparándose el modo de huir.

–No veo que cambien las cosas en absoluto –dijo en tono cortante.

–Si ese hombre tiene mala reputación...

–Eso no significa que la hija también la tenga. La situación de ella sigue siendo la misma.

–Tengo que pensar en los míos.

–Tendría que haber pensado en eso antes de declararse a la señorita, señor Neville. –Éste, a esas alturas, sabía mejor que el cura que eso era una gran verdad, pero de momento aún era su secreto—. No me irá a decir que, porque el padre no sea todo lo que debiera ser, hay que deshacerse de ella. No creo que ésa sea la idea que tiene usted del honor. ¿Acaso no le ha prometido que se casará con ella? –El cura esperó respuesta, pero el joven no se la dio—. Pues claro que se lo ha prometido.

–Supongo que eso le habrá dicho ella.

–¿Y a quién le iba a contar lo que le pasaba? ¿A quién iba a acudir en busca de consejo? No obstante, fue usted el que me lo dijo.

–Yo nunca he hecho eso.

–¿No me juró que nunca le haría daño? ¿Y por qué tendríamos que haber hablado usted y yo de ella de no haber visto yo lo que iba a pasar? Cuando un joven como usted decide pasar las horas, día tras día y semana tras semana, con alguien como ella, con una jovencita hermosa, una damisela dulce e inocente, tan dulce que hasta un cura viejo como yo siente que el mismo aire que respira está perfumado y santificado, ¿no significa una de dos cosas, o que quiere casarse con ella o, si no, que quiere algo tan vil que no lo voy a nombrar en relación a Kate O’Hara? En su momento, como amigo de su madre y de ella, como el único amigo que tenían cerca, le hablé a usted con toda claridad, y usted me juró que no tenía la menor intención de hacerle ningún daño.

–Y no le haría ningún daño por nada del mundo.

–Cuando usted me dijo eso, afirmó con toda claridad que se casaría con ella. Ella nunca me ha hablado de eso. Su madre sí. A diario la señora O’Hara me ha confiado sus esperanzas y sus miedos. Y por Dios nuestro Señor a quien venero y Su Hijo en quien reposan todas mis esperanzas, que no me gustaría estar en el lugar de usted si pretende decirle a esa mujer que, después de todo lo que ha pasado, tiene intención de dejar a su hija.

–¿Y quién ha dicho nada de dejarla? –exclamó Neville furioso.

–Dígame que va a cumplir su palabra, que la va a hacer su mujer ante Dios y los hombres, y humildemente le pediré perdón.

–Lo único que digo es que, si viene ese capitán O’Hara, será todo un

incordio.

–Si eso es todo, no hay más que hablar. Sí, sería un incordio, pero no creo que llegue a venir. En el caso de que insista, la señora O’Hara tendrá que enviarle un poco de dinero. No será difícil de hacer. Ella nunca le pedirá a usted que le proporcione los medios para mantener a su marido.

–No se trata de dinero. Parece que no comprende usted mi situación, padre Marty. –Neville consideró que, si le iba a explicar su plan al cura, ése era el momento de hacerlo. Habían llegado al cruce en el que un camino llevaba al pueblo y a la casa del padre Marty, y el otro al lugar de la playa en el que el bote lo estaría esperando–. No puedo seguir hasta Liscannor –dijo Fred.

–Antes de despedirnos, deme su palabra de que no va a romper la promesa que le hizo a la señorita O’Hara –insistió el cura.

–Acompáñeme unos cuantos metros más y le explico la situación en que me hallo. –El padre Marty asintió y ambos continuaron hacia la playa, caminando muy despacio–. Si sólo se tratara de mí, lo dejaría todo por la señorita O’Hara. Estoy dispuesto a dejarlo todo por lo que a mí concierne. La quiero tanto que significa más para mí que todos los honores y riqueza que me llegarán cuando muera mi tío.

–¿Y qué le impide tener a la chica a la que ama y los honores y riqueza de su tío todo a la vez?

–Ésa es precisamente la cuestión.

–Le aseguro que no veo dónde está el problema. Es usted su propio dueño. El anciano conde no podría desheredarle ni aunque quisiera.

–Pero estoy obligado a algo.

–¿Cómo que obligado? ¿Quién lo puede obligar a nada?

–Estoy obligado a que la señorita O’Hara no se convierta en condesa de Scroope por casarse conmigo.

–¿Y qué le obliga? Los cientos de promesas que le ha hecho lo obligan a casarse con ella.

–He jurado que ninguna católica se convertirá en condesa de Scroope por casarse conmigo.

–En ese caso, señor Neville, permítame que le diga que debe romper su juramento.

–¿Me pide que cometa perjurio?

–Ya lo creo que sí. No le queda más remedio que cometerlo por algún lado al haber hecho semejante juramento, puesto que también ha jurado repetidas veces que se casaría con esta señorita católica. ¡Que no convertirá a una católica en condesa de Scroope! De verdad que no puedo con la insolencia de algunos de ustedes los protestantes. ¡Como si nosotros no tuviéramos condesas para ganarles con diferencia! No soy yo quién para llamar nada a nadie, pero si aquí hay algún advenedizo, se ve enseguida quién es. Su tío es un hombre mayor, y, por lo que me dice, se acerca su fin. Yo no digo que no deba usted respetar incluso sus debilidades, pero no creo que me pueda usted mirar a la cara y decirme que, después de todo lo que ha pasado, esa señorita va a terminar tirada en la cuneta como si fuese una rosa arrancada, porque un anciano haya dicho una tontería, o porque un joven haya hecho una promesa perversa.

Se habían vuelto a detener, y Fred se había levantado el sombrero y se rascaba la frente mientras intentaba encontrar la mejor forma de exponerle su plan al cura. Aún perduraba en parte en él la idea de que, como el padre Marty era un cura católico, que vivía en un pueblo de la costa más occidental de Irlanda, que oía día y noche el rugido del Atlántico y bebía ponche de whisky, tenía que ser un personaje romántico, medio bárbaro e incluso más que medio dado a saltarse las leyes. Los cronistas de la historia de Irlanda han hecho que los curas de ese país realizasen hazañas maravillosas, y Fred Neville pensaba que podría convencer a este cura, con tal de que consiguiese plantearle la cuestión de la forma más adecuada, para que hiciese por él algo romántico, maravilloso y quizá casi fuera de la ley. Pero lo cierto es que habría sido difícil encontrar un hombre más práctico y honrado que el padre Marty, y, además, a Neville también le resultaba muy difícil sacar el tema. Permaneció con el rostro algo apartado y la gorra de marinero levantada mientras se rascaba la frente.

–Si pudiese ver lo que siento –dijo–, sabría que le estoy diciendo toda la verdad.

–Y me repugnaría tener que ponerlo en duda, señor Neville.

–Renunciaría a todo con tal de que Kate pudiese ser mía.

–Pero no tiene por qué renunciar a nada para que sea suya.

–Dice eso porque no lo entiende del todo. Hay que dar por descontado que

nunca podrá ser la condesa de Scroope.

—¿Darlo por descontado? —exclamó el anciano, mientras sus ojos despedían fuego.

—Escúcheme un momento. Me casaré con ella mañana mismo, o el día que usted decida, si podemos arreglar el matrimonio de manera que ella nunca sea más que la señora Neville.

—¿Y qué sería usted?

—El señor Neville.

—¿Y qué sería su hijo?

—Pues... lo mismo, cuando creciera. Aunque, quién sabe, quizá no tendríamos hijos.

—Y no quiera Dios que los tengan en esas condiciones. Lo que usted pretende es que los hijos que tenga con ella sean... ¡bastardos! Eso es lo que pretende, señor Neville. —Todo el lado romántico del asunto pareció desvanecerse por completo cuando se lo plantearon de ese modo tan prosaico—. En cuanto a como quiera llamarse usted, eso a mí me daría exactamente igual, y yo diría que a ella tampoco le importaría mucho. Pienso que un hombre no necesita decirse lord a menos que le fascine serlo, y que tampoco necesita llamar condesa a su mujer. Pero, señor Neville, cuando se case usted con la señorita O'Hara, y muera su tío, no podrá haber ninguna otra condesa de Scroope, y el hijo de ustedes dos tendrá que ser el heredero del título de su tío.

—Ella tendrá todo lo que yo le pueda dar, menos precisamente eso.

—Pero es que también ha de tener eso. Ha de ser su mujer ante Dios y ante los hombres, y sus hijos deben serlo del honor y no de la vergüenza.

¡Ay, si llega el cura a saberlo todo!

—Viviríamos en el extranjero, y su madre vendría con nosotros.

—¡Me está diciendo que se llevaría a Kate como su querida! ¡Y me lo plantea a mí! Le doy mi palabra, señor Neville, de que no entiendo lo que pretende decirme. ¿Se va a casar con ella?

—Sí —contestó Neville, al que lo alterado que se sentía en esos momentos instó a hacer tal afirmación con más vehemencia de la que pretendía.

—Entonces su hijo, si llegara a tenerlo, ha de ser el futuro conde de Scroope. Y que sea protestante, o lo que quiera usted.

–No me entiende, padre Marty.

–Sí, tiene usted razón, no le entiendo. Pero ya estamos en la playa, señor Neville, y me quedan por recorrer tres kilómetros por la costa hasta llegar a Liscannor.

–¿Quiere que lo lleve Barney en el bote?

–No, me voy andando. Adiós, señor Neville. Pese a todo, me alegro de oírle afirmar con tanta claridad que está decidido, cueste lo que cueste, a casarse con esa encantadora joven.

Eso lo dijo, casi entre susurros, mientras estaban muy cerca del bote, con una mano en el hombro de Neville. Hizo una breve pausa, como si quisiera dar especial énfasis a sus palabras, durante la que Neville no se atrevió o no fue capaz de disentir de esa aseveración. Ciertamente el padre Marty no tenía una actitud muy romántica con respecto a ese asunto que estaban tratando.

Neville regresó a Ennis muy deprimido, dándole vueltas al tema casi desesperado. ¡Eso había resultado de sus aventuras! Sin duda podría casarse con la chica, con tal de que pospusieran la boda hasta después de que muriese su tío. Que él supiera, aún cabía esa posibilidad. Sin embargo, de hacerlo, deshonraría a su familia y se deshonraría a si mismo por romper la solemne promesa que había hecho. Y, en ese caso, se sentiría agobiado, y probablemente no soportaría la clase de vida que supondría ser el conde de Scroope teniendo al capitán O'Hara de suegro. Ahora se daba cuenta de que todos sus verdaderos amigos afirmarían que se había arruinado la vida al contraer semejante matrimonio.

Por otro lado, estaba claro que no podía abandonar a Kate. No podían obligarlo a casarse con ella, aunque probablemente sí que pudieran hacérselo pagar muy caro si no lo hacía. Si consiguiera volverse más fuerte e inflexible, tal vez tuviese oportunidad de escapar de todo eso. Pero no era fuerte e inflexible, y estaba convencido de que, de escapar de ese modo, le quedaría una desazón que sería insoportable. Ya estaba empezando a odiar la costa de Irlanda, y a pensar que toda la penumbra de Scroope Manor era preferible a ella.

Fred Neville recibe una visita en Ennis

Durante algo más de tres semanas tras su paseo con el cura, Neville no vio a ninguna de las dos damas de Ardkill. La correspondencia era frecuente entre la casita y el cuartel de Ennis, pero, según el propio Fred, las obligaciones militares lo retenían con su tropa. Explicó que había estado mucho tiempo ausente, y que ahora el capitán Johnstone se estaba tomando la parte de asueto que le correspondía. Se encontraba solo en el cuartel y no podía salir. Había algo de cierto en eso, tal vez provocado por el hecho de que, como él no se movía, Johnstone sí que lo hacía. Éste no dejaba de ir y venir del castillo Connel para pescar, así que Neville especificaba con mucho detalle que, de momento, se veía obligado a renunciar a todos los placeres de la costa. No obstante, esos días fueron de mucho sufrimiento para él.

La condesa de Scroope le envió un breve relato de la vida del capitán O'Hara. El abogado de la familia, a instancias del conde –decía ella, aunque probablemente su propia injerencia hubiese tenido más fuerza que la de él–, había hecho ciertas pesquisas. El capitán O'Hara, el marido de la dama que ahora vivía en la costa del condado de Clare, y que era sin duda el padre de la señorita O'Hara a la que Fred conocía, había pasado al menos diez de los últimos años de su vida preso en galeras en el sur de Francia. Había estado implicado en una enorme estafa en Burdeos, de allí se lo habían llevado a Tolón, donde había vivido a cargo del estado francés, y ahora se encontraba en Londres. La condesa, al enviar a su sobrino esa interesante historia, acompañada de numerosas pruebas documentales, añadía que estaba convencida de que él no degradaría tan profundamente a su familia pensando en ningún momento en emparentar con personas de tan mala reputación, pero que, después de todo lo que había pasado, su tío esperaba una nueva confirmación de él en ese sentido. Fred contestó a la carta furioso. No entendía a santo de qué había que sacar a relucir la historia del capitán

O'Hara. Ese hombre no tenía nada que ver con él. Suponía que todo habría salido del castillo Quin, y él no se creía nada de lo que procediera de ese lugar. Ya había hecho una promesa en su momento, por lo que no veía por qué habrían de pedirle que la reiterara. No le parecía justo que le hiciesen la vida más difícil por culpa de los inmundos rumores que llegasen del castillo Quin. Ése era el tenor de la carta que escribió a su tía, pero incluso esa respuesta le bastaba para tener la casi absoluta certeza de que jamás podría casarse con Kate, pues en ella constataba que se había comprometido a no hacerlo. Y además, pese a todo lo que decía sobre las falsedades que salían del castillo Quin, él se creía la historia, con lo cual era del todo imposible que se casara con la hija de un antiguo galeote. No creía que ningún jurado inglés lo considerase obligado a cumplir la promesa que había hecho. Por supuesto que haría todo lo que pudiese por su querida Kate, pero, pese a lo que había habido entre ellos, él no podía mancillarse casándose con la hija de un hombre tan vil. ¡Pobre Kate! Lo que pudiese sufrir no sería por culpa de él, sino de su padre.

Entretanto, las cartas que le mandaba Kate se fueron volviendo cada vez más frecuentes y cada vez más tristes, siempre llenas de súplicas que iban en aumento. Al final llegaban en cada correo, por más que Fred sabía lo difícil que le debía de resultar a Kate encontrar a diario mensajeros que fuesen a Ennistimon. ¿Es que no iba a ir a verla? Tenía que ir a verla. Estaba enferma y se moriría si él no iba a verla. Fred no contestaba siempre a esas cartas, sino que le escribía unas dos veces por semana. Iría a verla muy pronto, en cuanto Johnstone volviese de pescar. No había motivo para que su Kate se preocupara, pero estaba claro que él no podía estar siempre en Ardkill, ya que también tenía sus propias preocupaciones. A continuación, añadía que había recibido unas cartas de casa que lo intranquilizaban mucho, con cierto tono de brusquedad en sus palabras que provocaron en Kate una sarta de lamentaciones en las que, no obstante, las lágrimas y los gemidos aún no adoptaban la forma de reproches. Entonces le llegó una breve nota de la señora O'Hara: «Le ruego que venga a Ardkill de inmediato. El bienestar de Kate depende por completo de que venga».

Cuando la recibió, se dijo que iría a la mañana siguiente, pero, al llegar ésta, decidió posponer el viaje un día más. ¡La llamada del deber es mucho

menos imperiosa que la del placer! Ese día de más aún tenía intención de ir, mientras estaba sentado al mediodía sin tirantes y a medio vestir en su habitación del cuartel. Su amigo Johnstone había vuelto a Ennis y también había un corneta³ en la compañía. No tenía la menor excusa para quedarse ese día alegando obligaciones militares. Sin embargo, allí se quedó, perdiendo el tiempo y pensando en muchas cosas. Todo el encanto de la aventura se había esfumado. Estaba harto del bote y de Barney Morony. No le importaban un pimiento las focas y las gaviotas. El gemido del océano a los pies del acantilado ya no le resultaba agradable, y, en cuanto a los gemidos de la cumbre, a decir verdad le daban miedo. El largo trayecto de ida y vuelta le era muy tedioso. Ahora pensaba más en la respetabilidad de su familia que en la belleza de Kate O'Hara.

Aun así, tenía intención de ir, y pensaba hacerlo ese mismo día. Había pedido que le prepararan la calesa y había enviado recado de que podría partir en cualquier momento. Sin embargo, era mediodía y seguía en bata, sin tirantes, con una novela en la mano que era incapaz de leer y una pipa al lado que era incapaz de fumarse. Junto a él, sobre la mesilla, estaba el informe de la vida del capitán O'Hara que le había enviado su tía, y que ya había escrutado palabra por palabra tres o cuatro veces. Estaba claro que no se podía casar con ella. La señora O'Hara lo había engañado. Seguro que sabía que su marido era un convicto, pero se había guardado esa información para conseguir atraparlo y que se casara con su hija. Haría por Kate todo lo que se pudiese conseguir con dinero. O, si daban su consentimiento, se la llevaría a algún clima soleado y lejano, en el que las aventuras aún podrían ser agradables, y le entregaría por completo... al menos parte de su tiempo. Aún no había arruinado su vida, pero sin duda la arruinaría si él, el heredero del condado de Scroope, se casaba con la hija de un hombre que había estado en las galeras francesas. Acababa de decidir que se mantendría firme en su resolución cuando se abrió la puerta y entró la señora O'Hara en la habitación.

—¡Señora O'Hara!

Antes de hablar, ésta cerró la puerta con cuidado tras ella para excluir al sirviente militar que había intentado impedir su entrada.

—Sí, señor. Como usted no ha querido ir a vernos, me he visto obligada a

venir yo. Lo sé todo. ¿Cuándo se va a casar con mi niña?

Sí. Atormentada por la desazón, la pobre chica le había confesado a su madre su deshonra; o, más bien, sintiéndose tan débil había dejado que el secreto se le escapara de los labios. Le esperaba el terrible castigo que, pese a ser el pecado cosa de los dos, siempre cae con un peso aplastante sobre ella, que de los dos pecadores es con diferencia la menos culpable. Cuando Kate fue consciente de su condena, tan sólo se sintió unida por unos lazos del amor aún más fuertes a aquel que la había herido con tanta crueldad. Ella ya era suya antes, pero ahora era más suya que nunca. Tenerlo cerca, y que le diera órdenes que ella pudiese obedecer, era el consuelo que codiciaba, el único consuelo que le podría valer de algo. Apoyarse en él y susurrarle, con el rostro apartado y de manera entrecortada, unas fervientes palabras que le transmitieran una verdad que sería un gozo para ella que él hiciese realidad, era lo único que podía devolverle la esperanza. Que acudiese junto a ella, para que pudiese esconder el rostro en su pecho. Pero él no había ido, y entonces, de la mejor forma que sabía, Kate había volcado todo su corazón en las cartas que le había escrito. Después se abatió por completo, desfalleció y, al arrodillarse su madre junto a ella, dejó que se le escapara el secreto.

La sala de estar que tenía Fred Neville en Ennis no estaba preparada para recibir damas. Era muy tosca, como acostumbran a serlo los barracones de los cuarteles situados en la periferia de las pequeñas ciudades del oeste de Irlanda, y también estaba muy desordenada. Las personas más prudentes y cabales apenas habrían podido entender por qué un joven, con unas perspectivas y riqueza actual como las que poseía Neville, decidiría pasar un año en una habitación así, en contra de los deseos de sus seres queridos, cuando tenía todo Londres a su disposición, así como el continente, montones de las mejores casas de Inglaterra y el esplendor de su finca de Scroope. Había escopetas y fustas por todas partes, apenas media docena de libros y unos cuantos papeles. Sobre una mesa que parecía un tocador yacían un par de espadas. No llegaba ni a la mitad la extensión de habitación forrada de moqueta, y, aunque había tres grandes sillones, hasta éstos estaban desvencijados y sucios. Sin embargo, todo eso era compatible con el espíritu de aventura, y mientras las aventuras fuesen románticas y en absoluto problemáticas, el cuartel de Ennis le había parecido mucho más preferible a

la lúgubre grandeza de Scroope.

¡Y ahora la señora O'Hara estaba allí, diciéndole que lo sabía todo! Fred entendió perfectamente a lo que se refería. Y ahora los argumentos que utilizaría en contra de él con respecto al matrimonio serían más fuertes que nunca. Una sonrisa tonta y apenada se dibujó en su apuesto rostro según intentaba darle la bienvenida y movía una silla para que tomase asiento.

—Cuánto lamento que se haya tenido que tomar la molestia de venir hasta aquí —dijo.

—Eso es lo de menos. ¿Cuándo se va a casar con mi niña?

¿Qué podía contestar él a eso? En medio de todas sus dificultades, había conseguido tomar una determinación. Había decidido que, por muchas presiones que recibiera, no se casaría con la hija de O'Hara, el galeote. Hasta ahí sabía lo que tenía que hacer. ¿Debía nombrar de inmediato a dicho galeote y, dando muestras de gran pesar, negarse a contraer tal alianza por esa razón? Tras haber deshonrado a la hija de esa mujer, ¿debía ahora escudarse en la deshonra de su marido? Ciertamente es que eso es lo que pretendía terminar haciendo, pero en ese momento semejante tarea habría requerido de un corazón más insensible que el suyo. Ella se levantó de la silla y se detuvo muy cerca de él, mientras repetía su exigencia:

—¿Cuándo se va a casar con mi hija?

—¿Quiere que le conteste en este preciso instante?

—Sí, en este preciso instante. ¿Por qué no habría de hacerlo? Ella me lo ha contado todo. Señor Neville, no piense sólo en ella, sino también en su hijo.

—Espero que no sea así.

—Pues yo le digo que es así. Y ahora contésteme. ¿Cuándo se va a casar con mi Kate?

Él seguía teniendo muy claro que esa clase de consumación era imposible. La propia madre, tal y como la tenía delante de él en esos momentos, parecía una mujer muy distinta a la discreta y atractiva viuda, briosa pero contenida, que había conocido, o que creía haber conocido, en Ardkill. La impresión que ella le había causado entonces era la de alguien con quien a él no le avergonzaría emparentar en el futuro. La había visto como una dama cuyas vestimentas, pese a su pobreza, eran las apropiadas para la vida reclusa que llevaba. Pero ahora, aunque sólo hubiese salido de su nido entre las rocas

para ir a Ennis, ni siquiera parecía estar en condiciones de poder mantener tan exiguo trato con el mundo, y en el modo de reiterarle su exigencia tampoco hablaba como lo haría una dama. Todos sus familiares tendrían derecho a quejarse si llevase a semejante mujer a Inglaterra como madre de su esposa.

–No puedo contestar a eso así de pronto –dijo Fred.

–¿Se atreve a decirme que piensa abandonarla?

–Por supuesto que no. Iba a ir a Ardkill hoy mismo. Ya he mandado que preparen la calesa. Espero que Kate se encuentre bien.

–No, no se encuentra bien. ¿Cómo va a estar bien?

–¿Y por qué no? Yo no sabía nada. Si hay algo que Kate quiera que le lleve, sólo tiene que decírmelo usted.

Por mor del profundo desprecio que sentía por Fred en ese momento, probablemente la señora O'Hara se olvidase de que era casi imposible que ningún hombre se comportase con dignidad en la situación en que él se hallaba. Tras haber llegado a ese punto por culpa de su mala conducta, ahora no encontraba ninguna buena que pudiese adoptar. Los moralistas podrían decirle que tenía que casarse con la chica, independientemente de quiénes fuesen sus padres, pero él se resistía a hacerlo, no sólo por su juramento, sino por la convicción de que su máxima obligación era salvar a su familia de cualquier degradación. Y, sin embargo, a una madre como la señora O'Hara que le planteaba esa exigencia, la cual estaba respaldada por las circunstancias, ¿cómo podía decirle la verdad y alegar que estaba en juego el honor de su familia? Su situación era tan difícil que no podía comportarse con dignidad, y ni siquiera decirle lo que verdaderamente ocurría. La madre repitió la pregunta:

–Hay algo que debe hacer usted por ella antes de pensar en cualquier otra cosa. ¿Cuándo se va a casar con Kate?

Durante un instante estuvo a punto de decirle que no podía ser mientras viviese su tío; sin embargo, enseguida cayó en la cuenta de que había dos objeciones a eso que estaban directamente enfrentadas entre sí, pero que eran tan fuertes que volvían muy peligrosa esa respuesta. Implicaría hacer la promesa, que desde luego no tenía intención de cumplir, de casarse con la chica después de que muriese su tío, y, aunque prometiese mucho más de lo que pensaba hacer, desataría la ira incontrolable de la mujer que tenía delante.

El que él vacilase ahora –ahora, en el estado actual de su Kate– en cumplir con los votos matrimoniales que le había hecho a esa joven inocente, provocaría una furia en la madre a la que le daba miedo enfrentarse. Fred se levantó y caminó por la habitación, mientras ella lo miraba fijamente y a cada cierto intervalo le repetía su exigencia:

–No hay tiempo que perder. ¿Cuándo se va a casar con mi niña?

Finalmente Fred hizo una propuesta a la que la señora O’Hara asintió. La noticia que ella le había llevado lo había cogido por sorpresa y estaba profundamente conmocionado. Por supuesto, Kate, su queridísima Kate, lo era todo para él. Le pedía que le dejase esa tarde para reflexionar sobre el asunto y a la mañana siguiente él iría a Ardkill sin falta. La madre, con el rostro bañado de lágrimas, decidió que, si él intentaba engañar a su hija y huir de ella, lo perseguiría hasta el fin del mundo, pero, consciente de que en ese momento no podía coaccionarlo más, aceptó la repetida promesa de que iría al día siguiente y al fin se marchó.

[3](#). Es el oficial que llevaba la bandera en los regimientos de dragones.

El triunfo de Neville

Fred permaneció a solas en su habitación, sin moverse, un par de horas después de que lo dejase la señora O'Hara. ¿De qué modo podía escapar del sufrimiento y la perdición que parecían rodearle por todas partes? Le pasó por la cabeza la idea de que sería mejor que huyera y escribiese diciendo toda la verdad desde la distancia comparativamente segura de su club londinense. Sin embargo, sería un comportamiento tan ruin que jamás podría volver a ir por el mundo con la cabeza alta. La chica había confiado en él y, por hacerlo, había terminado en esa triste situación. No podía abandonarla. Antes que eso, era mejor que fuera y soportara toda la ira que le aguardaba. Seguiría queriendo con mucho cariño a Kate si ésta aceptaba su amor sin el nombre que no podía darle. Entregaría su vida entera a ella. La cubriría de todos los lujos que se pudiesen comprar con dinero. Tenía que ir y hacerle ese ofrecimiento. Los frascos de ira que sin duda le verterían sobre la cabeza no procederían de ella. En el fondo de su corazón les tenía mucho miedo al cura y a la madre. No obstante, hay momentos en los que un hombre se siente obligado a enfrentarse a lo que más teme, y el que no lo hace en momentos así es un cobarde.

Decidió que partiría a primera hora de la mañana siguiente. Esas horas intermedias se le hicieron muy tristes y opresivas, y toda la vida le parecía un gran problema. ¡Cuán infinitamente preferible habría sido que se hubiese dejado convencer un año antes de que sus obligaciones exigían que dejase el ejército de inmediato! Pero él se lo había buscado, y ahora se tenía que aguantar. No había forma de que eludiese ese viaje a Ardkill. Aunque la ira de aquellos dos fuese insoportable, no le quedaba más remedio que ir y resistirla.

Al día siguiente desayunó temprano, y antes de las nueve se montó en la calesa. Tenía que enfrentarse al enemigo, y, cuanto antes lo hiciera, mejor. Su

principal dificultad estribaba en concretar la propuesta que iba a hacer y las palabras que emplearía. Todas las dificultades se allanarían y todos los peligros se despejarían si sólo decía que se casaría con Kate en cuanto lo permitiesen los formalismos legales. Sabía que el padre Marty se encargaría de todo eso, y que el matrimonio podría llevarse a cabo. Había terminado por comprender que el cura era más práctico que romántico. Sin embargo, sería una cobardía tan mezquina como su otra cobardía. Se sentía atado a las obligaciones que tenía con su familia. De renovar ahora su promesa de matrimonio, lo estaría haciendo por miedo y no por deber, y eso sería una mezquindad. Ya podían despedazarlo, que nunca obtendrían esa promesa de él. Entonces pensó en el capitán, y se dio cuenta de que tenía que aprovecharlo al máximo. ¿Acaso era concebible que él, el heredero de la familia Scroope, se viera obligado a casarse con la hija de un convicto que había vuelto de galeras? ¿Y no era cierto que la promesa que había hecho se la habían sacado de manera fraudulenta? ¿Por qué no le habían hablado de la situación del capitán cuando había empezado a intimar con la madre y la hija?

En lugar de ir a Lahinch como tenía por costumbre, y de allí remar por la bahía bordeando la punta, fue con la calesa hasta el pueblo de Liscannor. Estaba harto de Barney Morony y del bote, y no quería verlos nunca más. De hecho, estaba harto de todo lo irlandés, y le parecía que la isla por entero era un gran error. Atravesó Liscannor con decisión hasta llegar al patio del padre Marty y, al no encontrarse éste en casa, dejó allí el carruaje. Había decidido ir a ver primero al cura y declarar con firmeza que nada lo induciría jamás a casarse con la hija de un convicto, pero el padre Marty no estaba. La anciana que le llevaba la casa creía que se había ido a Ennistimon. Se había marchado a caballo y no volvería hasta la hora de cenar. Entonces Neville, después de desenganchar su jamelgo de la calesa, empezó a subir por el camino que conducía a Ardkill.

Qué feo le parecía el paisaje al verlo ahora. Aquí y allá había alguna cabaña de adobe, y a los pequeños campos a medio cultivar, o más bien retazos de tierra en los que las exiguas cosechas de avena empezaban a verdecer, los rodeaban unos bajos muros irregulares y maltrechos que no eran más que montones de piedras, de lo mal contruidos y conservados que

estaban. Todo el ganado del condado parecía consistir en unos cuantos gallos y gallinas y, de vez en cuando, algún pobre cerdo famélico. No se veía por ningún lado ni un árbol, arbusto o flor. El camino era estrecho, irregular y poco utilizado. El cementerio por el que pasó era la señal más animada de humanidad de todo el lugar. Después el campo se volvió aún más agreste y dejó de haber camino. También cesaron las cosechas de avena y los muros. Pero podía oír el melancólico gemido de las olas, que en su momento le había parecido muy musical y que había jurado a menudo que adoraba. Ahora aquel lugar, con todos sus atributos, le resultaba odioso, desagradable y abominable. Finalmente divisó la casita, y entonces le decayó mucho el ánimo. ¡Pobre Kate! Pese a todo, la quería con ternura. Intentó sacar fuerzas asegurándose que la quería de verdad. Por nada del mundo le haría daño; esto es, por nada de la parte de mundo que fuese exclusivamente de él. Sin embargo, por lo que respectaba al mundo de Scroope, que era más general que particular, estaba claro que tendría que hacerle un daño terrible. Aun así, era la querida Kate, su Kate, la Kate a la que nunca abandonaría.

Cuando llegó a la casita, vio que la pequeña verja estaba abierta, y supo que había alguien más aparte de las habituales inquilinas. De inmediato tuvo la intuición de que se trataba del cura. ¡El destino lo llevaba a enfrentarse con sus dos enemigos a la vez! Se quedó casi sin aliento, mas sabía que no podía huir. Por muy amargos que fueran esos frascos de ira, tenía que ir a su encuentro. Así pues, llamó a la puerta y, como era su costumbre, entró en la casa y recorrió el pasillo. Entonces llamó a la puerta de la sala de estar, la puerta que hasta entonces siempre había cruzado con la convicción de que iba a causar gran deleite, pero durante un instante no hubo respuesta. Al no oír ninguna voz, volvió a llamar. Le abrieron la puerta y, una vez dentro, vio al padre Marty. Sin embargo, enseguida se percató de que había otro hombre en la estancia, sentado en una butaca junto a la ventana. Kate, su Kate, no estaba allí, mientras que la señora O'Hara se encontraba de pie tras el sofá, lejos de la ventana y cerca de la puerta.

—Es el señor Neville —dijo el cura—. Tampoco pasa nada por que entre.

—Señor Neville —dijo el otro hombre, poniéndose en pie—, me informan de que pretende usted la mano de mi hija. Como sus perspectivas en la vida son más que suficientes, doy mi consentimiento, señor.

Ese hombre era algo espantoso de contemplar, alto, enjuto, cadavérico, mal vestido, con un horrible gabán raído abotonado hasta la barbilla, pelo ralo, entrecano, largo y mal cortado, la nariz roja, ojos de borracho y unos labios finos que se inclinaban hacia abajo en las comisuras. Ése era el capitán O'Hara, y, si alguna vez un hombre había parecido un convicto que volviese de realizar trabajos forzados, sin duda se trataba de él. Ése era el padre de su Kate; el hombre que se esperaba que él, Fred Neville, futuro conde de Scroope, aceptase como suegro.

–Le presento al capitán O'Hara –dijo el cura, pero ni siquiera éste, pese a lo osado que era, pudo adoptar el tono de voz con el que había reprendido a Neville mientras bajaba con él, hacía casi un mes, a la playa.

Fred se dio cuenta de que la abominación que suponía la aparición de ese hombre reforzaba su postura. Miró a uno y a otro, mientras la señora O'Hara seguía callada en el rincón.

–Tal vez yo no debiera estar aquí –dijo–. Les estoy molestando.

–No, lo correcto es que lo sepa usted todo –contestó el cura–. Por lo que respecta a la señorita, es algo que no puede alterar la situación de usted. A este caballero hay que... proveerle de fondos.

–Sí, por supuesto –afirmó el capitán–. Hay que... proveerme de fondos, y lo antes posible. –Hablaba con un ligero acento extranjero y en un tono, pensó Fred, que tenía un dejo a galeras–. Según me informan, me ha hecho usted el honor de hacer totalmente suya a mi hija. Estas estimables personas me aseguran que tiene usted mucha prisa por convertirla en su esposa, y yo doy mi consentimiento. Los O'Hara, uno de los linajes más antiguos de Europa, siempre se han relacionado muy bien. El tío de usted es un excelso noble cuya mano me enorgullecerá estrechar.

Mientras lo decía, atravesó la habitación en dirección a Fred, con la intención de empezar de inmediato a estrechar la mano de la familia Neville.

–Apártese de mí –le espetó Fred, al tiempo que retrocedía hacia la puerta.

–¿Es que no termina de creerse que soy el padre de su prometida?

–No sé de quién podrá usted ser padre. Apártese de mí.

–Es quien afirma ser –dijo el cura–. Tendrá usted que aguantar su presencia un rato.

–¿Dónde está Kate? –inquirió Fred, el cual, de momento, parecía estar

lleno de valor. Se giró y miró a la señora O'Hara, pero no recibió respuesta de nadie. Ella seguía de pie mirando fijamente a ese hombre, casi como si pensara que no le costaría nada abalanzarse sobre él y hacerlo pedazos—. ¿Dónde está Kate? –repitió Fred—. ¿Se encuentra bien?

–Lo bastante bien para esconderse de su anciano padre –dijo el capitán, mientras se limpiaba una lágrima con el dorso de la mano.

–La verá usted dentro de poco, señor Neville –dijo el padre Marty.

Entonces Fred le susurró a éste al oído:

–¿Qué quiere este hombre?

–No se preocupe por eso –contestó el cura.

–Padre Marty –intervino el capitán–, se inmiscuye usted demasiado en mis asuntos. Prefiero decirle sin tapujos a mi yerno lo que quiero y deseo. Él ya ha dado unos pasos que le dan derecho a entrometerse en lo que le pase a esta familia. ¡Ja, ja, ja!

–¡Como vuelvas a hablar así, te clavo esto en el corazón! –exclamó la señora O'Hara, adelantándose rápidamente. Fred se dio cuenta de que ésta tenía una daga en la mano que le había ocultado hasta ese momento, al estar apoyada contra la pared de detrás del sofá. Después supo que el cura, tras enterarse en Liscannor de la aparición de ese hombre, había acudido a toda prisa a la casita, a la que había llegado casi a la vez que el capitán. Afortunadamente, Kate estaba en su habitación, por lo que aún no había visto a su padre. Seguía en la cama, pues se encontraba indispuesta, aunque durante la escena que tuvo lugar después se espabiló. La señora O'Hara, aun en presencia del cura, había sacado de inmediato el arma de un cajón, para demostrar que estaba dispuesta a llegar al asesinato si era necesario. El capitán le había preguntado al instante por el estado de Kate, y así la madre había sabido que todo Liscannor estaba al tanto del secreto de su hija. Ahora el cura le puso una mano en el hombro y la detuvo, aunque tuvo mucho cuidado en hacerlo con gran suavidad.

–Va a tener usted de suegra a toda una jabata, señor Neville –dijo el capitán–, pero ya verá como el padre de su mujer siempre es amable y muy razonable. ¿Preguntaba usted que qué quería yo?

–¿No será mejor que le dé dinero? –sugirió Neville.

–No –contestó el cura, negando con la cabeza.

–Pues claro que sí –dijo el capitán.

–Si se va de aquí de inmediato –dijo Neville–, y va a verme mañana por la mañana al cuartel de Ennis, le daré dinero.

–¡No le dé nada! –exclamó la señora O’Hara.

–Mi querida esposa es muy poco razonable. Aunque él se pusiera muy duro, no conseguirías librarte de mí. No me moriría. ¿No te he demostrado ya que no es fácil acabar conmigo por medio de privaciones? Nuestra familia ha vivido bajo una nube, pero ahora ha llegado un día soleado en la persona de este gallardo y joven noble, así que déjame que comparta este buen tiempo. Por supuesto que iré a verle, señor Neville, pero... ¿de cuánto estamos hablando?

–Depende de cómo lo encuentre a usted entonces.

–Confío en usted. Iré a verle. El viaje de aquí a Ennis es largo para un anciano como yo, y se me haría más agradable si dispusiese de alguna minucia como... digamos que algún billete de escaso valor.

Neville le entregó dos billetes de una libra y, a continuación, el capitán O’Hara se marchó de casa de su mujer.

–Así nunca lo dejará en paz –le advirtió el cura.

–No me puede hacer ningún daño. Lo dispondré todo con algún abogado para que se le pague un estipendio siempre que no moleste a aquí nuestra amiga. Aunque se entere todo el mundo, ¿no es mejor así?

Grande y terrible es el poder del dinero. Después de que el hombre rico encontrase esa forma tan fácil de salir de sus dificultades inmediatas, hasta la señora O’Hara, con todo su brío, quedó sojuzgada de momento, y el cura se calló sus reproches. El joven parecía haberse portado bien, se había erigido en defensor de esas dos mujeres en apuros y, cuando menos, no se había mostrado remiso a la hora de dar dinero.

–Bien –dijo Fred–, ¿dónde está Kate?

La señora O’Hara lo cogió de la mano y lo llevó al dormitorio en el que la pobre muchacha se escondía del abrazo de su padre.

–¿Se ha ido? –preguntó, incluso antes de arrojarle a los brazos de su amado.

–Neville le ha dado dinero –contestó la madre.

–Sí, se ha ido –dijo Fred–, y creo... creo que ya no las molestará más.

–¡Ay, Fred, cariño mío, mi Fred! ¡Al fin, al fin has venido a mí! ¿Por qué has estado alejado? Dime que no te volverás a alejar. Fred, ¿me quieres? Dime que me quieres.

–Más que a nada en el mundo –aseguró él, apretándola contra su pecho.

Estuvo con ella un par de horas, durante las que no le hablaron de matrimonio. Tan grande había sido para todos la impresión por la repentina aparición del capitán, y tan excelente había sido el servicio que les había prestado la confianza que había depositado aquél en la fortuna del joven, que por ese día el cura y la madre se sentían incapaces de plantearle su exigencia con la intensidad y vigor que habrían empleado de no haberse presentado el capitán O'Hara en la casita. El cura se fue pronto, pero antes acordaron que Neville volvería a Ennis para prepararse para recibir al capitán, y al día siguiente regresaría a Ardkill. Fred asumió de pronto la actitud práctica de un hombre de negocios. Lo acompañaría un abogado de Ennis en su entrevista con el capitán, y no tendría ningún reparo en disponer que a éste se le entregaran doscientas libras al año mientras viviese si así se le podía comprar con plena seguridad.

–Con una cuarta parte de esa cantidad bastaría –dijo la señora O'Hara. El cura, por su parte, era de la opinión de que dos libras a la semana serían más que suficientes.

–Pienso cumplir lo que he dicho –afirmó Fred. Mientras, Kate lo miraba a la cara pensando que aún era un dios.

–Entonces ¿de verdad que volverás hacia el mediodía del domingo? –dijo ella, aferrándose a él, cuando se puso en pie para marcharse.

–Por supuesto que sí.

–Fred, mi querido Fred...

Y así éste bajó por la colina en dirección a la casa del cura con actitud casi triunfal. Consideró que era una suerte que no estuviese allí el padre Marty, que de Ardkill se había ido directamente a algún lugar lejano de la parroquia, y después volvió con la calesa a Ennis.

Fred Neville es llamado de nuevo a Scroope

Neville se tomó el asunto que tenía entre manos con mucho interés, y a la media hora de haber vuelto a Ennis de la casita ya le habían presentado a un abogado. Lo consiguió a través del brigada de la compañía. Éste era muy amigo del posadero, el cual afirmó que el señor Thaddeus Crowe era un abogado honrado, inteligente y de mucho éxito. Antes de sentarse a cenar, Fred Neville ya estaba encerrado en el cuartel con el señor Crowe.

Comenzó explicándole quién era. Lo hizo para que el abogado supiera que disponía de los medios para llevar a cabo su propósito. El señor Crowe asintió y aseguró a su cliente que no tenía la menor duda a ese respecto. No obstante, la primera decisión que tomó, después de enterarse del título y de las doradas perspectivas que aguardaban al joven oficial, fue no pagar nada de su propio bolsillo en nombre de éste hasta que no se hubiera asegurado de que se lo devolvería con intereses. De todos modos, conforme avanzó la entrevista, el señor Crowe empezó a ver de lo que se trataba y a entender que el otro no se refería a esas doradas perspectivas porque estuviese corto de dinero en esos momentos, y pronto comprendió toda la historia. Había oído cosas del capitán O'Hara, y pensaba que era un canalla hasta la médula. Cuando Neville le habló de las dos damas, y de lo mucho que quería protegerlas de las desagradables visitas del capitán, el señor Crowe sonrió pero no comentó nada.

–Bueno, bástele con saber que me tomo este asunto muy en serio –dijo el futuro conde, al que había molestado esa sonrisa. El señor Crowe asintió y pidió a su cliente que terminase el relato.

–Ese hombre va a venir a verme mañana a las doce, y quiero que esté usted presente. Mi intención, señor Crowe, es darle doscientas libras al año mientras viva.

–¡Doscientas libras al año! –exclamó el abogado de Ennis, para el que

semejante anualidad era una cantidad desorbitada para comprar a un antiguo convicto.

–Sí. Ya le he mencionado esa cifra a su mujer, aunque no a él.

–Yo lo reconsideraría, señor Neville.

–Gracias, pero estoy decidido. Los pagos se le harán, por supuesto, con la condición de que no moleste a ninguna de las damas ni en persona ni por carta. Se podría establecer que se le abonen semanalmente en Francia, pero que no recibirá nada en el caso de que salga de ese país. Piénselo usted todo, y mañana me hace las posibles sugerencias que se le ocurran. Lo que quiero es dejarlo todo en manos de usted, y yo limitarme tan sólo a enviarle los cheques. Espero tener el gusto de verle aquí mañana a las doce.

El señor Crowe le prometió que estudiaría el asunto y que estaría allí a la hora indicada. Neville se había desenvuelto muy bien durante la entrevista, al asumir con gran facilidad la actitud de hombre importante y rico al que bastaba dar órdenes a sabiendas de que serían obedecidas. Cuando dejó al joven, al señor Crowe ya no le quedaba la menor duda sobre la suficiencia pecuniaria de su cliente.

A las doce del día siguiente, con estricta puntualidad, llegó el capitán O'Hara al cuartel, donde, sentado en la habitación de Neville, ya se encontraba el abogado. Sin embargo, el propio Neville no estaba allí, por lo que de inmediato el capitán pensó que habían abusado de su buena fe y lo habían engañado.

–¿Y a quién tengo el honor de dirigirme, señor? –preguntó.

–Soy abogado.

–¡Y el señor Neville, mi propio yerno, me ha gastado esta jugarreta!

El señor Crowe le explicó que no le habían gastado ninguna jugarreta, aunque lo hizo empleando un lenguaje menos cortés del que habría usado de estar el señor Neville presente. De todos modos, como la causa de la ausencia de nuestro héroe es más importante para nosotros que las perspectivas del capitán, hemos de explicarla primero.

En cuanto el abogado lo dejó, Neville se sentó a cenar con sus dos camaradas oficiales, aunque no fue en modo alguno una compañía agradable. Cuando ellos intentaron bromear sobre la joven de los acantilados, les dejó muy claro que era algo que no le gustaba, y cuando, tras la cena, el corneta

Simpkinson levantó su copa para brindar a la salud de la señorita O'Hara, Neville le dijo que era un imbécil impertinente. Pasaban entonces un poco de las nueve, y no parecía probable que la velada fuese a transcurrir con cordialidad. El corneta Simpkinson se encendió un cigarro e intentó hacerle un guiño al capitán. Neville estiró las piernas y fingió que se dormía. En esos instantes lamentaba profundamente haber llegado a ver jamás la costa occidental de Irlanda.

Un poco antes de las diez, el capitán Johnstone se retiró, y entonces el corneta intentó disculparse. No había sido su intención decir nada que molestase a Neville.

–No pasa nada, mi querido muchacho; sólo recuerda que, por norma, no se mencionan nunca los nombres de las mujeres –contestó Neville, hablando como si por experiencia estuviese plenamente capacitado para sentar cátedra en un asunto tan delicado.

–Sí, quizá sea así mejor –asintió el corneta, con lo que ese pequeño problema quedó zanjado. No obstante, el corneta Simpkinson lo pensó más tarde y llegó a la conclusión de que esa noche y esa hora habían sido más importantes que cualquier otra noche u hora de toda su vida.

A las diez y media, cuando Neville estaba empezando a pensar en retirarse a dormir, y seguía maldiciendo la mala estrella que lo había llevado al condado de Clare, se oyó un ruido de herraduras en la verja exterior del pequeño patio del cuartel. Acababa de llegar un hombre de Limerick que quería ver al señor Neville de inmediato. De hecho, ese hombre había llegado directamente desde Scroope, luego en ferrocarril de Dublín a Limerick y de allí sin la menor demora a Ennis. El conde de Scroope había muerto, por lo que Frederic Neville era el nuevo conde. El hombre llevaba una carta de la señorita Mellerby, en la que ésta le daba la triste noticia y lo conminaba, en nombre de su tía, a que fuese cuanto antes a la mansión. Por supuesto que tenía que partir de inmediato hacia allá, y por supuesto que tenía que presidir el cortejo fúnebre ante la tumba de su tío antes de hacerse con el nombre y la fortuna de éste.

Durante esa su primera hora de grandeza, la conmoción no fue tan grande como para que no pensara enseguida en las O'Hara. Se iba a ir de Ennis a la mañana siguiente a las seis, para poder coger el tren correo diurno de

Limerick a Dublín. No le quedaba más remedio que hacerlo, pero, aunque dispusiese de tan poco tiempo, tenía que dejar las cosas arregladas para las O'Hara. Apenas media hora después de enterarse de la noticia, ya estaba llamando a la puerta del señor Crowe, el abogado. Una vez lo dejaron entrar, el señor Crowe bajó, en zapatillas y una bata muy vieja, con aspecto, mientras sostenía la vela de sebo a la altura de la cara de su cliente, de que no le gustaba esa repentina aparición.

—Le ruego que me disculpe —dijo Neville—, pero acabo de recibir la noticia de que ha muerto mi tío.

—¿El conde?

—Sí.

—Entonces ¿tengo el honor de hablar con... con el conde de Scroope?

—Ahora eso da igual. He de partir a Inglaterra de inmediato, dentro de una hora o dos como mucho. Tendrá que ver usted a ese hombre, a O'Hara, sin mí.

—Por supuesto, su señoría.

—No me llame así aún —dijo Neville enojado—. Le recuerdo que los términos son que se le pagarán doscientas libras al año, con la condición de que se quede en Francia y nunca moleste a ninguna de las dos señoras ni en persona ni por carta. Gracias, le quedo muy agradecido. Volveré después del funeral y arreglaremos lo de los pagos. Adiós.

Y por eso fue por lo que el capitán O'Hara no tuvo oportunidad esa vez de ver a su supuesto futuro yerno. El señor Crowe cumplió a la perfección con los poderes que le habían sido otorgados e hizo lo que le habían pedido. Fue muy duro con el pobre capitán, pero, cuando un hombre se encuentra en semejante estado, no puede esperar que la gente no sea dura con él. El capitán intentó adoptar una postura erguida y fingir un aire arrogante de respetabilidad, pero el abogado no se lo permitió. Éste exigió que el otro reconociese que era un sinvergüenza sin blanca que estaba deseando que comprasen su silencio, y finalmente el capitán lo admitió. Lo que le importaba era la cantidad de dinero; la cantidad y la garantía de que la recibiría. El señor Crowe había hecho sus cálculos, que le expuso con meridiana claridad: le pagarían cierta suma de francos —cien francos, en concreto— a la semana en la ciudad de Francia que él eligiera, pero perdería el

derecho a seguir recibéndolos si escribía a la señora O'Hara, a la señorita O'Hara o al conde.

–¡Al conde! –exclamó el capitán.

El señor Crowe había sido incapaz de contenerse de decir tan delicioso título, pero se corrigió de inmediato.

–O al señor Neville, quiero decir. Nadie tendrá obligación de darle ni un penique más, y cualquier carta pidiendo más dinero pondría fin a la asignación por completo.

El capitán intentó en vano conseguir unas condiciones mejores, y por supuesto terminó aceptando las que le ofrecían. Viviría en París, en su querido París. Recibió cinco libras para el viaje, y dio el nombre del agente al que habría que enviarle el dinero.

Así pues, Fred Neville ya era el conde de Scroope. Le quedaba todavía una cosa más que hacer antes de viajar a casa. De algún modo tenía que informar a las habitantes de Ardkill de lo que había pasado. Mientras volvía al cuartel desde la residencia del señor Crowe, le iba dando vueltas a esa cuestión. El otro asunto ya estaba resuelto. Una de las consecuencias de su aventura en el condado de Clare era que tendría que pagar doscientas libras al año a ese réprobo del capitán mientras éste siguiese con vida, y también tendría que pagar la factura del señor Crowe por la asistencia prestada. Eso no le importaba mucho, ya que ahora poseía una gran fortuna y no era de natural muy dado a pensar en el dinero. No obstante, no dejaba de ser una mala manera de empezar su nueva vida. Por más que había afirmado que le daba igual, no le parecía que el acuerdo fuese del todo honroso, sino que no podría explicárselo a su propio abogado sin sentirse muy incómodo, y hasta quizá le causara más problemas en el futuro. Ahora tenía que redactar el mensaje para las damas de Ardkill, sobre todo para la dama a la que, en su última visita a la casita, había encontrado armada con una daga para recibir a su marido. Mientras volvía al cuartel, se le ocurrió que tal vez fuese mejor enviar un mensajero en lugar de una carta.

–Simpkinson –dijo, tras dirigirse directamente al dormitorio de éste–, ¿te has enterado de lo que me ha pasado?

Simpkinson se había enterado de todo y le expresó lo muchísimo que sentía el fallecimiento del anciano, pero a la vez parecía pensar que esa

pérdida iba acompañada de un claro consuelo.

–Tengo que partir a Scroope de inmediato –dijo Neville–. Ya se lo he contado todo a Johnstone, y emprenderé camino dentro de nada. Primero voy a tumbarme a dormir una hora. Y quiero que me hagas un favor.

Simpkinson le manifestó su lealtad incondicional. Haría lo que fuese.

–Antes me he puesto un poco duro contigo cuando has nombrado a la señorita O’Hara –añadió Fred.

Simpkinson afirmó que no importaba en lo más mínimo, y que en toda su vida volvería a pronunciar ese nombre.

–Es que quiero que vayas a verla mañana –dijo Neville.

Entonces Simpkinson se incorporó y quedó muy erguido en la cama.

El joven guerrero aceptó el encargo, por supuesto. ¿Qué joven guerrero no recorrería la distancia que hiciese falta para ver a una hermosa joven en un acantilado, y qué joven guerrero no emprendería el viaje que fuese para hacerle un favor a un camarada oficial que era conde? Al instante Fred le dio todas las instrucciones. Sería mejor que preguntase por la señora O’Hara, de la que habló sin hacer la menor alusión a la daga. Le dijo cómo tenía que llamar a la puerta y enviar recado con la sirvienta de que iba en nombre del señor Neville. Debía ir en calesa hasta Liscannor, y allí encontraría a algún chico que lo llevase a pie hasta la casita. Fred esperaba que no le importase caminar cuatro o cinco kilómetros. Simpkinson afirmó que no le importaría ni aunque fuesen quince. Después le tenía que contar a la señora O’Hara... pues toda la verdad. Le diría que había llegado un mensajero de Scroope con la noticia del fallecimiento del conde, y que Neville se había visto obligado a partir de inmediato a Inglaterra.

–Pero ¿volverás? –inquirió Simpkinson.

Fred permaneció en silencio un momento.

–Sí, volveré, pero no se lo digas a ninguna de las dos damas.

–¿Les digo que no lo sé? Porque seguro que me lo preguntan, creo yo.

–Pues claro que te lo preguntarán. Tú sólo diles que ha habido que prepararlo todo tan rápido que no hay nada seguro, pero que sabrán de mí muy pronto. Diles que supones que volveré, pero que he prometido escribir primero. De hecho, ésa es toda la verdad, ya que no tengo la menor idea de lo que voy a hacer. Sé lo más cortés con ellas que puedas.

–¡Por descontado!

–Son auténticas damas.

–Sí, ya me lo imagino.

–Y quiero hacer todo lo que pueda por ellas. Diles también que ya he arreglado el otro asunto a nuestra plena satisfacción.

–¿Qué otro asunto?

–Ellas lo entenderán. Al menos lo entenderá la madre, así que mejor que eso se lo digas a ella. Y vete temprano para allá.

–Puedo salir a las siete si quieres.

–Basta con que sea a las ocho o las nueve. Gracias, Simpkinson, te quedo muy agradecido. Espero verte algún día en Inglaterra cuando ya estén las cosas más tranquilas.

Simpkinson quedó encantado de oír eso, como también lo estaba con la misión que se le había confiado.

Así pues, Fred Neville ya era el conde de Scroope. No es que él reconociera, ni siquiera a sí mismo, que el título y todo lo que le pertenecía fuese aún de su posesión. Hasta que el cuerpo del anciano no reposase en el panteón familiar, él seguiría siendo tan sólo Fred Neville, teniente del vigésimo regimiento de húsares de Su Majestad. Mientras viajaba a Scroope, a la vieja y lúgubre mansión que ahora en verdad no sólo era su hogar, sino también su propia casa con la que podría hacer lo que quisiera, tenía muchas cosas en las que pensar. Estaba sorprendido de comprobar el peso con el que su nueva dignidad recaía sobre sus hombros, ahora que era toda suya. Sin embargo, unos pocos meses antes había pensado, e incluso hablado, sobre la posibilidad de transferirla de él a otro, de manera que pudiese disfrutar sin complicaciones de una parte de la riqueza que le correspondía sin tener que cargar con las obligaciones de su posición. Se montaría en su yate con la chica a la que amaba y viviría en el extranjero, ajeno a la corona que habría caído sobre él y sin hacer uso del título. Mas esa idea ya había desaparecido de su cabeza. Unas pocas palabras del cura y unos cuantos pensamientos serios suyos habían bastado para que viese que tenía que ser el conde de Scroope. El honor de la familia ahora dependía de él y debía defenderlo, ya fuese para bien o para mal, según determinaran sus fuerzas y principios. Y comprendía muy bien la importancia de ser lord, un legislador hereditario,

alguien que, por el azar de su nacimiento, tenía derecho a esperar un respeto deferente incluso de sus mayores. Era muy importante ser el señor de amplias extensiones de tierra, el regidor de unos grandes dominios, el terrateniente de muchos arrendatarios que se sabrían dependientes de su bondad. Era muy importante hallarse en una posición en la que ninguna cuestión monetaria suponía un impedimento para que satisficiera cualquier deseo, y en la que las únicas consideraciones que debían limitar esos deseos eran las de su dignidad, reputación y decoro. Su tío le había hablado en más de una ocasión de lo mucho que un noble inglés debía a su país y a su clase, y de lo atado que estaba por unos lazos nada corrientes a llevar una vida de elevadas decisiones y buenas empresas. «Sans reproche» era el lema de su familia, el cual lucía en la pared del gran vestíbulo que ahora era suyo. En la medida en que le fuera posible, sabría estar a la altura de las circunstancias, y ni deshonraría a su clase ni traicionaría a su país.

Sin embargo, mientras reflexionaba sobre todo eso también pensaba en Kate O'Hara. ¡De cuántas dificultades había rodeado el inicio de la vida que pretendía llevar! ¿Cómo iba a poder escapar de los líos que se había buscado por culpa de sus aventuras irlandesas? Le rondaba por la cabeza la idea de que había muchísimos hombres, que gozaban en la madurez de la estima del mundo, que en su juventud habían entablado unos vínculos como los que ahora lo ataban a él a Kate O'Hara; que habían sido tan tontos como él, pero habían conseguido escapar de los efectos de su estupidez sin sufrir grandes daños. Aun así, no conseguía ver el modo de escapar. Si pudiera ser por medio de dinero, haría casi cualquier sacrificio que hiciese falta. Si la riqueza y los lujos hicieran a su Kate feliz, sería tan dichosa como una princesa. Sin embargo, no creía que ni a ella ni a su madre les bastara el dinero como compensación, y casi se odiaba a sí mismo por pensar que eso pudiera ser posible. La chica era buena y había confiado en él por completo. La madre era abnegada, estaba entregada a su hija y poseía gran brío. Neville sabía que no bastaría con dinero.

No hacía falta que volviese a Irlanda si no quería. Podía enviar a algún agente que arreglara sus asuntos y dejar que a las dos mujeres se les rompiera el corazón en su soledad de los acantilados. De hacerlo, no creía que fuesen tras él. Sin duda le escribirían, pero, por lo que respectaba a verlas en

persona, era probable que pudiese librarse de ellas de ese modo. Sin embargo, eso implicaría una cobardía y una mezquindad que le impediría que pudiese respetarse a sí mismo el resto de su vida.

Y así volvió a entrar en Scroope, convertido en amo y señor de todo lo que le rodeaba, mas sin sentir alegría o alivio algunos.

El conde de Scroope tiene problemas

A su vuelta a casa, nadie dijo ni una palabra al joven lord acerca de las O'Hara hasta que él mismo sacó el tema. Al llegar, comprobó que su hermano Jack estaba en Scroope, y que Sophie Mellerby seguía haciéndole compañía a su tía. Ya habían fijado el día del funeral, pero no se habían atrevido a disponer nada más mientras no estuviese allí el heredero y dueño de todo. Fue recibido con gran solemnidad y respeto por los viejos sirvientes, los cuales observó que se abstuvieron de llamarlo por ningún nombre. Sabían que no debían utilizar con el heredero el título del anterior lord hasta que todo lo que quedaba de éste se ocultase del mundo en el panteón familiar, pero tampoco les nacía dirigirse a un verdadero conde como «señor Neville». Su tía estaba destrozada por la pena, lo que no obstó para que lo tratase con refinada deferencia. Para ella, él era ahora el soberano que reinaba entre los Neville, y todo Scroope y lo que allí había estaba a su disposición. Cuando él le cogió una mano y le preguntó sobre sus planes para el futuro, la condesa negó con la cabeza:

–Ya soy mayor, aunque no tenga los años de mi señor. Mi vida está acabada, y lo mismo da adónde pueda ir yo.

–Mi querida tía, no hable de irse a ninguna parte. ¿Dónde va a estar tan bien como aquí?

Pero ella tan sólo volvió a negar con la cabeza y a echarse a llorar. Estaba claro que no sería apropiado que se quedase en casa del joven conde, pues sólo era su sobrino político. Ahora Scroope Manor se convertiría en un lugar de alegría, y se llenaría de jóvenes desenfadados; habría banquetes y bailes, caballos que llegarían a las puertas, montones de carruajes, mobiliario nuevo, relucientes colgaduras y quizá, ay, bulliciosos jolgorios. No era apropiado que alguien como ella continuase en Scroope ahora que su señor la había dejado.

Más que de pompa, el funeral fue una cuestión de gran importancia en aquellos lares. Llegaron a la casa dos o tres Neville de otros condados, así como diversos parientes de otro nombre. También asistió el señor Mellerby, además de uno o dos de los más viejos amigos del difunto conde, pero la mayor parte de los allí presentes eran los arrendatarios de Scroope, sin que ni uno de ellos faltase a ver cómo metían a su antiguo terrateniente en su tumba.

—Milord —dijo a Fred un anciano, el cual era también noble y primo del nuevo lord, aunque nunca se habían visto con anterioridad—, milord —dijo el anciano en cuanto regresaron del entierro—, a usted le corresponde suceder al mejor hombre que jamás he conocido. Yo lo quería como a un hermano. Espero que no se desvíe usted a la ligera del ejemplo que le ha dejado.

Entonces Fred le hizo algún tipo de promesa que en esos momentos, sin duda, tenía toda la intención del mundo de cumplir.

A la mañana siguiente se procedió a la lectura del testamento. No había nada en él, como no podía haberlo, que afectase económicamente a los intereses del heredero. A la viuda del difunto lord se la autorizaba para que se llevase de Scroope lo que quisiera. En cuanto a dinero, quedaba tan bien provista que no tenía que preocuparse de esa cuestión. El heredero recibiría por adelantado la renta completa de las tierras de un año, de manera que no le surgiese ningún apuro momentáneo mientras asumía las responsabilidades de su nueva posición. A Jack Neville le dejaba lo que en comparación era una suma pequeña, y a Sophie Mellerby una gema muy preciada. También había una cantidad de dinero para todos los sirvientes, mil libras para el vicario de la parroquia —que quizá fuese el único legado que sorprendiese al legatario—, y su cariño más afectuoso a todos los arrendatarios de sus tierras. Todo el mundo reconoció que era el mejor testamento que podría haber hecho el conde. Después se marcharon todos los ajenos a la casa, para que el conde de Scroope comenzase su reinado y cumpliera con sus deberes como mejor pudiese.

Jack le había prometido que se quedaría unos cuantos días más, y Sophie Mellerby, que ya había renunciado por completo a la temporada londinense, permanecería con la viuda hasta que se decidiese algo con respecto a la nueva residencia de ésta.

—Si mi tía quiere seguir llevando la casa un par de años, suya es —dijo Fred

a la joven, tal vez con la intención de posponer durante todo ese tiempo la situación embarazosa de que se fuera de allí, pero lady Scroope se negó en redondo. Si se lo permitían, se quedaría hasta finales de julio, y mientras encontraría algún sitio al que mudarse.

–Te aseguro que no sé cómo empezar esta nueva vida –le dijo el nuevo noble a su hermano conforme paseaban por el parque.

–No pienses en tener que empezarla. No te enfades, y sé que sabes a lo que me refiero, si te digo que no deberías pensar demasiado en tu nueva posición.

–¿Y cómo quieres que no lo haga? Ahora todo es tan distinto de como era antes...

–No, Fred, no lo es tanto, y espero que no haya cambiado en absoluto con respecto a las cuestiones que son más importantes para ti. La verdadera esencia de un hombre, y sus ideas sobre el modo en que ha de comportarse, deberían ser más importantes para él que cualquier eventualidad externa. Si no hubiera muerto ese primo nuestro...

–A veces casi desearía que no se hubiese muerto...

–Entonces habrías aspirado a vivir como un caballero honorable. Serlo debería ser más importante para ti ahora que ser un conde rico.

–Sermonear es muy fácil, Jack. Eso siempre se te ha dado muy bien. Pero el caso es que aquí estoy, sin saber qué hacer. ¿Por dónde empezar? Todos dicen que no debo cambiar nada. Los arrendatarios pagarán sus arriendos, Burnaby se ocupará de todo lo de fuera, la señora Bunce de todo lo de dentro, y yo sólo tengo que sentarme a leer una novela. Cuando pase el duelo por la muerte del tío, supongo que compraré unos cuantos caballos más y puede que empiece a darles la lata a los faisanes, pero no sé qué más hacer.

–Ya irás descubriendo que tienes obligaciones.

–Sí, eso me figuro. Se espera algo de mí. He de mantener el honor de la familia, pero la verdad es que me parece que la mejor forma de conseguirlo sería sentándome en la butaca del tío y durmiéndome como hacía él.

–Como primer paso, deberías encontrar esposa. Una vez que formes un hogar, las cosas se irán arreglando solas muy fácilmente.

–Sí, claro, una esposa. Ya sabes, Jack, que te hablé de esa chica del condado de Clare.

–No debes dejar que nada de eso te detenga.

–¡Vaya con tus ideas de lo que es la grandeza moral! Justo ahora lo más importante para mí tendría que ser mi conducta, y no mi posición social, pero resulta que tengo que abandonar a la chica a la que amo porque soy un noble inglés.

–Bueno, como comprenderás, no sé lo que haya podido pasar entre esa chica y tú...

–Pues, ya puestos, te voy a contar toda la verdad –dijo Fred. Y se lo contó con toda sinceridad, o casi. Es muy difícil para un hombre contar una historia que va en contra de él con toda sinceridad, pero su intención era decirle toda la verdad–. Bien, ¿qué debo hacer? ¿Crees que me debo casar con ella? –Jack Neville permaneció en silencio durante largo rato–. Al menos dí que sí o que no.

–Es que es muy difícil decir que sí o que no.

–No me puedo casar con nadie más. Hasta ahí lo tengo muy claro. Mejor que se lo cuentes todo a Sophie Mellerby, y que tu hijo sea el futuro conde.

–Aún somos jóvenes, Fred, y no tenemos por qué pensar en esas cosas. Si de verdad quieres casarte con la señorita O’Hara, no deberías perder ni un día más, ni uno solo.

–Pero ¿y si no quiero? Siempre estás muy dispuesto a dar consejos, pero a mí no me has dado ninguno todavía.

–¿Y cómo quieres que te aconseje? Tendría que saber las palabras exactas que empleaste al hacerle la promesa antes de poder atreverme a decir si deberías mantenerla o romperla. Por norma, un hombre siempre debería cumplir su palabra.

–¿Sean las consecuencias las que sean?

–Un hombre debe mantener su palabra, eso está claro. Y no se me ocurre ninguna promesa hecha a una mujer que sea tan solemne como la tuya, habida cuenta de que fue seguida por un comportamiento como el que tuviste.

–¿Y qué dirá la gente de mi comportamiento con esta familia? ¿Cómo me mirarán cuando traiga a esta casa a la hija de ese sinvergüenza?

–Eso lo tendrías que haber pensado antes.

–¡Pero es que yo no lo sabía! ¿No te das cuenta de que me han engañado? La señora O’Hara afirmó que ese hombre estaba muerto, y tampoco me dijo

nada de las galeras.

–¿Y cómo esperabas que te dijera eso?

–Pero, si me ha engañado, ¿se supone que yo debo cumplir mi promesa? Quiero muchísimo a esa chica. Si pudiera cambiarme contigo, lo haría en este mismo instante, me iría con ella y sería mi mujer. Si se tratara sólo de mí, lo dejaría todo por ella. Por Dios que lo haría, pero no puedo sacrificar a la familia de ese modo. En cuanto a promesas solemnes, ¿no le juré al tío que no deshonraría a la familia contrayendo semejante matrimonio? Eso es prácticamente lo último que le dije. ¿He de mentirle? Hay ocasiones en las que parece imposible que uno pueda hacer bien las cosas.

–Hay ocasiones en las que puede que uno esté demasiado ciego para ver lo que está bien –apostilló Jack, que no quiso cebarse con su hermano recordándole que esos dilemas siempre provienen de haber hecho mal las cosas desde un principio.

–Creo que estoy decidido a no casarme con ella –dijo Fred.

–Si yo estuviera en tu lugar, creo que me casaría con ella –contestó Jack–, pero tampoco me atrevo a afirmarlo ni aun tratándose de mí mismo.

–No, no me voy a casar con ella, pero, de todos modos, le pienso ser fiel. Puedes estar seguro de que no me casaré con nadie. –Entonces volvió a su plan original–. Si pudiese encontrar la forma de casarme con ella en un país extranjero, de manera que nuestro hijo no fuese el heredero legítimo del título y de las tierras, me iría allí con ella de inmediato, aunque fuese al otro extremo del mundo. Ahora ya sabes a lo que me refiero cuando digo que no sé por dónde empezar.

Jack reconoció que en ese asunto entendía a su hermano. Siempre es difícil que alguien se haga cargo de sus nuevas obligaciones cuando sabe que lleva una cruz a costas que es probable que al final impida que cumpla con esas obligaciones.

Después del funeral, pasó una semana sin que Fred decidiera nada, ni tomase ninguna medida para solucionar el problema de las O'Hara. Salió a caballo a ver a los arrendatarios y dio algunas órdenes sin importancia acerca de la casa y las caballerizas. Su hermano seguía con él, y la señorita Mellerby permanecía en la casa. Aun así, Fred sabía que el nubarrón no tardaría en terminar descargando sobre su cabeza, y finalmente comenzó la tormenta.

Las primeras gotas le cayeron en la suave forma de una carta de Kate O'Hara:

«Mi queridísimo Fred:

»No estoy muy segura de si debería dirigirme a ti así, pero siempre lo haré a menos que tú me digas que no. Cada día desde que te fuiste hemos estado esperando recibir una carta tuya. Tu amigo de Ennis vino a vernos y nos comunicó la noticia de la muerte de tu tío. Lo lamentamos mucho; al menos yo desde luego lo lamenté. Me gustaba mucho más pensar en ti como mi propio Fred que como un gran lord, pero siempre seguirás siendo mi propio Fred, ¿verdad?

»Madre dijo al instante que, como era normal, tendrías que irte a Inglaterra, pero tu amigo, cuyo nombre no llegamos a conocer, dijo que lo habías enviado a propósito para prometernos que nos escribirías enseguida y que volverías muy pronto. No sé lo que pensaría de mí, porque le pregunté si estaba del todo seguro de que volverías. Si lo que piensa es que te quiero más que a mi alma, entonces sólo piensa la verdad.

»Te lo ruego, escíbeme lo antes posible. Madre se está empezando a enojar mucho porque no llega ninguna carta. Yo nunca me podría enojar con mi queridísimo amor, pero lo que más anhelo es recibir una carta tuya. Si supieras como me siento, estoy convencida de que me escribirías todos los días, aunque sólo fueran unas pocas palabras. Con que me dijeras «mi querido amor», ya me bastaría. Y te ruego que vuelvas. ¡Vuelve, por favor, vuelve! Ni te imaginas lo mucho que deseo verte. El caballero que estuvo aquí dijo que volverías, y sé que lo harás. Pero, te lo ruego, vuelve pronto. Piensa que ahora lo eres todo para mí. Eres incluso más que todo para mí.

»Ya no me siento indispuesta como cuando estabas aquí, pero nunca salgo de casa. No volveré a salir de casa hasta que regreses. Ahora me dan igual los acantilados; hasta me dan igual los pájaros, ya que no estás aquí para verlos conmigo. Me siento con la piel de foca que me regalaste detrás de la cabeza y hago como si durmiera. Y aunque me paso horas así quieta, no estoy dormida, sino siempre pensando en ti.

»No hemos vuelto a ver a mi padre ni a saber nada de él, y dice el padre Marty que has arreglado todo eso con mucha generosidad. Tú siempre eres generoso y bueno. Me sentía tan desdichada ese día que creía que me iba a

morir. ¿No pensarás mal de tu Kate, verdad, porque su padre sea malo?

»Escríbeme cuando recibas ésta, te lo ruego, y, por encima de todo, dínos cuándo vas a volver.

»Siempre, siempre y siempre tuya,
»Kate»

Dos días después, mientras la carta seguía sin contestar, llegó otra de la señora O'Hara que, si es que eso era posible, le afligió aún más que la de la hija.

«Milord», comenzaba la carta. Al leerlo, apartó la hoja sintiendo un profundo desagrado. Estaba claro que esa mujer sabía que ahora él era el conde de Scroope, pero sería mucho más preferible que sólo se comunicasen utilizando el nombre por el que hasta ese momento ella lo había conocido. Y esa denominación, tal y como ella la empleaba, parecía contener una firme determinación de hacerle reproches que Fred sabía que podría causarle mucho sufrimiento:

«Milord:

»El mensajero que nos envió nos trajo buenas noticias, y nos dijo que se había ido usted a casa a ocuparse de sus asuntos. Supongo que eso era lo correcto, pero ¿por qué no nos ha escrito desde entonces? ¿Por qué no le ha dicho a mi pobre niña que volverá con ella y la compensará por el daño que le ha hecho del único modo que ahora es posible? Ni puedo ni quiero creer que tenga usted intención de eludir las solemnes promesas que le hizo, y dejar que se quede aquí como una perdida deshonrada y madre de su hijo. Yo creía que era usted tanto un caballero como un buen cristiano, y lo sigo creyendo. Está claro que usted no sería ninguna de las dos cosas si estuviese dispuesto a dejarla aquí desconsolada, mientras usted vivía ahí en plena prosperidad.

»Lo conmino, milord, con toda solemnidad y toda la fuerza y preocupación de una madre, de la que sería la más desdichada de todas las mujeres si usted la tratase injustamente, a que me escriba de inmediato y me comunique cuándo volverá para cumplir su promesa. Por el bien de su propia descendencia, le ruego que no se demore.

»Le estamos profundamente agradecidas por lo que hizo con respecto a ese pobre desgraciado. En ningún momento dudamos de su generosidad.

»Suya, milord, con todo mi afecto
»si tiene usted a bien aceptarlo,
»C. O'Hara.»

»P. D. Le ruego que vuelva enseguida y cumpla su palabra. En el caso de que se le ocurriera no hacerlo, iré a por usted adonde haga falta.»

Cuando el joven conde leyó la carta, no vaciló ni un instante en atribuir el cuerpo de ésta a la elocuencia del padre Marty, y la posdata a la iniciativa personal y sin ayuda de la dama. Ya la considerara proveniente del cura o de la señora O'Hara, la carta suponía de todos modos una gran carga para él. Aún no había contestado a la que había recibido de Kate, sobre cuya autenticidad no albergaba la menor duda. ¿Cómo debía responder a esas cartas? Estaba claro que algo tenía que contestar, y que fuese el preámbulo del que había de ser su comportamiento de ahí en adelante. Pero ¿cómo iba a escribir una carta cuando todavía no había decidido cuál iba a ser ese comportamiento?

Intentó escribir la misiva, aunque no a ninguna de las dos damas, sino al cura, explicándole que, en el sentido corriente del término, ni podía ni quería casarse con la señorita O'Hara, pero que, de cualquier otro modo que no fuese esa forma legítima y habitual de matrimonio, uniría su destino al de ella y, una vez unidos, le sería fiel toda la vida. Aceptaría cualquier convenio que el padre Marty considerase correcto, ya fuera para la madre o para la hija. Sin embargo, la hija de ese capitán O'Hara no iba a ser condesa de Scroope por medio de él. A continuación, intentaba explicar los deberes que le había impuesto su tío, y volvía a alegar la excusa a la que creía que podía aferrarse de no haber sido informado de la existencia del capitán. Pero, después de terminada la carta, le pareció muy pobre y mezquina, rastrera y, al mismo tiempo, falsa. Se dijo que no era suficiente. Tenía muy claro que debía volver al condado de Clare, aunque allí lo esperase la señora O'Hara daga en mano. ¿Qué le importaba a él el peligro personal en un asunto así? Y si no le daba miedo la daga de una mujer, tampoco se lo daban la lengua de ésta o la de un

cura. Así pues, rompió la carta y decidió escribir otra fijando la fecha en la que iría a Ardkill. Al menos ésa era más fácil de redactar, y podía dulcificarse empleando palabras de amor.

«Mi queridísima Kate:

»Estaré contigo el día 15 o el 16 como mucho. Ten en cuenta que un hombre tiene muchas cosas que hacer y en que pensar cuando se ve metido en esta nueva clase de vida. Pero no te creas que con esto es que esté discutiendo contigo, cariño mío. Eso es algo que nunca haría. Dale recuerdos a tu madre.

»Siempre tuyo,

»Fred

»(Odio firmar con el otro nombre)»

No sólo escribió esa carta, sino que también la envió.

«Sans reproche»

Tres o cuatro días después de escribirle esa carta a Kate O'Hara, el conde comunicó a su tía que tenía que volver a Irlanda, y le dijo el día en que se iría de Scroope.

–No creía que fueses a volver ahí –contestó ella. Fred se dio cuenta, por su aspecto y mirada preocupada, de que la abrumaba el miedo a Kate O'Hara, como también le pasaba a él.

–Tengo que volver. Me vine para acá corriendo, sin previo aviso.

–Pero ya has escrito diciendo que dejas el regimiento.

–Sí, lo he hecho. Dadas estas circunstancias tan particulares, no creo que quieran que me reincorpore. De hecho he recibido una carta, tan sólo una nota privada, de uno de los compañeros del regimiento en la que me decía eso mismo.

–Entonces no entiendo por qué tienes que ir, de verdad que no lo entiendo.

–¿Y qué hago con mis cosas? Debo algún dinero, y tengo tres o cuatro caballos allí. Hasta me dejé casi toda la ropa.

–Cualquiera se puede encargar de todo eso. Regala los caballos.

–Prefiero no regalarlos –dijo él riéndose–. El caso es que tengo que ir.

La condesa ya no pudo seguir insistiéndole. No le nombró a Kate O'Hara, pero Fred bien sabía que estaba pensando en ella, como también sabía que la actividad de lady Mary Quin no había disminuido. Sin embargo, parecía que su tía le tenía más miedo ahora que era el conde que cuando sólo era el heredero, y esperaba que ese respeto le librara de tener que oírla mencionar a Kate O'Hara.

Hasta cierto punto la condesa viuda sí que le tenía miedo a su sobrino. Cuando menos, sabía que el joven era todopoderoso y que podía obrar como se le antojara. Ella ya no contaba con la autoridad del conde de Scroope para apoyarla en cualquier cosa que pudiese decir. Ahora el conde era él, y si

llegara el caso de que le espetara que se callara y se metiera en sus propios asuntos, a ella no le quedaría más remedio que aguantarse. Sin embargo, no era la clase de mujer que permitía que ningún miedo ni ninguna preocupación sobre el respeto que se le debía se interpusieran en su camino cuando consideraba que tenía un deber que cumplir. Hemos de decir en su favor que, de haber tenido su sobrino poder para ordenar que le cortasen la cabeza por entrometerse, ella habría hablado igualmente de estar convencida de que debía hacerlo.

No obstante, en su interior sentía unos terribles conflictos con respecto a ese deber. En efecto, la actividad de lady Mary Quin no había disminuido en absoluto; se había enterado del estado de Kate O'Hara y había enviado la noticia a su amiga con voraz rapidez. Y, al enviarla, a lady Mary Quin no le quedaba la menor duda sobre cuál era la obligación del actual conde de Scroope. De acuerdo con su forma de pensar, bajo ninguna circunstancia podía ser la obligación de un conde de Scroope casarse con una Kate O'Hara. Hay mujeres que, cuando se trata de los problemas que en esos momentos había en Ardkill Cottage, siempre piensan que hay que castigar a la mujer por pecadora y que hay que ayudar al hombre a escapar. La dureza de corazón de tales mujeres, que quizá en todas las demás facetas de la vida sean afectuosas y de carácter dulce, es uno de los aspectos más sorprendentes de nuestro sistema social. Es como si se trazase una línea que incluyese a todas las féminas –una línea que, al fin y al cabo, no es más que una línea–, y que, al rebasarla, o más bien saberse que la ha rebasado, una mujer dejase de serlo a juicio de las de su propio género. El que la existencia de ese sentimiento tiene una fuerte influencia a la hora de evitar que las mujeres crucen esa línea es algo que nadie duda. Es posible que se trate de una tendencia general más buena que mala, pero la dureza que se necesita para mantener la norma, una dureza que es exclusivamente femenina y que rara vez se echa en falta, es un rasgo asombroso del carácter de las mujeres. Probablemente lady Mary Quin pensara muy poco sobre la cuestión. Las mujeres de la casita del acantilado, amigas del padre Marty, eran para ella unas aventureras católicas intrigantes y peligrosas. El auténtico triunfo de la virtud protestante requería que sus aventuras fracasasen. Lady Mary siempre había sabido que tarde o temprano se enterarían de algo deshonesto de ellas. Cuando apareció el espantoso

capitán en el vecindario, lo cual ella supo enseguida, se alegró al comprobar que su convicción era correcta. Cuando la triste noticia sobre la pobre Kate llegó a sus oídos, ella «siempre había sabido lo que iba a pasar». El que una chica así se convirtiese en la condesa de Scroope en premio a su maldad sería para ella un hecho horrible, casi contrario a la Divina Providencia, testimonio de que en esos momentos se estaba permitiendo demasiado poder al Maligno, y ella habría empleado ese ejemplo en su propio círculo para demostrar la perdición a la que estaba abocado el país por culpa de conceder la emancipación a los católicos. No dudó ni por un instante de que el actual conde recibiría ánimos por todas partes para que rompiese cualquier promesa de matrimonio que le hubiesen sonsacado.

Sin embargo, no pasaba lo mismo con lady Scroope. Llegó a la misma conclusión que su amiga, pero con muchas dificultades y tras muchas luchas internas. Comprendía y valoraba la costumbre de esa línea mágica. En lo más profundo de su ser le parecía bien que existiera un código moral distinto para hombres y mujeres. Aquello que merecía una condena instantánea y, por lo que respectaba a este mundo, perpetua para una mujer, podía perdonarse fácilmente a un hombre. Su respuesta a ese pecado por parte de los herederos de los grandes y ricos sería un suspiro, un movimiento reprobatorio de cabeza y alguna pequeña estratagema inocente que condujera a un feliz matrimonio y a fundar un hogar con una renta aún más grande. Sabía que el mundo no se podía permitir el lujo de condenar al ostracismo a los hombres, pero afortunadamente sí que podía sentenciar a las mujeres. No obstante, tratándose de este caso concreto, y por más que no sentía la menor compasión por esa mujer –en tales ocasiones se necesita ver primero a la mujer antes de poder sentir alguna compasión–, ni la movía ninguna pena por Kate O’Hara, sí que reconocía la inviolabilidad de la palabra de un caballero. Si, tal y como le había escrito lady Mary, y a ella no le costaba nada creerse, el actual conde de Scroope le había prometido a esa chica que se casaría con ella, si se había comprometido de ese modo a cumplir su palabra de noble y caballero, ¿cómo le podía pedir ella que se convirtiera en un bellaco perjuro? «¡Sans reproche!» ¿Era ésa la forma en que iba a empezar Fred su nueva vida y hacerse merecedor del lema de la familia gracias a su conducta?

Pero, de otro modo, el daño sería terrible. No dudaba en absoluto de todo

lo que le había contado lady Mary sobre la chica. Lo peor ya había quedado reconocido. Era católica, de mala familia, sin relaciones y profundamente desacreditada por un padre tan bajo que nada más bajo se podría extraer de las cloacas del mundo. Y ahora ella misma era una... una perdida. Un matrimonio como ése del que hablaba lady Mary no sólo mancillaría a la casa de Scroope durante una generación, sino que provocaría su ruina definitiva. ¿Acaso no se sabría por toda Inglaterra que el siguiente conde de Scroope sería el nieto de un convicto? ¿No se harían preguntas sobre la legitimidad del supuesto heredero? Ella misma sabía de familias nobles que se habían dispersado, desbaratado y casi destruido por ese tipo de imprudencias. Hasta ese momento la familia de Scroope había pasado de generación en generación sin mácula, o casi sin ella. Se había considerado una suerte que el difunto heredero hubiese muerto, a raíz de la mancha que suponía su lamentable matrimonio. ¿Y ahora debía caerles un mal similar, o quizá incluso peor, por culpa de la locura de este joven? ¿Habría que retirar ese orgulloso lema de su lugar en la pared del vestíbulo por pura vergüenza? Sin embargo, el mal aún no estaba hecho, y tal vez lo que ella pudiese decir salvara a la casa de la perdición y la deshonra.

Era una mujer de la que se puede decir que, por mucho que le costara decidirse sobre alguna cuestión, no por eso dejaba de reconocer la necesidad de tomar una decisión, y siempre se regía por ésta una vez que la adoptaba. Le costó horrores convencerse de que un conde de Scroope pudiese faltar a la promesa con la que había seducido a una mujer, pero al final lo consiguió. Se le partió el corazón según reconocía la necesidad de que así fuera. Para ella, una mentira era algo detestable. El que ella mintiese le parecería espantoso. El que Fred mintiese sería aún peor. La virtud, lo que ella llamaba virtud, era el requisito indispensable en un hombre. Y, sin embargo, tenía que decirle que mintiera, y tras decidirse a decírselo, debía emplear todo su intelecto para defender la mentira e insistir en ella.

Fred estaba resuelto a regresar a Irlanda, y no había nada que pudiese hacer ella para impedirlo. No podía pedirle que rehuyera un peligro tan sólo porque fuese un peligro. Él era su propio dueño, y, de pedírselo, sencillamente se reiría de ella. No tenía ninguna autoridad sobre su sobrino, pero, si le hablaba, no le quedaría más remedio que escucharla. Su posición le

garantizaba eso por pura cortesía, y si le hablaba de las obligaciones que tenía hacia su nombre y la familia, entonces Fred ya no podría reírse. Así pues, le envió un mensaje. ¿Sería tan amable de ir a verla a sus habitaciones? Como era de esperar, él accedió a sus deseos y fue.

–Tienes intención de dejarnos mañana, Fred –dijo la condesa.

Todos conocemos la peculiar solemnidad que emana de la vestimenta de una viuda, el aire de sacrificio personal que crean sus ropas, y quizá concedamos que, si a la mujer en cuestión no la detiene la necesidad de ahorrar en su arreglo –ya que cuando se dan esas circunstancias materiales el esplendor es más perfecto si es lo que se busca conseguir–, entonces el sacrificio personal también es más lamentable. Y, en el caso de esta viuda, un aspecto de solemne melancolía, casi de congoja, era algo natural en ella. Su vida siempre había sido seria, solemne y triste. La riqueza y la pompa y solemnidad externas le habían otorgado cierto aire de dignidad, y no cabía duda de que eso le producía algo de satisfacción. También la religión le había dado consuelo, y la rutina de tener que cumplir con algunas pequeñas obligaciones la había salvado del hastío. Pero su vida no había tenido risas, ni apenas sonrisas. Ahora, en sus primeros días de viudedad, le parecía que ya había llegado al final, y se consideraba alguien que, al hablar, lo hacía casi desde la tumba. Todo eso tuvo su efecto en el joven lord. Le infundía cierto sobrecogimiento, y, aunque las ropas de luto no otorgaran a su tía ninguna autoridad, sí que le conferían importancia.

–Sí, me voy mañana –contestó él.

–¿Y sigues queriendo ir a Irlanda?

–Sí, tengo que volver a Irlanda, pero ya sabe que no me voy a quedar allí.

La condesa hizo una pausa antes de continuar.

–¿Y verás... a esa joven mientras estés allí?

–Sí, supongo que la veré.

–Te ruego que no pienses que quiero entrometerme en tus asuntos privados. Sé bien que no tengo derecho a asumir contigo esa clase de autoridad afectuosa que podría ejercer una madre, aunque lo cierto es que te quiero como a un hijo.

–En ese caso, yo la trataría a usted como lo haría con mi propia madre.

–No, Fred, eso no puede ser así. Una madre se agarraría a tu cuello si viera

que te ibas a algún peligro. Una madre te seguiría con la esperanza de salvarte.

–Pero es que no hay ningún peligro.

–Ay, Fred, me temo que sí que lo hay.

–¿Y qué peligro es ése?

–Eres ahora el cabeza de una de las familias más antiguas y nobles de esta que, de corazón, creo que es la menos pecadora de entre todas las naciones pecadoras del malvado mundo.

–No acabo de ver eso muy claro... Me refiero a lo del mundo. Lo de la familia sí que lo entiendo, por supuesto.

–Pero ¿amas a tu país?

–Sí, sí. No creo que haya ningún otro lugar como Inglaterra... para vivir.

–Pues Inglaterra es lo que es porque todavía quedan algunos entre nosotros que nacen para pertenecer a la clase superior y que saben estar a la altura del nivel que se les exige. Tu tío era uno de ellos, como jamás ha habido otro igual.

–Por supuesto que lo era; justo la clase de hombre que debía ser.

–Honorable, leal, afectuoso, abnegado, afable con todos, pero siempre consciente de su posición; daba mucho porque mucho le había sido dado, reafirmaba su nobleza para beneficio de quienes le rodeaban, estaba orgulloso de su clase por el bien de su país y soportaba sus penas con la dignidad del silencio; ¡un noble de la cabeza a los pies, que vivió hasta el final «sans reproche»! Era un hombre al que deberías atreverte a imitar, aunque puede que seguir sus pasos te sea difícil.

Ella no le hablaba en voz alta, mas sí con mucha claridad, mientras lo miraba fijamente a la cara según permanecía inmóvil ante él.

–Sí, era todo eso –asintió Fred, casi abrumado por la sinceridad y solemnidad de la actitud de su tía.

–¿Vas a intentar seguir sus pasos?

–Dos hombres nunca pueden ser iguales en ese sentido. Yo nunca podré ser lo que fue él, pero intentaré hacerlo lo mejor que pueda.

–¿Tendrás siempre presente la clase a la que perteneces?

–Sí, la tengo muy presente. He de decir, tía, que tampoco es que me alegre de pertenecer a ella, pero creo que comprendo cuál es mi deber y me voy a

esforzar al máximo. De todos modos, lo cierto es que Jack sería mejor conde que yo.

–Dios Nuestro Señor te ha puesto donde estás, y debes rogarle para que te permita cumplir con tu deber en este puesto en el que ha tenido a bien situarte. Aquí estás y has de acatar su mandato, y si es un privilegio que disfrutar, has de disfrutarlo, y si es una carga que soportar, has de soportarla.

–Sí, así es, por supuesto.

–Si sabes eso, también sabrás lo mucho que te corresponde no profanar el linaje del que descienes.

–Yo diría que ya fue profanado –replicó Fred, que había estado investigando la historia de la familia–. Al parecer, el noveno conde se casó con una don nadie, y el hijo de ésta fue el abuelo de mi tío.

Eso fue un duro golpe para lady Scroope, pero lo soportó con dignidad y valor.

–No creo que quieras que se diga de ti que imitaste al único de tus antepasados que se descarrió. El mundo era más difícil entonces que ahora, y ese del que hablas era soldado.

–Yo también soy soldado –alegó el conde.

–¡Ay, Fred, cómo me puedes decir eso! Él fue soldado en tiempos difíciles, cuando había guerras. Yo creo que se casó cuando estaba en el ejército a las órdenes de Marlborough⁴.

–Sí, la verdad es que yo no he conocido nada de eso.

–Ahora tu país está en paz, y tu lugar está aquí, en Scroope, con tus arrendatarios. ¿Me prometes, Fred, que no te casarás con esa chica irlandesa?

–Si al final me caso con ella, toda la culpa será de esa solterona del castillo Quin.

–No digas esas cosas, Fred. El que llegaras a hacerlo es del todo inconcebible. Cualquiera que haya sido la conducta de lady Mary, no puede hacer buenos aquellos actos tuyos que estén mal, ni malos los que estén bien.

–Es una arpía entrometida y asquerosa.

–No voy a hablar de ella. No serviría de nada. De todos modos, no te puede extrañar que yo esté tan preocupada. Le hiciste a tu tío la solemne promesa de que jamás te casarías con esa señorita.

–Pues, si la hice, con eso debería bastar.

Fred empezaba a enfadarse, y el rostro a ponerse rojo. Estaba dispuesto a aguantarle mucho a la viuda de su tío, pero también era consciente de su propio poder y no pensaba soportarle demasiado.

–Ya sé que no te puedo obligar. Conozco de sobra lo impotente que me hallo para ejercer ningún control sobre ti. Pero creo, Fred, que por el bien de tu tío no deberías negarte a repetirme la promesa, si tienes intención de cumplirla. ¿Por qué te crees que estoy tan preocupada? Es por tu bien, y por el bien de un nombre que debería ser aún más valioso para ti de lo que lo es para mí.

–No tengo la menor intención de casarme.

–No digas eso.

–Pues lo digo. Quiero que tanto Jack como usted sepan lo que voy a hacer de aquí en adelante. Esa señorita, de la que, por cierto, ni lady Mary Quin ni usted saben nada, no se convertirá en la condesa de Scroope. Estoy totalmente decidido.

–¡Gracias a Dios!

–Pero, mientras ella viva, ninguna otra mujer se convertirá tampoco en la condesa de Scroope. Que se case Jack con esta chica de la que está enamorado. Que vivan aquí y tengan toda la casa para ellos, si es lo que quieren. Que se ocupe él de la finca y reciba la renta que Mellerby quiera darle. Voy a cumplir la promesa que le hice a mi tío, pero cumplirla hará imposible que yo pueda vivir aquí. Y ahora, prefiero que no me hable usted más del tema.

Entonces la dejó y salió de la habitación con paso un tanto majestuoso, como si fuera consciente de que en un momento así le correspondía hacer gala de su posición.

La condesa viuda se quedó sola toda la mañana pensando en lo que había hecho. Ahora estaba convencida de que Fred no se iba a casar con Kate O'Hara, y también de que era ella la que lo había instado a tomar esa decisión. Al hacerlo, ¿había cometido un pecado capital? Conocía casi con todo detalle lo que había pasado en la costa de Clare. Una chica, hasta entonces inocente, había sido engatusada hasta caer en la perdición por medio de unas palabras de amor que una promesa de matrimonio hacía sagradas. ¡Y esa promesa, de eficacia tan mortífera, ahora sencillamente se iba a romper!

Eso sería una crueldad con ella totalmente deplorable y diabólica, sin duda merecedora del infierno, si es que algún pecado masculino lo era. Y ella, que no podía dejar de sentir cierto orgullo por la austera moralidad de su existencia, ella que ahora era una viuda que ansiaba dedicar su vida por entero a Dios, lo había convencido a él para que cometiese ese pecado, de manera que su sucesora como condesa de Scroope no fuese alguien que, en su opinión, era indigna de pertenecer a la nobleza. Y el joven lord le había prometido que cometería ese pecado, tan deplorable y diabólico, pero había añadido que, como consecuencia de esa promesa, tendría que continuar llevando una vida de depravación. En plena agonía, la condesa cayó al suelo de rodillas e imploró al Señor que la perdonara y la guiara. No obstante, ni aun arrodillada ante el trono celestial pudo olvidarse de su orgullo de clase. Que el joven conde se salvara de ese pecado que lo condenaría, pero también de ese matrimonio que lo mancillaría; ésa fue la oración que rezó.

4. John Churchill (1650-1722), primer duque de Marlborough (es el Mambrú de la canción popular española), que tuvo un papel destacado en diversos acontecimientos bélicos de finales del siglo XVII y principios del XVIII.

Con tan pocas ataduras

Ese día ya no se vio más a la condesa, al menos por lo que respectaba a los dos hermanos. La señorita Mellerby entraba en su habitación de vez en cuando, pero sólo durante unos pocos minutos en cada ocasión, tras lo que informaba de que lady Scroope se encontraba mal y no podría bajar a cenar. No obstante, vería a su sobrino antes de que se marchase a la mañana siguiente.

El propio Fred había quedado muy afectado por la conversación con su tía. Sin duda había hecho con anterioridad una promesa a su tío que era similar a la que ahora ella le había sacado. Sin duda él mismo había decidido, después de lo que consideraba que era una seria reflexión, que no se casaría con la chica, decisión que justificaba con el engaño del que pensaba que había sido víctima con respecto al capitán O'Hara. Aun así, sentía que lo que acababa de ocurrir lo obligaba con más fuerza que nunca a no contraer ese matrimonio. Podía decirse que la promesa que le había hecho a su tío sólo era vinculante mientras éste viviera. Después habría tenido plena libertad para cambiar su propia decisión cuando se le antojara. Pero, aunque su tía no era casi nada suyo –de hecho prácticamente no era su tía, sino sólo la viuda de su tío–, había una solemnidad en el compromiso al que había llegado ahora con ella que pensaba que lo ataba definitivamente. Tenía que ir a Ardkill preparado para decirles toda la verdad. Lo dispondría todo como ellas quisieran con respecto a su futura vida en común, siempre que Kate no se convirtiera en la condesa de Scroope. No intentó ocultarse la terrible naturaleza de la tarea que le aguardaba. Sabía lo grande que sería la indignación del cura. Se podía imaginar la ferocidad de la madre, que defendería a su hija como una leona a sus cachorros. Se figuraba que la daga podría volver a salir de su escondite. Y, lo peor de todo, vería a Kate abatida por la pena, y apelando a su amor y a sus promesas, cuando le revelase la

verdad de su vida de ahí en adelante. Aun así, en ningún momento pensó en rehuir la tarea que tenía ante él. No soportaría vivir sintiéndose un cobarde.

Se comportaba de un modo muy melancólico que no era habitual en él.

–Es muy amable de su parte que se haya quedado aquí –le dijo a Sophie Mellerby. Habían intimado bastante y prácticamente se consideraban amigos. Si en algún momento ella había dejado que se encendiese una chispa de esperanza en su interior con respecto al joven conde, hacía ya tiempo que se había apagado. Había reconocido para sus adentros que, de haber sido posible su relación, no estaban hechos el uno para el otro, así que ahora eran amigos.

–Le tengo mucho cariño a su tía, y me alegro mucho de poder estar con ella.

–Me gustaría que también quisiera usted mucho a alguien más.

–Puede que lo haga, algún día, aunque tampoco sé a quién podría ser...

–Sabe muy bien a quién me refiero.

–Sí, supongo que sí.

–Entonces ¿por qué no lo ama? ¿Acaso no es buen hombre?

–Una no puede amar a todos los buenos hombres, lord Scroope.

–No encontrará nunca a otro mejor que él.

–¿Le ha pedido que me hable de su parte?

–Sabe que no. Él sería la última persona del mundo que pidiese algo así.

–Es que me ha sorprendido usted...

–Porque tengo mis razones para hablar.

–No me cabe la menor duda.

–No creo que tenga ningún efecto en usted, pero, de todos modos, es algo que ha de saber. Si de verdad hay algún hombre de mi edad que pueda tomar una decisión en firme sobre una cuestión así, créame cuando le digo que ése soy yo, y he decidido que... que no me voy a casar nunca.

–Vaya tontería, lord Scroope.

–Bueno, sí, puede que lo sea... Pero estoy tan decidido que le voy a pedir a mi hermano que se venga a vivir aquí permanentemente, como señor del lugar. Como tendría que dejar su regimiento, haría falta, por supuesto, dejar bien claro cuál sería su posición aquí, y lo pienso hacer.

–Espero de verdad que sea usted quien viva siempre aquí.

–No puede ser. Las circunstancias lo han hecho imposible. Si él no quiere,

y mi tía tampoco, habrá que cerrar la casa, pero no me gustaría nada tener que hacerlo. Le rogaré a Jack que se quede aquí, exactamente en el mismo puesto en que estaría yo si... si las cosas no me hubiesen ido tan mal. Así él tendrá una casa que ofrecerle a usted si...

–¡Lord Scroope!

–Sé lo que me va a decir, Sophie.

–Creo que no estoy dispuesta a casarme sólo para tener una casa en la que vivir.

–Ve, sabía que lo iba a decir, pero creo que he hecho bien en hablarle de esto. Y créame cuando le aseguro que Jack no sabe absolutamente nada.

Esa misma noche le dijo casi lo mismo a su hermano, aunque no hizo ninguna alusión concreta a Sophie Mellerby.

–Sé que hay mucho que hacer cuando se vive en una casa como ésta, pero yo no soy el indicado. Es una clase de vida muy buena si uno está a la altura de las circunstancias. Yo no lo estoy, pero tú sí.

–Mi querido Fred, no puedes cambiar nuestros nacimientos.

–En gran medida sí que puedo, o al menos sí que podemos entre los dos. Tú no puedes ser lord Scroope, pero sí que puedes ser el señor de Scroope Manor.

–No, no puedo, y, lo que es más, no quiero. No te pienses que soy descortés.

–Estás siendo descortés, Jack.

–Al menos no soy desagradecido. Lo único que quiero que entiendas por completo es que ese tipo de arreglo es del todo imposible. En ningún caso me prestaría a ser el suplente de otro hombre. Ahora tienes veinticinco o veintiséis años. A los treinta puede que ya estés casado y necesites tu casa.

–Firmaría la escritura de cesión que hiciera falta.

–¡Para que yo pudiese mantener al dueño de la finca fuera del lugar en el que le corresponde estar! Es un poder que jamás emplearía, ni quiero poseer. Créeme, Fred, cuando te digo que un hombre tiene la obligación de someterse a las circunstancias que lo rodean, si está claro que son beneficiosas para el mundo en general. Tiene que haber un conde de Scroope, y ahora lo eres tú.

Estaban sentados en la terraza tras la cena, y durante algún tiempo guardaron silencio. La argumentación de su hermano era demasiado

contundente para el joven lord, que era incapaz de poder tratar con alguien tan dogmático. Aun así, aprovechó las últimas palabras que había dicho Jack:

–Puede que yo no sea el conde por mucho tiempo –dijo al fin.

–Cualquiera de nosotros podría morir hoy mismo o mañana –replicó su hermano.

–Tengo una especie de presentimiento... no de que me vaya a morir, sino de que no voy a volver a ver Scroope nunca más. Es como si estuviera a punto de marcharme para siempre de un lugar que nunca me ha agradado.

–No creo en los presentimientos.

–No, claro que no, tú no eres de esa clase de personas, pero yo sí. No me veo viviendo aquí con una docena de viejos carcas a mi alrededor, todos sin hacer nada, tocándose el sombrero y llamándome «milord» a cada instante, con aspecto muy respetable pero tan ociosos como un carterista.

–Pues tendrás que hacerlo.

–Tal vez, aunque no lo creo. –Entonces hubo otra pausa–. Cuanto menos hable de esto, mejor, pero sé que me aguarda una tarea muy difícil en Irlanda.

–No te envidio, Fred, ya lo creo que no.

–No vale la pena hablar de eso. Hay que hacerlo, y cuanto antes, mejor. No tengo ni la más remota idea de lo que haré después. Ni sé dónde estaré viviendo dentro de un mes. Sólo puedo decir algo con certeza, y es que no volveré aquí. No hay nadie con tan pocas ataduras como yo.

¡Era terrible que un joven con el poder para hacer tanto bien o tanto mal no tuviese nada que lo atara al buen camino! Estaban el lema de la familia, y las promesas que había hecho a su tío, para convencerlo de lo que era respetable y, en su opinión, aburrido; y, frente a esas influencias, estaba la sensación insuperable de que no estaba hecho en absoluto para llevar la clase de vida que se esperaba de él. Y a eso se le unía la cuestión de esa lamentable relación irlandesa de la que sabía que sería vil huir, y que le parecía que imposibilitaba cualquier intento suyo de ser respetable.

Temprano a la mañana siguiente, mientras se preparaba para partir, su tía lo mandó llamar de nuevo. Salió a recibirlo a la sala de estar contigua a su dormitorio y lo abrazó. Tenía los ojos rojos de llorar y el rostro pálido de preocupación.

–Fred –dijo–, mi querido Fred...

–Adiós, tía. Lo último que tengo que decirle es que le ruego que no se vaya de Scroope mientras siga a gusto aquí.

–¿Volverás?

–No le puedo asegurar nada.

Ella lo tenía cogido con ambas manos y lo miraba a la cara con expresión cariñosa, asustada y nostálgica.

–Sé que pensarás sobre lo que hablamos ayer –dijo.

–Por supuesto que no lo voy a olvidar.

–He estado rezando por ti, Fred, y ahora te conmino a que le pidas a tu Padre que está en el cielo que sea Él quien te guíe, en lugar de cualquier pobre humano débil y pecador. Pídele que te mantenga firme por el buen camino, con el corazón puro y tus pensamientos libres de maldad. Sí, Fred, muéstrate limpio de cuerpo y mente ante Él, y si te arrodillas y le suplicas protección, Él te mostrará la forma de salir de cualquier atolladero.

Ése era el modo en que intentaba explicarle que la promesa que le había hecho el día anterior no contaba para nada, y que debía casarse con esa chica si era la única manera de que se mantuviese apartado del vicio. Sin embargo, era incapaz de decirle con todas las palabras que sería mejor que se casase con Kate O’Hara y que llevase a Scroope a su condesa para que pudiese ser recibida como era debido por su predecesora. Aún cabía la posibilidad de que el Señor le mostrara la forma de huir de ambos males.

Su hermano, por el contrario, fue mucho más claro con él mientras salían al patio en el que el joven conde iba a coger el carruaje.

–Considerándolo todo, Fred, yo de ti me casaría con la chica. –Eso lo dijo súbitamente. El joven lord negó con la cabeza–. Tal vez yo no conozca todas las circunstancias, pero, si son tal y como tú me las has contado, yo me casaría con ella. Adiós. Házmelo saber cuando decidas adónde vas a ir.

–Ten por seguro que te escribiré –dijo Fred mientras cogía las riendas y se sentaba en el faetón.

Entendió con claridad el consejo de su hermano, y el de su tía creía haberlo entendido. Sin embargo, volvió a negar con la cabeza según se decía que, llegados a ese punto, no se podía dejar guiar por ninguno de los dos.

En Liscannor

El joven lord durmió una noche en Ennis, y, al tercer día después de su salida de Scroope, partió en calesa hacia Liscannor y los acantilados de Moher. Se llevó con él un sirviente y una muda, e hizo el camino muy apesadumbrado. No podría vivir sintiéndose un cobarde. De no ser así, habría estado encantado de ahorrarse el sufrimiento de ese viaje y pedir a su Kate que se reuniese con él en Inglaterra. Le tenía miedo al cura y también a la madre; no por la daga, sino por su mirada y palabras feroces. Dudaba por completo de su capacidad para realizar satisfactoriamente la tarea que tenía ante sí. Conocía a hombres que podrían realizarla. Su hermano Jack podría, en el caso de que fuese posible que su hermano Jack se viese alguna vez en una situación tal. Sin embargo, era consciente de que él era de una debilidad y ternura casi femeninas –que, para ser justos con Fred, no confundía con sinceridad– que lo incapacitaban para esa tarea. Cuanto más lejos estaba de Scroope y más cerca de los acantilados, más fuerte se hacía esa sensación en él, hasta dominarlo de un modo casi trágico. No obstante, seguía adelante, pues tenía que hacer esa nueva visita a los acantilados.

En Limerick ni siquiera se pasó por el cuartel a ver a sus antiguos compañeros de regimiento. En Ennis durmió en su habitación de siempre y, por supuesto, los dos oficiales que estaban allí acuartelados fueron a verle. Sin embargo, ambos afirmaron cuando lo dejaron que el conde de Scroope y Fred Neville eran personas muy distintas, y atribuyeron la diferencia únicamente a la dignidad y riqueza del nuevo noble. El pobre Simpkinson había esperado tener largas conversaciones confidenciales entre susurros sobre las damas de Ardkill, pero el conde apenas le dio las gracias por aquel desplazamiento, con lo que las confidencias susurradas que tanto le habrían agradado se volvieron imposibles.

–Santo cielo, no hay nada como un título nobiliario para estropear a un

hombre. Antes era muy buen compañero –dijo el capitán Johnstone mientras los dos oficiales se retiraban de la habitación del conde.

Y éste también vio al señor Crowe, el abogado, el cual reconocía plenamente la importancia de un hombre al que ahora podía llamar «milord» cuando quisiera, y del que había hecho algunas indagaciones sobre su situación económica muy satisfactorias. Bastaron unas pocas palabras. El capitán O'Hara se había marchado, y se le pagaría el dinero con regularidad. El señor Crowe también se dio cuenta del adusto silencio de su cliente, pero pensó que era el adecuado en un conde con posesiones tan verdaderamente nobles. De los habitantes del castillo Quin, que apenas podían hacer más que pagar sus gastos de buena familia rural, y que eran meramente irlandeses, el señor Crowe no tenía gran opinión.

A cada hora que el lord se hallaba más cerca de Liscannor, crecía la opresión de su pecho. Mientras conducía la calesa por el inhóspito camino de Ennistimon, su pesadumbre era en verdad muy grande. Al llegar a Maurice's Mills⁵, el único lugar de descanso de todo el camino, siempre había tenido costumbre de dar de beber al caballo, pero esta vez no lo hizo, por más que la pobre bestia habría estado encantada de detenerse allí. Sin ninguna piedad obligó al animal a continuar, mientras a él mismo lo dominaba una sensación de intranquilidad que no le permitía pararse. Ahora ya odiaba aquellas tierras, y casi se dijo que también odiaba a todos cuantos éstas contenían. Cuán triste era su suerte, condenado al principio de su etapa de esplendor, en los primeros días de una trayectoria que podría haber sido tan magnífica, a padecer una desgracia tan sórdida e inmundada como ésa. Para él, para alguien a quien las circunstancias habían colocado en su posición, era sórdida e inmundada. Por culpa de unas pocas palabras dulces que le había dicho a una pobre chica a la que había encontrado por casualidad entre las rocas, ahora se veía atado con unas viles esposas, inmovilizado, retenido y encadenado hasta tal punto que no le quedaba más remedio que renunciar a toda la gloria de su posición social. Tenía a su disposición una fortuna casi ilimitada, además de la dignidad, juventud y dones personales, tanto de aspecto como de actitud, que mejor sirven para ganarse el afecto general. Le había hablado a su hermano de su falta de aptitud para hacerse cargo del condado, pero bien que lo habría pregonado a voz en cuello, ya fuera en Scroope o en Londres,

rodeado de los jóvenes lores más selectos, y habría estado encantado de hacerlo. Sin embargo, esa aventura, como siempre había acostumbrado a llamarla, había caído sobre él y, por así decirlo, lo había hecho pedazos. Pagaría miles de libras al año con tal de librarse de esa aventura, pero sabía muy bien que esas miles de libras no servirían de nada. Habría podido enviar a Irlanda a algún señor Crowe inglés que hiciese ofertas casi regias, pero había llegado a conocer tan bien a las personas implicadas que sabía que las ofertas regias, en las que la realeza sólo sería la que figuraba en los billetes, no serviría de nada. ¿Cómo miraría esa mujer a cualquier mensajero que fuese a ofrecerle dinero, y le propusiera llevarse a su hija a algún lugar de reclusión lujoso, pero también vergonzoso? ¿Y con qué lenguaje se expresaría el padre Marty al proponerle semejante acuerdo? Y así continuaba su viaje el conde de Scroope, sintiéndose cada vez más acongojado.

Era necesario, por supuesto, que ideara algún plan. Tenía intención de coger una habitación para una noche en la pequeña posada de Ennistimon, dejar la calesa allí e ir en carro hasta Liscannor. Pensaba que sería mejor que viese primero al cura. Mirara por donde mirase la tarea que tenía entre manos, comprobaba que era mala por todas partes. Una entrevista con el padre Marty sería muy mala, pues tenía que exponerle sus intenciones de modo que al cura no le quedase la menor duda acerca de ellas. Sólo iba a hablar con tres personas, pero a las tres les tenía que decir toda la verdad. Había diversas razones que impedían que Kate O'Hara fuese la condesa de Scroope. Ya podían hacerlo pedazos, que no pensaba cambiar de decisión. Si la acataban, podrían hacer con él y con todo lo que le pertenecía casi lo que quisieran. Se lo explicaría primero al cura, si daba la casualidad de que lo encontraba en casa.

Dejó la calesa y al sirviente en Ennistimon y continuó, como era su intención, por el camino de Liscannor en un carro descubierto. A mitad de trayecto, a unos tres kilómetros de la ciudad, se encontró con el padre Marty a caballo. Casi había deseado –bueno, de hecho lo había deseado– que éste no estuviera en casa, pero ahí tenía al león delante de él.

–Milord –dijo el cura en su tono más amable de buen humor, y su tono cuando se hallaba en ese estado era muy amable–, milord, qué gusto les da a mis ojos cansados verlo. Me dijeron que iba a venir hoy o mañana, así que di

por sentado que sería al día siguiente, pero veo que ha cumplido usted su palabra.

El conde de Scroope se bajó del carro y, dándole la mano al cura, contestó a su amable saludo. Sin embargo, lo hizo con un aire forzado y solemne que el cura también atribuyó a su dignidad recién adquirida. Fred Neville, como lo había conocido hasta una o dos semanas antes, casi se estaba arrastrando ante él, pero en ese momento el cura pensó que se estaba envolviendo con las martas y armiños de su nobleza. No obstante, había regresado, lo cual quizá fuese más de lo que el padre Marty se había esperado, y había que conseguir de él lo mejor para la felicidad futura de la pobre Kate.

–Me imagino que va usted a Ardkill, milord –dijo el cura.

–Sí, por supuesto, pero he venido por el camino de Liscannor a propósito para verle a usted. Voy a dejar el carro allí y después subir andando. ¿Le viene bien a usted volver para allá?

–Bueno, sí, supongo que puedo...

–Si pudiera, padre Marty...

–Sí, claro que sí. –El cura ya se había dado cuenta de que había algo en la actitud de aquel hombre que no era mero orgullo altanero. Mientras el conde se subía de nuevo al carro, el otro giró el caballo y los dos volvieron al pueblo sin mayor conversación. El chico del patio se hizo cargo del caballo del cura, y después éste condujo a Fred al interior de la casa–. No hemos cambiado mucho de costumbres, ¿verdad, milord? –dijo según cogía una botella de whisky del aparador–. ¿Quiere comer?

–No, gracias, padre Marty, no quiero nada, gracias. –Entonces tomó aliento y empezó. Había llegado el momento terrible, y tenía que resistir como mejor pudiera–. Como ve, padre Marty, he vuelto. Eso se daba por descontado.

–Bueno, sí, milord. Tal y como están las cosas, se daba por descontado.

–Y aquí estoy. He venido lo antes que he podido. Como comprenderá, era necesario que me quedara en casa unos días después de lo sucedido en Scroope.

–Por supuesto, por supuesto. Sin embargo, espero que no se enfade conmigo si le digo que, después de lo sucedido aquí, se le aguardaba con mucha impaciencia. Pero el caso es que aquí está, y todo aún puede ir bien.

Como ministro de Dios, tal vez debiera reprenderle, pero no soy muy dado a reprender mucho, y quiero demasiado a esa querida e inocente carita joven para desear ahora otra cosa que no sea que su dueña reciba de manos de usted lo que le corresponde ante Dios y los hombres.

Fred se dio cuenta de que el cura lo sabía todo. Tampoco le sorprendía, ya que lo que tenía que haber sido el secreto de Kate y él hasta lo conocía lady Mary Quin. Y entendió muy bien a lo que se refería el cura al hablar de lo que le correspondía a Kate O'Hara ante Dios y los hombres, y percibió, o creyó percibir, que el cura no dudaba de que se fuese a celebrar el matrimonio, ahora que él, la víctima, había vuelto a la costa occidental de Irlanda. ¿No era él víctima de un complot? ¿No lo habían engatusado para que hiciese unas promesas a la chica que jamás le habría hecho de saber la verdad sobre su padre? Ni siquiera entonces acusaba a Kate, a su Kate, de participar en ese complot. Sin embargo, estaba claro que la señora O'Hara y el cura habían conspirado contra él. Eso tenía que tenerlo muy en cuenta. En la terrible tarea que estaba obligado a iniciar en esos momentos, debía basar su defensa principalmente en eso. Sí, tenía que dar inicio a la misión que lo llevaba allí, sin mayor dilación. Con todas sus doradas perspectivas, con todos sus dorados honores ya en su posesión, antes habría preferido morirse a tener que empezar aquello, pero tampoco podía morirse y a la vez llevarlo a cabo.

—Padre Marty —dijo—, no puedo hacer a la señorita O'Hara condesa de Scroope.

—¿Que no la puede hacer condesa de Scroope? ¿Y qué la va a hacer entonces?

—Precisamente estoy aquí para hablar con usted de eso.

—¿Qué pretende usted, señor? Después de que ha hecho con ella lo que ha querido, y ha mancillado su dulce inocencia, ¿no se va a casar con ella? Usted no me puede mirar a la cara, señor Neville, y decirme eso.

En eso el cura tenía razón. El joven conde fue incapaz de mirarlo a la cara mientras balbucía su explicación y su propuesta. El corpulento y fuerte anciano permaneció totalmente inmóvil y callado conforme el otro, con palabras vacilantes y mal elegidas, intentaba minimizar y justificar su conducta del pasado y sus intenciones para el futuro. Seguía albergando la

confusa idea de contraer alguna clase de matrimonio que lo uniese para siempre a esa mujer, pero que no le diese derecho al título, ni tampoco derecho a éste ni a las posesiones a su hijo.

–Tendrían que haberme hablado de ese capitán O’Hara –añadió, tras completar su propuesta con muchas oraciones a medio formar.

–¿Y me está echando la culpa de eso a mí?

–Usted me lo debería haber dicho, padre Marty.

–¡Juro por el gran Dios que nunca creí que alguien pudiese ser tan villano! ¡Como que quiero llegar a la gloria divina que nunca lo creí posible! ¡Que yo se lo debería haber dicho! Ni la señora O’Hara ni yo sabíamos o pensábamos que ese hombre estuviese vivo. ¿Y qué tiene que ver él con todo esto? ¿Es que ella es vil porque su padre tenga muchas faltas? ¿Es que ella es distinta a como era cuando usted la apretó por primera vez contra su pecho por culpa de los pecados de su padre?

–Pero sí que supone una diferencia, señor Marty.

–¡Después de lo que ha hecho usted, no supone ninguna diferencia! Cuando le juró que sería su esposa, y la conquistó con esos juramentos, ¿acaso había alguna cláusula en el contrato que dijese que no sería vinculante si usted descubría algo de sus padres que no le complaciera?

–Yo tendría que haberlo sabido todo.

–Usted sabía todo lo que sabía ella, y todo lo que sabía yo. Usted sabía todo lo que sabía su madre. No, lord Scroope, es imposible que sea usted un villano tan indescriptible. Usted es su propio señor. Desdígase de lo que me ha dicho, y le aseguro que los oídos de ella nunca sufrirán a causa de la menor mención a esas palabras, ni se le partirá el corazón.

–No puede ser la condesa de Scroope. Usted es cura y puede emplear las palabras que quiera conmigo, pero no puedo hacerla condesa de Scroope.

–Y va a haber que emplear más que palabras con usted, mi joven lord. En cuanto a esa intriga suya de un matrimonio falso...

–Yo no he hablado de ningún matrimonio falso.

–¿Y de qué ha hablado entonces? Pues claro que ha hablado de eso. Usted me ha propuesto a mí, a mí, a un sacerdote ante el altar de Dios, celebrar un matrimonio falso, de manera que esas dos pobres mujeres, a las que a usted le da miedo enfrentarse, puedan ser engatusadas, engañadas y destrozadas.

–Voy a enfrentarme a ellas en este mismo instante.

–Entonces debe de tener usted el corazón muy de piedra. ¿Quiere que le diga las consecuencias? –El cura se detuvo un momento, durante el que el joven estalló en lágrimas y escondió la cara contra la pared–. Le voy a decir las consecuencias, lord Scroope. Se morirán. La vergüenza y la pena que usted les ha causado las llevará a la tumba, y con eso terminarán sus problemas en este mundo. Pero, mientras yo viva, no habrá descanso para usted. Soy viejo, y puede que pronto esté bajo tierra, pero dejaré instrucciones para que su iniquidad se proclame y sea conocida en sitios importantes. Lo seguiré a usted mientras viva, y cuando ya no esté, otro se ocupará de mi misión. Mi maldición caerá sobre usted, la maldición de un servidor de Dios, y usted quedará maldito para siempre. Si eso le parece bien, váyase ahora a Ardkill y cuénteles su historia. Ella está esperando a recibir a su enamorado. Vaya a verla y clávele de inmediato un puñal en el corazón. ¡Vaya, señor mío! A menos que sea capaz de cambiar todo esto y de rectificar según le hablo, no es digno de seguir bajo mi techo.

Tras decir eso, y a la espera de ver el efecto de su indignación, el cura salió de la casa, se montó en el caballo y se marchó. El joven lord sabía que había sido insultado; era consciente de que le habían dicho unas cosas muy graves que alguien de su posición rara vez diría a otro, ¡y él lo único que había hecho era permanecer todo el rato con la cara contra la pared, incapaz de decir nada y sollozando! El cura se había ido, después de decirle que se fuera de su casa porque su presencia la deshonoraba, y, aun así, él no había contestado nada. Pero él era el conde de Scroope, el decimotercer conde de Scroope, un hombre colmado de honores en su propio país. ¿A santo de qué había ido allí a que lo llamasen villano? ¿Y por qué era el mundo tan duro con él, que al oírse llamado así lo único que podía hacer era echarse a llorar como una chica? ¿Es que se había portado peor que otros hombres? ¿Acaso no estaba deseando compensar su falta como fuese, excepto haciendo lo que le habían enseñado a pensar que sería una falta aún mayor? Mientras salía de la casa, intentó volverse más duro con Kate O’Hara. El cura le había mentado sobre el padre de ella. Seguro que sabían que ese hombre estaba vivo. Lo tenían rodeado en medio de ellos, y la ira del cura era parte de la red con la que pretendían atraparlo. Para ellos era mucho lo que estaba en juego. Ser

condesa de Scroope era una oportunidad por la que sin duda valía la pena arriesgarse. Entonces, mientras empezaba a subir la colina camino del cementerio, intentó armarse de valor adquiriendo plena consciencia de la magnitud de su situación. Se obligó a recordar que se hallaba entre personas que eran inferiores a él en posición, educación, riqueza, modales, religión y nacionalidad. Había cometido un error. Pues claro que era culpable. ¿Acaso intentaba huir de las consecuencias de su mala acción? ¿No era su presencia allí, tan poco tiempo después de que hubiese asumido los honores de su familia, prueba suficiente de que admitía con generosidad los cargos que se formulaban contra él? ¿No había ofrecido sacrificarse como ningún otro hombre lo haría? Pero ellos seguían pensando que había mucho en juego. Estaban decididos a que la chica se convirtiese en condesa de Scroope, y él estaba decidido a que no lo fuera. No le importaba sacrificarse a sí mismo, pero no pensaba mancillar el honor de su familia.

Y entonces, mientras pasaba por el cementerio y continuaba hacia el acantilado, le invadió un sentimiento hacia la chica que era muy distinto al de amor reverencial que había depositado en ella cuando aún era pura. Recordó la pobreza de sus vestiduras, la mansedumbre de sus palabras, la limitación de sus ideas. Su sonrisa dulce, cariñosa y persuasiva, que en su momento él tanto había adorado, ahora le parecía infantil e innoble. Ella sólo era un juguete para pasar el rato, no una mujer que mostrar al mundo con el gran título de condesa de Scroope.

Todo eso estaba provocado por su reacción contra las indignadas palabras que le había dirigido el cura. Por un instante se había sentido tan abrumado que se había echado a llorar, pero ni así iban a conseguir que cambiase de decisión. ¡El cura lo había llamado villano, lo había amenazado y maldecido! En cuanto a la villanía, tenía muy clara cuál era su obligación. A las amenazas no valía la pena hacerles el menor caso. Las maldiciones eran el resultado de la bárbara religión de ese hombre. Recordó que era el conde de Scroope y, con eso bien en mente, se armó de valor conforme seguía subiendo hacia la casita.

5. Es una aldea a unos diez kilómetros al noroeste de Ennis.

10

En Ardkill

Unos ojos muy abiertos habían estado vigilando a la espera de ver llegar al joven lord. Cuando estuvo cerca de la casita, la puerta se abrió y Kate O'Hara salió corriendo a recibirlo. Aunque iba predispuesto en contra de ella –todo lo predispuesto que sus falsos razonamientos le habían permitido–, no pudo menos que concederle que lo recibiese como a su enamorado. Al instante la tuvo entre sus brazos, y no pudo menos que apretarla contra su pecho. Ella levantó el rostro hacia el suyo, y él por supuesto lo cubrió de besos. Kate le murmuró unas dulces y cálidas palabras de amor apasionado, y él no pudo menos que contestarle con otras de cariño.

–Soy tuya, ¿verdad? –dijo Kate, mientras seguía abrazándole.

–Toda mía –contestó Fred, rodeándola con más fuerza por la cintura.

Entonces le preguntó por la señora O'Hara.

–Sí, madre está dentro. Se va a alegrar casi tanto como yo de verte. Nadie se puede alegrar tanto como yo. Ay, Fred, mi querido Fred... ¿te debo llamar aún Fred?

–¿Y cómo me ibas a llamar si no, mi amor?

–Estaba pensando si debería llamarte... milord.

–¡Por el amor del cielo, ni se te ocurra!

–No. Serás Fred, mi Fred, aunque el mundo te llame grandes cosas.

Kate volvió a levantar el rostro y apretó más la mano de él que le rodeaba el talle contra su cinturón. Tenerlo de nuevo con ella era catar todas las dichas del cielo mientras seguía en la tierra.

Entraron juntos en la sala de estar, donde encontraron a la señora O'Hara cerca de la puerta.

–Milord –dijo–, sea bienvenido. Lo cierto es que lo necesitamos mucho. No le voy a reprender, ya que viene a compensar su falta. Si me lo permite, lo querré como a un hijo.

Mientras hablaba, cogió la mano derecha de él entre las suyas, y después levantó el rostro y lo besó en la mejilla.

Fred no podía oponerse a esas palabras, ni tampoco negarse al beso. Y, sin embargo, para él el beso era como el de Judas, y las palabras eran falsas, tramadas, preparadas, para que después de oírlas él ya no tuviera escapatoria. Pero sí que iba a escapar. Volvió a decidir, incluso entonces, que iba a escapar, pero en esos momentos no podía responder a esas palabras. Aunque la señora O'Hara le sujetaba una mano, Kate seguía agarrada a su otro brazo, y no podía apartarla de él de un empujón. Siguió agarrada a él cuando la madre le soltó la mano derecha, y casi yació sobre su pecho cuando se sentó en el sofá. Lo miró a los ojos en busca de una muestra de ternura, y él no pudo abstenerse de concederle esa dicha.

—¡Qué moreno que está, madre! —dijo Kate—. Pero se le ve más guapo que nunca...

No obstante, aunque Fred le sonrió y le devolvió la misma mirada de amor, tenía que decir lo que lo había llevado allí.

Seguía decidido a que, si Kate aceptaba, ésta lo tuviese todo menos una cosa. No podía ser condesa de Scroope, pero en todo lo demás Fred pagaría el castigo que le exigieran por su infracción. Mas ¿cómo se lo podía explicar a estas dos mujeres? La señora O'Hara se había dirigido a él empleando su título y había afirmado que sería como un hijo para ella. Sin duda tenía todo el derecho a decirlo que le daban las promesas que él había hecho... Había jurado que se casaría con la chica, y sólo había restringido el cumplimiento de su palabra mientras su tío siguiera con vida. Ahora el viejo conde ya había muerto, y él estaba obligado a llevar a cabo de inmediato su promesa, y con más motivo aún si le preocupaba la honra de su futura esposa. No obstante, a pesar de todas sus promesas, ¡ella nunca sería la condesa de Scroope!

En determinado momento le había venido a la cabeza algún dicho sobre el poco valor que tenían las palabras de los enamorados, y eso le había bastado para hallar un poco de consuelo. Sin embargo, ahora no le proporcionaba ninguno. Empezó a decirse, pese a toda su hombría, que habría sido mejor para él y para ellas que les hubiese expuesto la situación por medio de un mensajero bien elegido. Pero ahora ya era demasiado tarde. Se había enfrentado al cura y había conseguido escapar de él tras sufrir la degradación

de derramar unas cuantas lágrimas. Ahora estaba ante la leona y su cría. La leona lo había proclamado morador de su misma selva, y, si él cedía ante ella, sin duda lo trataría con mucho cariño. Sin embargo, no estaba dispuesto a ceder, por lo que empezó a darse cuenta de que había hecho mal entrando en su guarida. Mientras la miraba, y a sabiendas de que ella estaba en ese momento aplacada por unas esperanzas falsas, aún podía ver en sus ojos la ira de un animal salvaje. ¿Cómo explicarles sus intenciones?

–Y ahora cuéntanoslo todo –dijo Kate, todavía con un brazo de él rodeándola.

–¿Qué quieres que te cuente?

–¿Vas a dejar el regimiento?

–Ya lo he hecho.

–¡Pero no debes dejar Ardkill! ¿A que no, madre?

–Lo puede dejar cuando te lleve a ti de aquí, Kate.

–¿Y la llevará también a usted, madre?

Al menos la leona no quería nada para sí misma.

–No, cariño. Yo me quedaré aquí, entre mis rocas, y seré feliz cuando sepa que tú lo eres.

–Pero no nos vas a separar, ¿verdad, Fred?

–No, mi amor.

–Ya sabía yo que no lo harías. Y madre puede venirse a tu gran casa y esconderse en algún bonito rincón en el que yo pueda ir a verla y decirle que siempre será mi queridísima madre.

Fred sabía que tenía que parar todo aquello, por mucho que hacerlo fuese terrible. De hecho, toda su tarea consistía precisamente en hacerlo. Sin embargo, seguía resistiéndose, y usó su ingenio para hallar una respuesta que pudiese engañarlas sin llegar a ser falsa.

–Creo –dijo– que nunca viviré en una gran casa, como tú la llamas.

–¿Que no va a vivir en Scroope? –preguntó la señora O’Hara.

–Me parece que no. No me va esa vida.

–Pues no lo lamentaré –afirmó Kate–. Me dan igual las grandes casas. Me daría miedo vivir en Scroope, pues me has contado que es un sitio oscuro y sombrío. Fred, cualquier lugar será el paraíso para mí, siempre que estés conmigo.

Él pensó que seguir así no era más que renovar la mentira. Kate yacía entre sus brazos, incluso en presencia de su madre, casi como si ya fuese su mujer. Y hablaba de su futuro hogar como si también fuera el de él. Pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo podía empezar a decirles la verdad? Su casa sería la de ella, pero siempre que ella no fuese a él como su mujer. Esa idea de un matrimonio morganático de relativa validez había vuelto a quedar anulada por los reproches del cura, y sólo la podía usar como preludeo a su propuesta aún más vil. Y, aunque amaba a la chica a su peculiar modo, no quería herirla haciéndole una propuesta vil. Prefería no llevar una vida pecaminosa si lo podía evitar. Si le hacía la propuesta, sería por el bien de ella, o más bien para demostrarle que no quería apartarla de su lado. Intentaba aliviar su conciencia asegurándose que por el bien de ella renunciaría a su dignidad, si es que eso era posible. ¡Pero, entretanto, ella estaba en sus brazos hablando del futuro hogar de los dos!

—¿Y dónde piensa vivir? —dijo la señora O'Hara, en un tono que evidenciaba la preocupación con que se lo preguntaba.

—Probablemente en el extranjero —contestó.

—Pero ¿podrá acompañarnos madre? —Kate notó que el brazo de él se relajaba, y entonces supo que no iban bien las cosas. Y si a él le pasaba algo, ¿qué no le pasaría a ella?—. ¿Qué ocurre, Fred? —añadió—. Te callas algo. ¿No me lo quieres contar? —Entonces le susurró al oído unas palabras que sólo eran para él, aunque su madre también las oyó—. Si te callas algo, deberías contármelo. Date cuenta de lo importante que es para mí. Para mí tus palabras son ahora la vida y la muerte. —Él siguió sujetándola de un modo más relajado, pero no le contestó. Tenía la mirada fija en el centro de la habitación y se notaba unas gotas de sudor en la frente. Sabía que la otra mujer lo contemplaba con ojos de leona herida, pero no se atrevía a mirarla—. Cuéntamelo, Fred, cuéntamelo.

Y Kate se levantó y, arrodillada en el sofá e inclinada sobre él, lo miró a la cara mientras le suplicaba.

—Hay un contratiempo —dijo Fred al fin, con una voz que ni él reconoció.

—¿Qué contratiempo? Háblame. ¿Qué contratiempo?

—¿Un contratiempo? —chilló la madre—. ¿Cómo que un contratiempo? No puede haber ningún contratiempo. —Se levantó de la silla y, tras atravesar

corriendo la habitación, apartó a su hija de brazos de él—. Lord Scroope, díganos a qué se refiere. No va a haber ningún contratiempo. Siéntate lejos de él, Kate, hasta que nos cuente de qué se trata. —En ese momento escucharon pisadas de caballo cerca de la ventana, y todos supieron que era el cura—. Ahí llega el padre Marty —dijo la señora O’Hara—. Él le obligará a que lo cuente.

—A él ya se lo he contado —dijo lord Scroope conforme se ponía en pie y se dirigía a la puerta, por más que casi no era consciente de sus movimientos. Tal vez se le hubiera pasado por la cabeza salir a recibir al cura, pero la señora O’Hara creyó que pretendía huir de allí.

Se interpuso entre la puerta y él y lo sujetó con ambas manos.

—¡No, no, no nos va a dejar de este modo, ni aunque fuera dos veces conde!

—No pensaba dejarlas.

—¡Madre, no le hagas daño ni le insultes! —exclamó la chica—. No tiene ninguna intención de herirme. Es mío, y nadie le tocará.

—Pues claro que no tengo intención de herirte. Aquí está el padre Marty. Tranquilícese, señora O’Hara. Recuerda que aún no ha oído nada de lo que tengo que decir.

—¿Y de quién es la culpa? ¿Por qué no habla? Padre Marty, ¿a qué se refiere cuando le dice a mi niña que hay un contratiempo? ¿Se está atreviendo a decirme que duda en hacerla su esposa?

El cura cogió a la madre de la mano y la sentó en la butaca que solía ocupar. Después, casi sin decir palabra, sacó a Kate de la habitación y la llevó a su dormitorio, donde le pidió que esperara un momento hasta que regresase. A continuación, volvió a la sala de estar y se dirigió de inmediato a lord Scroope:

—¿Se ha atrevido a decirles lo que apenas se ha atrevido a decirme a mí?

—No se ha atrevido a decirnos nada —afirmó la señora O’Hara.

—No me extraña. No creo que ningún hombre pudiera decirle a la señorita Kate lo que me ha dicho que iba a hacer.

—Señora O’Hara —dijo el joven lord, que había recobrado un poco de valor ahora que Kate no estaba presente—, le voy a explicar lo que le he dicho al padre Marty esta mañana. Estoy dispuesto a hacer por su hija todo lo que ella, él y usted quieran, menos una cosa. No puedo hacerla condesa de Scroope.

–¡Tiene que casarse con ella! –le gritó la otra.

–Y lo haré mañana mismo si encontramos la forma de que ella no sea la condesa de Scroope.

–Es decir, que se va a casar con ella pero sin hacerla su mujer –dijo el cura–. Se montará en una escoba con ella y me pedirá que lo ayude, para que las dos se libren de sufrir durante una semana o así. Señora O’Hara, es un villano, un depravado vil, despiadado y cobarde, tan inmundo que me rebajo al hablar con él. ¡Y se dice un noble inglés! ¿Noble de qué? Desde luego no de nadie que sea digno de considerarse un hombre.

El cura se dirigía a la señora O’Hara, pero hablaba con la mirada fija en el rostro del joven lord.

–¡Le voy a arrancar el corazón! –exclamó ella.

–¿El corazón? ¡Pero si no tiene! Puede tocarle el bolsillo, o el orgullo, lo que él llama su orgullo, que no es más que una vanidad inhumana diabólica y deplorable; o su nombre, esa estupidez de título con el que espera poder tapar su vileza; o su piel, pues es un cobarde; ¿no ve cómo tiene las mejillas ahora? Pero en cuanto a su corazón, eso no se lo puede quitar.

–¡Pues le quitaré la vida! –dijo la mujer.

–Señor Marty, se permite conmigo una libertad de palabra que ni su sacerdocio justifica.

–Póngame la mano encima si puede. No tiene usted bastante sangre. De no ser porque esa pobre niña ha sido débil y demasiado confiada, le diría que le escupiese en la cara en lugar de casarse con usted. –Hizo una pausa, pero muy breve–. Señor, tiene que casarse con ella y poner fin a esto. Es la única forma de que usted pueda seguir con vida.

–¿Es que me va a matar?

–Le aplastaría con el dedo como a un insecto. ¡Que si lo voy a matar! ¿Ha pensado en qué es el asesinato, y en que no hay un solo modo de asesinar? ¿Ha pensado en la vida de esa joven que lleva en su vientre el fruto de su cuerpo? ¿La mataría usted, porque lo amó, confió en usted y se lo entregó todo sencillamente porque usted se lo pidió, y después podría seguir pensando en su propia vida? Como que hay Dios en el cielo y me está viendo, y por la sangre del Salvador en la que confío, que daría mi vida en este instante si así pudiese salvarla de su crueldad.

Dicho lo cual, el padre Marty apartó el rostro y lloró como un niño.

Después de eso, el cura adoptó una actitud más amable con el joven, e incluso pareció como si hubiesen conseguido que éste cambiara de opinión. Al menos dejó de afirmar que Kate nunca sería la condesa de Scroope, con lo que hizo que tanto la madre como el cura dudasen de cuál iba a ser su resolución final. Decidieron que lo mejor sería que se fuera a Ennistimon y lo meditara esa noche. Por la mañana volvería a subir, y antes vería al padre Marty en la posada. La madre y el cura le dirigieron tantos ruegos y argumentaciones que casi se conmovió.

–¿De verdad que volverá mañana? –preguntó la señora O’Hara, que miraba al cura mientras hablaba.

–Sí, volveré mañana.

–Seguro que volverá mañana –dijo el padre Marty, con lo cual pretendía dar a entender que sería muy raro que lord Scroope consiguiera huir de Ennistimon sin que él se enterara.

–¿No le digo nada a Kate? –preguntó el conde cuando se iba.

–No hasta que esté preparado para decirle que será su esposa –contestó el cura.

Sin embargo, Kate sí que tenía algo que decir al respecto. Cuando estaban en el pasillo, salió de su habitación y volvió a abalanzarse en brazos de su amado.

–¡Fred, me voy adonde sea con tal de que me lleves contigo!

–Va a volver mañana, Kate –le explicó su madre.

–Estará aquí mañana temprano, y todo se arreglará –dijo el cura, intentando adoptar un tono alegre y satisfecho.

–Mi queridísima Kate, llegaré hacia el mediodía –dijo lord Scroope, al tiempo que le devolvía las caricias.

–¿Y no me abandonarás?

–No, cariño, no.

Y se fue, mientras que el cura se quedó en la casita.

El padre Marty se reuniría con él en la posada esa tarde a las ocho, y entonces volverían a tratar el asunto. Fred pensó que había sido muy débil, y que apenas había utilizado el hecho condenatorio de la existencia del capitán O’Hara en su beneficio. Había dejado que el cura le rebatiera todos los

argumentos y había quedado muy sobrecogido por la actitud de la madre, pero seguía decidido a no ceder. Sentía con más fuerza que nunca, tras ver de nuevo a Kate O'Hara, que no sería justo que alguien como ella fuese la condesa de Scroope. No sólo deshonraría la casa, sino que sería desdichada allí y lo avergonzaría. Después de todas las promesas que había hecho, no podía, ni quería, llevarla a Scroope como su esposa. ¿Cómo podría mirar a la cara a mujeres como Sophie Mellerby y otras? Todos sus amigos sabrían que había sido engañado y timado en el condado de Clare por una gente rastrera, y sería visto por todos los que lo rodearan como alguien que había arruinado su vida por completo. Estaba totalmente decidido a que ella no fuese condesa de Scroope, y de ahí no se iba a mover. Ese cura malhablado lo había llamado cobarde, pero no iba a ser ningún cobarde. La madre había dicho que le quitaría la vida. Si en eso había algún peligro real, tendría que enfrentarse a él. Mientras regresaba a Ennistimon, se reafirmó en su decisión de que Kate O'Hara nunca se convertiría en condesa de Scroope.

El padre Marty pasó tres horas con él esa noche, pero no logró conmovirlo. Ya se había acostumbrado a la ira del cura y podía soportarla. Y también creía ahora que podría soportar a la madre, aunque las lágrimas y los reproches de la chica aún le daban miedo.

–Haré todo lo que quieran menos eso –le repitió al padre Marty.

–¿Todo menos justo lo que ha jurado hacer?

–Todo menos justo lo que he jurado no hacer.

Le había hablado al cura de las promesas que había hecho a su tío y a la viuda de éste.

–En ese caso –dijo el cura, mientras se ponía el sombrero de cualquier forma en la cabeza y se sacudía el polvo de los pies–, yo de usted no iría mañana a Ardkill, si en algo valora su vida.

No obstante, el padre Marty durmió esa noche en Ennistimon, dispuesto a impedir cualquier intento de fuga.

En los acantilados

No hubo ningún intento de fuga. El conde desayunó a solas hacia las nueve y, tras encenderse un cigarro, vagó un rato por la posada pensando en lo que tenía que hacer. No vio al padre Marty, aunque sabía que seguía en Ennistimon. Y le daba la impresión de que estaba siendo vigilado. Se podrían haber ahorrado las molestias, pues no tenía la menor intención de incumplir su palabra. Eso se dijo, mientras pensaba que gente como ésa era incapaz de entender que un conde de Scroope jamás faltaría a su palabra. Sin embargo, desde que había vuelto al condado de Clare casi lamentaba no haber faltado a su palabra y haberse quedado en Inglaterra. A las diez y media partió en un carro, ya que había prometido estar en la casita al mediodía, tras decirle a su sirviente que se irían de Ennistimon a las tres de ese mismo día. La calesa tendría que estar esperándolo a esa hora.

Esa vez no fue por Liscannor, sino que tomó el otro camino que iba al cementerio. Allí dejó el carro y lentamente anduvo por los acantilados hasta que llegó al sendero que bajaba a la casita. Al hacer eso se desvió un tanto, pero tenía tiempo de sobra y no quería llegar a la casa antes de la hora que había dicho. Era un caluroso día de verano, en el que apenas parecía haber olas. La marea estaba alta, y se sentó un rato a contemplar las azules aguas. ¡Qué estúpido había sido al ir hasta allí en busca de aventuras! Empezaba a ver el sinsentido de buscar esa clase de diversiones y emociones. Hasta el propio océano y las rocas habían perdido todo su encanto. Todo era un resplandor de luz azul, con el cielo arriba y el agua abajo, en el que no había ni belleza ni variedad. ¡Qué pobre era esa vida que había elegido! Se había pasado hora tras hora en un bote sucio e incómodo, en compañía de un pobre ignorante, para poder cazar unos cuantos pájaros y tal vez una foca. Tenía todo el mundo a su disposición y, sin embargo, qué ínfima había sido su ambición. Y ahora no veía la forma de escapar de la ruina que se había

buscado.

Cuando fue la hora, se levantó y bajó por el sendero hacia la casita. En una esquina del pequeño jardín se encontró con la señora O'Hara. Tenía el sombrero puesto y un ligero chal sobre los hombros, como si se hubiera preparado para salir a caminar. De inmediato Fred le preguntó por Kate, a lo que ella contestó que estaba dentro y pronto la vería. ¿No le parecía mejor que subieran los dos a los acantilados y allí se dijeran lo que hiciese falta hasta entenderse mutuamente?

–No deberíamos hablar de esto delante de Kate –añadió la señora O'Hara.

–Sí, tiene razón.

–Imagínese lo que sentiría si le dijera que el asunto no está claro. Lord Scroope, ¿por qué no dice ya que todo está claro? ¡No destruya la vida de mi niña a cambio del amor que le ha entregado!

–Si tiene que haber alguna destrucción, prefiero padecerla yo –contestó él.

Y echaron a andar sin decir nada más, hasta que llegaron a un punto hacia la derecha que se hallaba más alto que aquel en el que él había estado antes. Era uno de los lugares favoritos de la señora O'Hara, y a menudo Fred se había sentado allí entre la madre y la hija. Era casi la cumbre del acantilado, aunque había aún un punto más elevado que lo protegía por el norte y cortaba la fuerza del viento. Desde allí la caída al océano era casi en picado, de manera que no se veían las rocas de justo debajo, pero la costa se curvaba, formando una pequeña bahía que permitía ver el acantilado de enfrente y los colores cambiantes de las rocas. Las dos damas se habían hecho un asiento sobre la hierba, moviendo unas piedras sueltas y nivelando la tierra de alrededor, para poder sentarse con seguridad en el mismo borde. La señora O'Hara pasaba muchísimas horas en ese lugar, tanto en invierno como en verano, observando la puesta de sol y escuchando los chillidos de los pájaros.

–No hay gaviotas ahora –dijo mientras se sentaba, como si por un instante se hubiese olvidado del gran asunto que la obsesionaba.

–No, nunca aparecen cuando hace este tiempo. Sólo vienen cuando sopla el viento. No sé adónde irán cuando brilla el sol.

–Hacen justo lo contrario de las personas, que sólo vienen a verte si hace bueno. ¡Qué calor! –comentó mientras se retiraba el chal de los hombros.

–Sí, ya lo creo. He subido andando desde el cementerio y he pasado

mucho calor. ¿Ha visto al padre Marty esta mañana?

–No. ¿Y usted? –preguntó la señora O’Hara, girándose rápidamente hacia él.

–No, hoy no. Anoche estuvo conmigo hasta tarde.

–Bien. –Fred no dijo nada. No tenía nada que decirle. De hecho, ya lo había dicho todo el día anterior. Si ella tenía algo que preguntarle, le contestaría—. ¿Y qué acordaron anoche? Cuando me dejó, una hora después de que se fuera usted, dijo que era imposible que usted tuviese intención de destrozarse a Kate.

–No quiera Dios que yo la destroce.

–Dijo que... que le daba miedo su padre.

–Sí, me lo da.

–Y yo también.

–No, usted no, señora O’Hara.

–Escúcheme. Dijo que alguien como usted no podría soportar la presencia de una suegra sin educación ni buenos modales. No, no me interrumpa, lord Scroope. Si se casa con ella, mi niña no volverá a verme jamás, y yo me agarraré a ese hombre y no lo dejaré solo ni un momento, para que nunca pueda poner el pie cerca de su puerta. Nunca oírá nuestro nombre. Kate ni siquiera me escribirá si usted cree conveniente que nos separemos hasta ese punto.

–No se trata de eso –dijo él.

–¿De qué se trata entonces?

–Ay, señora O’Hara, no lo entiende... A usted... a usted yo la podría querer mucho.

–Prefiero que se guarde todo su amor para ella.

–Y por supuesto que la amo. Para mí es buena de sobra; hasta es demasiado buena, y usted también. Es por la familia, no por mí.

–¿Y cómo puede perjudicar ella a la familia?

–Le juré a mi tío que no la haría condesa de Scroope.

–¿Y no le ha jurado a ella una y otra vez que la haría su esposa? ¿Cree que habría hecho por usted lo que ha hecho de no habérselo jurado? Lord Scroope, no me puedo creer que esté hablando en serio.

Le puso ambas manos con cuidado en un brazo y lo miró implorándole

misericordia. Él se levantó y empezó a caminar por el acantilado, mientras ella lo seguía, todavía implorándole. Su tono era suave, y su voz la de una suplicante. ¿No se iba a echar atrás y salvar a su hija de la desesperación, la ruina y la muerte?

–Estará conmigo hasta que yo muera –afirmó él.

–¿Pero no como su esposa?

–Recibirá todas las atenciones posibles de mí, todo lo que desee. Y ustedes dos nunca se separarán.

–¿Pero no como su esposa?

–Viviré donde quieran las dos. A ella no le faltará nada de lo que poseería mi mujer.

–¿Pero no como su esposa?

–No como la condesa de Scroope.

–¡Entonces quiere que sea su querida! –Mientras lo decía, su tono de voz cambió por completo, y la amenazante mirada de leona retornó a sus ojos. Se encontraban ahora cerca del asiento, uno frente al otro, y la furia de la señora O’Hara, que durante un rato había estado aplacada por el amor que sentía por su hija, volvía a rugir en su interior. ¿Era posible que él las tratara de ese modo, que incumpliera su palabra y las dejara, marchándose ileso, feliz, dichoso, con todos los deleites del mundo ante él, mientras ellas quedaban destruidas hasta convertirse en polvo bajo sus pies? Desde su juventud había tenido que soportar muchas injusticias, pero de todas sin duda ésa sería la peor-. ¡Su querida! –repitió-. ¡Y yo, su madre, tengo que presenciarlo todo y ver cómo mi hija es deshonrada! ¿Querría su madre eso para su hermana? ¿Y si su hermana estuviera en el lugar de esta chica?

–No tengo hermanas.

–Y, por lo tanto, puede permitirse ser tan despiadado. Ella nunca será su ramera, ¡nunca! Antes prefiero quitarle la vida que le di. Usted la ha deshonrado, pero nunca será algo tan bajo como eso.

–Me casaré con ella... en algún país extranjero.

–¿Y por qué no aquí? Ella es tan buena como usted. ¿Por qué no puede llevar el nombre que con tanto orgullo usted no deja de repetirnos? ¿Por qué no habría de ser condesa? ¿Acaso se ha deshonrado a sí misma? Si para usted está deshonrada, entonces es que es el diablo.

–No se trata de eso –dijo él con voz ronca.

–¿De qué se trata entonces? ¿Qué ha hecho ella para que la castigue de este modo? Dígame que será su legítima esposa.

Mientras lo decía, lo agarró con fuerza del cuello del abrigo y lo sacudió.

–No puede ser –insistió el conde de Scroope.

–¡Que no puede ser! Pues yo digo que sí, o... o... ¿Quién es usted, para que ella esté en sus manos de este modo? ¡Diga que se casará con ella, o no vivirá para hablar con ninguna otra mujer!

Fred no había pensado en el peligro de su situación en el acantilado, ni tampoco lo pensó ahora. Había estado allí tan a menudo que ese lugar no le producía ninguna sensación de riesgo. Ni tampoco lo había pensado ella nunca, como concluyeron quienes más tarde investigaron más detenidamente el asunto. No lo había llevado allí para asustarlo con ese peligro, ni para poder vengarse gracias al poder que le confería. Sin embargo, ahora le pasó la idea por su mente enloquecida.

–¡Canalla! –exclamó, al tiempo que lo empujaba hasta el mismo borde del precipicio.

–Me va a tirar por el acantilado –dijo él sin alterar mucho la voz, aunque haciendo fuerza contra ella.

–¡Y eso voy a hacer, con la ayuda de Dios! ¡Piense en ella! ¡Piense en ella!

Y, mientras hablaba, lo empujó hacia atrás para que cayera. Él pudo ponerse de rodillas y agacharse, aún sujeto por ella, sobre la tierra que se desmoronaba del borde de las rocas. Seguía cogiéndola del puño y por un momento pareció que ella también iba a caer con él. Sin embargo, de pronto la señora O'Hara le dio una patada en el pecho, él se quedó con el trozo de tela rasgado en la mano y, a continuación, el pobre desgraciado se precipitó solo a la eternidad.

Ése fue el final de Frederic Neville, conde de Scroope, y también el final de todas las esperanzas de esa pobre chica en esta vida. Cuando uno se estira en el borde de esos acantilados y mira el abismo de abajo, parece como si las rocas fueran tan totalmente perpendiculares que, si se extendiese una mano y se tirara una piedra, ésta caería entre las olas. Mas la vista se engaña al hacer esos cálculos, pues en realidad las rocas están en pendiente, de manera que el

joven, al caer, se golpeó contra ellas una y otra vez, y al final fue un cadáver destrozado lo que se hundió en las aguas de abajo.

Su Kate había sido vengada. La mujer permaneció allí sola unos minutos pensando en lo que había hecho. Ese hombre la había herido gravemente y ella le había dado su castigo. Se merecía de sobra la muerte que había recibido de sus manos. Durante esos minutos no sintió remordimiento alguno por él. Pero ¿cómo se lo iba a decir a su hija? Era muy probable que el empujón que lo había lanzado por el precipicio también destruyese otra vida aparte de la suya. ¿No sería mejor que su niña también muriera? ¿Qué le iba a dar la vida de ahí en adelante que valiese la pena tener? En cuanto a ella misma, en esos primeros momentos de estupefacción no pensó en su propio peligro. No se le ocurrió que podría decir que él se había acercado demasiado al borde y había caído por accidente. Estaba orgullosa de lo que había hecho, pero ¿cómo se lo iba a contar a su niña?

Empezó a caminar lentamente por el sendero, pero no se dirigió a la casita, sino hacia el cementerio y Liscannor, y pasó junto al carro que en vano esperaba al joven lord. Siguió andando con paso rápido sin que le importara el calor, todavía satisfecha de lo que había hecho y presa de un orgullo enloquecido. ¡Con lo poco que ellas dos le pedían al mundo! Y entonces había llegado ese hombre y les había robado ese poco; las había destrozado sin compasión, engañándolas con mentiras y después excusándose en la grandeza de su linaje. Durante esa caminata se repitió por primera vez las palabras que después siempre tendría en la boca: ojo por ojo. ¿No era eso justicia? De no haber cogido ella el ojo por su cuenta, ¿se lo habría dado cualquier tribunal del mundo? ¡Sí, ojo por ojo! ¡Muerte a cambio de deshonra! ¡Una destrucción por otra! El castigo había sido justo. ¡Ojo por ojo! Ya podían decir los tribunales del mundo lo que quisieran, que no podrían devolver a su condado al hombre que había asaltado y arruinado a su hija. Él había jurado que no haría a su Kate condesa de Scroope; pues ahora tampoco haría condesa a ninguna otra mujer.

Bajó rápidamente por el cementerio y entró en casa del cura. El padre Marty estaba allí, y ella se presentó de inmediato ante él.

—¡Vaya, señora O'Hara! ¿Dónde está lord Scroope?

—Allí —contestó señalando hacia el océano—, ¡bajo las rocas!

–¿Se ha caído?

–Yo lo he empujado con mis manos y mis pies –Mientras lo decía, movió las manos y los pies como si estuviera arrojando de nuevo a ese hombre por el borde–. Sí, lo he empujado, y ha caído al mar. He oído el sonido al sumergirse su cuerpo. Ya no cazaré más gaviotas.

–¿Me está diciendo que lo ha asesinado?

–Llámelo asesinato si quiere, padre Marty. ¡Ojo por ojo, padre Marty! Es justicia, y yo la he hecho. ¡Ojo por ojo!

12

Conclusión

Ya hemos contado la historia de la pobre loca que sigue proclamando la justicia de la hazaña que hizo desde su lugar de reclusión. Ahora puede que convenga que juntemos los hilos sueltos del relato para beneficio de los lectores que lo quieran saber todo.

La señora O'Hara nunca regresó a la casita de los acantilados después de perpetrar el crimen. Sobre el desdichado cura recayó la responsabilidad de hacer lo que correspondiese. Informaron a la policía del cuartel vecino de que el joven lord había perecido tras caer por el acantilado, y ellos buscaron el cadáver. No hubo ningún intento real de proteger a la mujer ocultando la verdad de lo que había hecho, ni ella misma sentía la necesidad de tal intento. «¡Ojo por ojo!», le dijo al jefe de policía que la interrogó. Pronto todo Liscannor, todo Ennistimon, las damas del castillo Quin y toda la baronía de Corcomroe supieron que la señora O'Hara había arrojado al conde de Scroope por los acantilados de Moher, y que ahora permanecía en casa del padre Marty, custodiada por un policía. Antes de que terminara el día también se supo que estaba loca, y que su hija se estaba muriendo.

Tanto lo que había hecho la mujer como la muerte del joven lord fueron terribles para el padre Marty, pero ahora le tocaba cumplir con un deber aún más terrible. Cuando su madre apareció en casa del cura, Kate O'Hara se encontraba sola en la casita. Poco a poco el padre Marty se fue enterando por la pobre mujer de parte de lo sucedido ese día. Kate no había visto a su enamorado, sino que se había quedado dentro mientras su madre salía a recibirlo y, si era posible, a convencerlo de que hiciera justicia con su hija. El cura dedujo que Kate estaría esperándolos o, más probablemente, buscándolos por los acantilados. Se montó en su caballo y ascendió por la colina muy apesadumbrado. ¿Qué le iba a contar, y cómo lo iba a hacer?

Antes de llegar a la casita, Kate bajó corriendo a su encuentro.

–Padre Marty, ¿dónde está madre? ¿Dónde está el señor Neville? Veo que usted lo sabe. ¿Dónde están? –El cura se bajó del caballo, la rodeó con un brazo y la sentó junto a él en el terraplén del borde del camino–. ¿Por qué no habla? –le preguntó.

–No puedo hablar –murmuró él–. No puedo decírtelo.

–¿Está... muerto? –El padre Marty tan sólo hundió el rostro en sus manos–. ¡Madre lo ha matado! ¡Ay, madre, madre!

Y entonces, lanzando un largo y fuerte gemido, Kate se desplomó en tierra.

Durante el mes siguiente no supo nada de lo que ocurría a su alrededor. Sin embargo, parecía que todo ese tiempo no estaba ida del todo, pues cuando recobraba la consciencia sabía al menos que su enamorado había muerto. La habían llevado a Ennistimon, donde el cura la atendía con infinito cuidado, pero casi con la esperanza de que la naturaleza cediera y ella muriese. Abrumada como estaba por las penas del pasado y las que quedaban por llegar, ¿no sería mejor que se fuese y no se la viera más? Pero, igual que no se puede prohibir la entrada a la muerte cuando llama a la puerta, tampoco se la puede invitar a que venga. Kate siguió viviendo, aunque la vida tuviera tan poco que ofrecerle.

Sin embargo, la señora O’Hara nunca volvió a ver a su hija. Con apasionadas súplicas rogaba a la policía que le llevaran a su niña, que le dejaran aunque sólo fuera verle la cara o tocarle una mano. Sus súplicas al cura, que iba constantemente a visitarla a la prisión a la que la habían trasladado desde su casa, eran lastimeras, y casi desgarradoras. Pero la pobre chica, pese a mostrarse habitualmente sumisa, callada y en un estado de tranquilidad casi apático, no soportaba ni que le nombraran a su madre. Ésta había matado al padre de la criatura que esperaba, a su enamorado, a su héroe, a su dios; y el recuerdo del hombre que la había traicionado la enseñó a execrar a la madre que lo había sacrificado todo –hasta su propia razón– para vengar el agravio que se había hecho a su niña.

Se llevaron a la señora O’Hara de casa del cura a la cárcel del condado, pero para entonces ya se hallaba en un estado de clara demencia. Por más que todos los que oían la historia no dudaban de que ella hubiera cometido el asesinato, de su culpabilidad no había la menor prueba, aparte de la confusa

confesión de una maníaca. Ella nunca llegó a confesar nada con detalle. «Ojo por ojo –decía cuando la interrogaban–, ¿no es eso justicia? ¡Y diente por diente!». Aunque pasó algún tiempo en prisión, era imposible procesarla, incluso con vistas a absolverla por demencia; y, mientras los abogados seguían tratando el asunto, la provisión de fondos para su cuidado y mantenimiento llegó de otra fuente.

Y también llegó para la pobre chica. Durante algún tiempo el padre Marty se hizo cargo de ella por completo, pero ya había otro conde de Scroope en el mundo, y en cuanto éste conoció toda la historia y tuvo las circunstancias claras, ofreció dar en nombre de la familia toda la ayuda que les pudiera ser de utilidad. Pasaron los meses y llegó un nuevo momento de prueba para Kate O'Hara, pero el destino la libró de la carga y la desesperación de dar a luz a un hijo vivo. Al final se decidió que lo mejor sería que se fuera a vivir a Francia con su padre, pese a ser éste un réprobo. El cura se ofreció a acogerla en su casa de Liscannor; sin embargo, como dijo él mismo, ya era mayor, y cuando se fuera no dejaría ninguna casa tras de sí. Además, consideraron que vivir cerca del lugar en el que su enamorado había perecido le produciría un continuo estado de melancolía que podría terminar por abatirla por completo. Así pues, le pidieron al capitán O'Hara que fuera a por su hija, lo cual hizo éste con toda suerte de afirmaciones sobre lo virtuoso que iba a ser su comportamiento de ahí en adelante. Si la holgura económica es verdaderamente capaz de conducir a un hombre así a la virtud, a él se le concedió esa oportunidad. El conde de Scroope fue muy generoso en el pago que estipuló; sin embargo, dicho pago sería controlado por la hija y no por el padre, con lo que es posible que la restricción que eso significaba sirviera para mantenerlo a él alejado del profundo abismo de la depravación.

Los efectos de la tragedia de la costa de Clare se extendieron más allá de Irlanda, y llevaron a otra mujer al borde de la locura. Cuando la condesa de Scroope se enteró de la noticia, se encerró en la mansión y no quiso ver a nadie salvo a los sirvientes. Al llegar el nuevo conde a la casa que ahora era suya, se negó a recibirlo, e incluso declinó una nueva estancia con ella de la señorita Mellerby, que con anterioridad había vuelto a casa de su padre. Finalmente, el clérigo de Scroope consiguió convencerla para que se desahogara con él, y la condesa le confesó, con una vehemencia en la que

quizá se excediese de la estricta verdad, el pecado que había cometido y que había provocado la catástrofe que había tenido lugar. «Yo sabía que él la había deshonrado, y aun así le pedí que no se casara con ella». Eso fue lo fundamental de su confesión, en la que también afirmó que tendría las manos manchadas de la sangre de Fred hasta que muriera. Le acondicionaron una casita en la finca, en la que vivió en total reclusión hasta que la muerte la liberó de su pena.

Y no sólo vivió en reclusión, sino también en soledad casi hasta su muerte. Cuatro años después de los sucesos que hemos relatado, John, decimocuarto conde de Scroope, llevó una esposa a Scroope Manor. No creo que haga mucha falta explicarle al lector que dicha esposa era Sophie Mellerby. Cuando la joven condesa fue a vivir a la mansión, la anciana condesa aceptó recibirla y, finalmente, halló cierto consuelo en la compañía de su amiga. Mas eso no duró mucho, y poco después se la llevaron para enterrarla junto a su señor en el presbiterio de la iglesia parroquial.

Cuando se decidió definitivamente que la ley no se iba a hacer cargo de la custodia de la pobre maníaca que lo había sacrificado todo para vengar a su hija, el conde de Scroope escogió para su bienestar el manicomio en el que ella aún sigue justificando durante todo el día, y a menudo durante toda la noche, la terrible acción en la que nunca deja de pensar.

–Ojo por ojo –le dice a la mujer que la vigila.

–Sí, señora, por supuesto.

–Ojo por ojo y diente por diente. ¿No es así? ¡Ojo por ojo!

Título original: *An Eye for an Eye*

Edición en formato digital: 2017

© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2014

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-206-8307-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es